6458B
UC-NRLF
B 2 799 295

Berkeley
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Berkeley
Library
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

LA

CASA DE DOÑA CONSTANZA.

EPISODIO DE LA REFORMA EN ESPAÑA,

POR

EMMA LESLIE.

Traducción libre del francés.

DEPÓSITO CENTRAL
DE LA SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS.
Leganitos, 4. Madrid.

Sucursales. BARCELONA, Baños Nuevos, 16.
SEVILLA, Plaza de la Constitucion, 32.
ZARAGOZA, Escuelas Pías, 9.

LA CASA DE DOÑA CONSTANZA.

LA
CASA DE DOÑA CONSTANZA.

EPISODIO DE LA REFORMA EN ESPAÑA,

POR

EMMA LESLIE.

Traducción libre del francés.

DEPÓSITO CENTRAL
DE LA SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS,
Leganitos, 4, Madrid.

Sucursales: BARCELONA, Baños Nuevos, 16.
SEVILLA, Plaza de la Constitucion, 32.
ZARAGOZA, Escuelas Pías, 9.

MADRID 1894.
IMP. DEL SUC. DE J. CRUZADO, Á CARGO DE F. MARQUÉS
Blasco de Garay, 9.—Teléfono 3.145.

LA CASA DE DOÑA CONSTANZA.

EPISODIO DE LA REFORMA EN ESPAÑA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Doña Constanza.

En todos tiempos la capital de Andalucía, Sevilla, ha sido mirada como una ciudad sobremanera bella. Hoy mismo, goza de un justo renombre, bajo ese aspecto. Mas en la época de que vamos á ocuparnos en estos capítulos, entonces cuando España, por sus riquezas, su comercio, su poderio político y la extension de sus colonias rivalizaba con cualquier otro pais de Europa, Sevilla era una poblacion de la que sus habitantes tenian derecho á estar orgullosos. Los moros, que en ella se habian fijado desde el siglo VIII, la habian elevado á un esplendor verdaderamente oriental. Naturaleza por su parte ha sido muy pródiga de sus dones con ella.

Erigida en medio de sus jardines de naranjos, limoneros y granados, con sus torres de mármol brillantes al reflejo del sol, ofrece á las miradas del observador un espectáculo sorprendente. Los moros estaban de tal manera prendados de ella, que no esperaban hallar en el cielo, que su religion les prometia, una morada tan maravillosa.

Ese pueblo, ardiente y aficionado á la guerra, así como á

la industria, acabó por ser expulsado por Fernando III de Castilla en 1248. No habian quedado de él más que algunos representantes, á los cuales se habia dado más tarde, después de su conversion al cristianismo, el nombre de «nuevos católicos.»

Los «católicos viejos,» la crema de la caballeria española, habian tomado poco á poco posesion de sus casas, de sus palacios erigidos al estilo oriental, con sus grandes patios cuadrados, sus frescas fuentes, sus olorosas flores y sus árboles frutales.

El elegante «patio» era el lugar de recepcion de los convidados y amigos. Ocupaba la parte central de la casa, y estaba separado del recinto exterior por puertas macizas de hierro ó bronce. Alrededor del patio habia cuartos desamueblados, sin adorno, casi miserables comparativamente con el esplendor que brillaba en el patio. Allí habia todo lo que puede encantar y cautivar los sentidos. Un piso de mármol con incrustaciones en mosaico, columnas igualmente de mármol, ó de pórfido con colgaduras de seda, una fuente con el surtidor transparente y musical, plantas exóticas de rara belleza y de un perfume suave, que conservan en el ambiente una deliciosa frescura: todo ello hace una estancia deliciosa y casi enervante. Completábanla los divanes, los cogines, butacas y sillas de todas clases, dispuestas con lujo.

Allí es donde las nobles damas conversaban de las mil cosas que sirven de pasatiempo á la sociedad mundana, discutian sobre modas y trajes, daba cada una su opinion sobre el uso nuevamente introducido de la mantilla, esa prenda de cabeza de pliegues sencillos y graciosos, que aun en nuestros dias usan en ocasiones solemnes las elegantes españolas; los grandes señores por su parte discutian sobre los últimos acontecimientos, y apreciaban cada uno á su manera la política del hábil regente, el cardenal Jimenez.

Era la ocasion en que el joven príncipe Carlos, después de haber recibido las lecciones del canciller de la Universidad de Lovaina, Adriano, obispo de Tortosa, se preparaba á dejar á Flandes para venir á tomar la direccion del reino en lugar

de su madre, la incapacitada Juana. Ya, de su propio impulso y sin consultar con nadie, habia agregado á su preceptor á Jimenez, para que partiese con él la regencia. Este acto de independencia y esta precoz ambicion de reinar, que indicaban en él un carácter entero y autoritario, no habian tenido lugar sin indisponer algun tanto contra él á la altiva nacion española, poco habituada todavia á un gobierno despótico. Algunos miembros de la nobleza, que le habrian aceptado de buen grado como el representante de su madre, le veian con disgusto arrogarse el título, considerando esta manera de obrar como una usurpacion de poder y una amenaza á sus libertades.

Pero lo que preocupaba muy particularmente los espíritus, y era el tema de las quejas más sentidas, era el modo de proceder de la Inquisicion.

Las víctimas de este «santo oficio,» como se le llamaba, reclutadas entre los judios, los moros y los herejes de Aragon y Cataluña, se elevaban ya á la cifra de trece mil, y se esperaba ver aumentar el número mucho más.

La España, en efecto, gracias á las incesantes emigraciones de valdenses y albigenses, no se habia visto purgada de estas pretendidas herejias. Se trataba, pues, de arrojarlas de una vez para siempre, al mismo tiempo que á los moros y á los judíos, que pudieran todavia haber quedado. Los calabozos, el suplicio de la rueda, los instrumentos de tortura, eran para ello unos medios eficaces. Estos procedimientos tenian además la ventaja de que, haciendo desaparecer á las víctimas, permitian al rey llenar con los bienes de ellas sus arcas vacías.

Fue con este doble objeto que el último rey de España, Fernando el Católico, habia solicitado del Papa una bula, proclamando el establecimiento de la Inquisicion.

El soberano pontífice, que veia en esto un medio de encadenar con un lazo en cierto modo indestructible la España al papado, se habia apresurado naturalmente á concederla.

Esta institucion no era, sépase bien, del gusto de todos. Un gran número de notables de Sevilla habian ya discutido, alrededor de las hermosas fuentes de sus suntuosos patios,

los medios de combatir este tribunal odioso, cuyos juicios inicuos amenazaban hacer desaparecer el saber, así como las libertades civiles y religiosas. Sumas considerables habian sido enviadas, á título de regalos al Sumo Pontífice, para obtener de él la reforma de los abusos inquisitoriales.

La ciudad habia enviado al encuentro del nuevo rey delegados, encargados de hacerle prometer, antes de su llegada y de su confirmacion en el trono, algunas mejoras en este sentido.

Era aquella una mision difícil. Para ella habia sido elegido D. Pedro de Castro, señor rico y poderoso, que se estaba preparando para marchar á Asturias, donde debia hacer su primera parada el joven monarca. Esta eleccion, que parecia asegurar el éxito de la empresa, habia alegrado mucho á los amigos del delegado. Mas no podia decirse lo mismo de su joven esposa.

Doña Constanza esperaba ser pronto madre, y no le parecia bien que en momento tan solemne su marido emprendiese un viaje tan largo y tan peligroso. Mas por nada en el mundo hubiera impedido que su marido cumpliese lo que consideraba un deber, y cuando algunos dias despues de su partida dió á luz un precioso niño, casi olvidó la pena que le produjera la ausencia de su marido. Tan grande fue en ella la alegría de ser madre.

Cuando hubo pasado el tiempo necesario para su restablecimiento, comenzó á recibir á sus amigas en el patio, muy orgullosa de hacerles admirar su precioso tesoro.

La primera pregunta que se le hizo naturalmente fue el nombre del niño.

—¡Oh! Pedro, seguramente—respondió—meciendo con amor en sus rodillas á su niñito, muy envuelto en sus pañales, y cuyo rostro fresco y rosado parecia respirar salud.

—¿Y cuándo piensa usted bautizarlo?—preguntó una de las visitas.

—Cuando don Pedro haya vuelto de la mision que tiene que cumplir cerca del joven rey—respondió la encantadora madre, muy alegre, mirando siempre á su querido niño.

—¡Nuestro joven rey!—replicó su compañera.—¿Porque es usted madre ya se cree usted vieja, Constanza? Me parece, sin embargo, haber oído que es usted, poco más ó menos, de la edad del príncipe Carlos. ¡Tienen ustedes, pues, en este año de gracia de 1517 ambos la venerable edad de diecisiete años! ¡He ahí que es usted muy vieja en verdad!

—Soy tan dichosa como se puede ser—respondió con los ojos bajos y fijos en su niño, y velando con el más exquisito cuidado que ninguna gota de agua viniese á caer sobre su rostro. (Los españoles son amantes del aire, pero no tienen en general la misma predileccion por el agua.)

—Creo, en efecto, que si los santos, y la misma Santísima Virgen Maria pudiesen estar celosos, podrian estarlo de una madre que tiene á su primogénito en sus brazos.

Constanza levantó sus grandes y rasgados ojos, con reflejos de ébano.

—¿Piensa usted que esto sea posible, Inés?

—Confieso que nunca me he preocupado de esas cosas. Dejo ese cuidado á una amiga que tengo en Valladolid, doña Leonor de Vivero. Ella me ha hecho partícipe de algunas de sus reflexiones, y la he rogado guardarlas prudentemente para sí sola, si no queria atraerse algun disgusto.

—Es, creo, por lo que usted me ha dicho, una judía, perteneciente á la clase de los nuevos convertidos. Tendrá la intencion, quizá, de volver á su antigua fe?

—No lo creo. Pero tiene ideas bastante extrañas tocante á las doctrinas católicas. Tienen, en apariencia, mucho parecido con las de esos albigenses que han dado tanto que hacer al Santo Oficio.

—¡Qué lástima que esas gentes, así como los judíos y los moros, hayan venido á establecerse en España! Sin ellos tendria ahora á mi marido conmigo.

En este momento la nodriza vino á tomar al niño de brazos de su madre, y las dos amigas, quedándose solas, se pusieron á hablar de la llegada del jóven monarca. No se sabia gran cosa sobre este asunto. Se sabia que habia desembar-

cado en tierra española, nada más. El momento de vuelta de don Pedro estaba, pues, todavia muy incierto.

—¿En estas circunstancias—replicó Inés—no sería preferible bautizar al niño sin tardanza?

—No ciertamente, no es necesario apresurarse tanto—respondió Constanza con vivacidad.—Mi marido debe estar presente en el bautizo de nuestro niño. Si éste estuviese enfermo ó á punto de morir, seria diferente; con la salud que goza...

—Seria más prudente bautizarlo sin tardanza. Sucede algunas veces que los niños mueren casi súbitamente.

Esta insistencia pareció haber inquietado por un momento á la jóven madre. Pero de pronto se echó á reir con una risa franca, no pudiendo admitir que cosa parecida á una enfermedad pudiese arrebatar á su sano y robusto niño, y no quiso oir hablar más de esta ceremonia antes de la vuelta de su marido; entónces podría hacerse con toda la magnificencia que convenia darle.

Algunos instantes despues, doña Inés se despedia de su amiga, y dejaba el patio, en compañia de su dueña y séquito que la esperaban. En aquella época, no se usaban todavia los carruajes en Sevilla. Las calles eran tan estrechas y tortuosas, que hubiera sido difícil, en muchos sitios, circular uno de esos vehículos.

Despues de la marcha de su visita, doña Constanza ordenó á su sirviente correr la cortina de seda, y se entregó en seguida á su siesta habitual del mediodia.

Estaba todavia sumida en un sueño delicioso, en el que veia á su marido meciendo dulcemente á su niño en sus brazos, cuando fue despertada repentinamente por la voz de una de las criadas alarmada.

—¿Qué hay?—preguntó la joven madre, levantándose con un brusco movimiento.

—El niño, señora—articuló con voz apagada la sirvienta.

—¿Qué ha sucedido á mi niño?—preguntó la madre.

Y sin esperar respuesta, abrió precipitadamente la puerta que conducia á la habitacion del niño y su nodriza. Esta habitacion, un tanto oscura, estaba singularmente despro-

vista de muebles y comodidad. No se veia allí ese utensilio esencial para la limpieza y salud de los niños, ricos ó pobres, el baño. ¡Oh! si ese pueblo hubiese tenido conocimiento de la utilidad del baño, ¡cuántos niños hubiesen sido preservados por este medio de la muerte! Si en el mismo caso actual, la nodriza, cuando vió al niño amenazado de convulsiones, se hubiese apresurado á despojarlo de las envolturas que lo oprimian y lo hubiese metido en un baño caliente... pero se contentó con envolverlo todavía más fuerte y mecerlo en su regazo, invocando la asistencia de todos los santos del paraiso.

No fue sino largo rato despues, cuando vió que el pobre niño no mejoraba, cuando hizo llamar á la madre, mientras enviaba otra criada al vecino convento de San Isidoro en busca de un sacerdote para que el niño, si se agravaba, no muriese sin el bautismo.

Doña Constanza tropezó al entrar en la habitacion con aquella criada; mas en su ansiedad no se fijó en ella.

—¿Qué ha sucedido?—gritó, arrancando á su hijo de los brazos de la nodriza, y oprimiéndole contra su corazon.

Pero ya sus grandes ojos abiertos, que casi saltaban de sus órbitas, habian perdido su brillo; sus finos lábios, en que su madre habia creido en algunas ocasiones distinguir la primera sonrisa, no tenian más que un movimiento convulsivo. Constanza se dejó caer en una silla sin quitar sus ojos de la alterada figura de su querido tesoro. Diez minutos nada más hacia que tenia el niño en sus brazos, cuando su boca se cerró, sus ojos se eclipsaron, y la muerte vino á grabar sobre aquel rostro, tan fresco y tan rosado aquella misma mañana, su sello glacial.

Hubo un último suspiro, un último espasmo, y todo habia concluido. La madre habia perdido á su hijo.

—No ha muerto—murmuró aún en voz baja, apretándolo más fuertemente todavía, mientras la nodriza trataba de quitárselo de los brazos.

—Señora, está con.....

La mujer no se atrevió á decir más, y ocultando su rostro

en sus manos, empezó á sollozar fuertemente. Amaba mucho al niño con su dulce mirada y sus infantiles atractivos; mas las palabras que quería pronunciar para consolar á la pobre madre, espiraron en sus lábios y penetraron como una espada de acero en su propio corazon. No se atrevia, no podia pronunciarlas, porque el niño no habia recibido el bautismo.

En el mismo momento el presbítero apareció en la puerta de la habitacion. Constanza le alargó el niño; pero él no se acercó para recibirlo: se contentó con mirar aquella pequeña figura, que poco á poco se iba poniendo rígida.

—El niño no vive—dijo con voz impasible, volviéndose hácia la nodriza.

Constanza lanzó un grito de desolacion.

—No, no, no ha muerto, no puede estar muerto. No hace más que una hora, yo le tenia muy sano en mis brazos. Pronto se restablecerá y vivirá. Pero yo deseo que sea bautizado en el momento. ¿Va usted á bautizarlo, no es verdad?

Y diciendo estas palabras, la jóven esposa, demasiado altiva siempre para no pedir favores á quien quiera que fuese, cayó sobre sus rodillas, humilde y suplicante delante del presbítero, presentándole á su hijo en sus desfallecidos brazos.

El espectáculo de tal desolacion pareció conmoverle un momento; pero no hizo ademan ninguno de tomar al niño.

—¡Es ya tarde!—dijo echándose atrás, como si hubiese temido mancharse con el contacto de aquel pequeño cadáver.

—¡Tarde! ¡Oh, no diga usted que es tarde para bautizar á mi querido niño! Por favor, no le cierre usted con su negativa la puerta del cielo.

—¡Imposible!—respondió siempre insensible.—La Iglesia, nuestra buena madre, ha esperado á vuestro hijo, pronta para recibirlo, desde el dia que nació. Usted ha dilatado siempre para más tarde el momento de presentarlo á los abrazos de su seno maternal. Hé ahí por qué su juicio ha caido sobre usted.

—Sobre mí, sí, sí; yo lo acepto, yo consiento en sufrir con

gusto la pena de mi pecado. Mas para él, para mi hijo querido, ¿no hay remision posible?

La nodriza le habia quitado de las manos el pequeño cadáver. Pero ella seguia todavía á los piés del sacerdote, en actitud suplicante, implorándole con febril ardor. El monje meneó su cabeza y dijo:

—No puedo nada.

Constanza lanzó un gemido.

—¿No hay, pues, esperanza ninguna de salvacion para los niños que mueren sin bautismo? ¿Y será necesario que mi querido niño more eternamente en las regiones sombrías y heladas del limbo, á la puerta del cielo, sin poder penetrar nunca en él? ¡Oh! dígame usted que lo salvará, que lo arrancará á un tan espantoso martirio y yo haré don á su monasterio de todo lo que poseo. Dígame usted solamente que yo podré volverle á ver, vivir con él y quererle.

El presbítero meneó su cabeza, y dijo:

—Tal poder yo no lo tengo.

—Sí, mas la Iglesia tiene el poder de atar y desatar según su voluntad; puede dispensar á los pecadores de las penas de su pecado, y nada seguramente le impide abrir las puertas del cielo á un débil niño como éste.

—Ella lo hubiera hecho, sin duda alguna, si le hubiese sido presentado; pero no puede nada para aquellos que están fuera de su verdadero redil, para los herejes y para los que no han recibido el bautismo.

No esperó un momento más, ni aun para ver el efecto de sus palabras. Sentia pasar su tiempo en balde; era su hora de comer. Tenia el sentimiento de que sus hermanos, reunidos alrededor de una mesa bien provista, se disponian á hacerle el honor, sin pensar en dejarle su parte. Pronunció, pues, en tono apresurado una especie de bendicion, á la cual nadie puso cuidado, y se marchó, dejando á la nodriza y á las doncellas el cuidado de llamar á la desolada madre al sentimiento de la realidad.

CAPÍTULO II.

La casa en duelo.

La desaparicion del jóven heredero, arrebatado por la muerte ántes de haber recibido el sacramento del bautismo, puso en terrible consternacion la casa de don Pedro. Nadie, en semejantes circunstancias, se habia atrevido á dirigir á la desolada madre una palabra de consuelo, sabiendo que no había esperanza de que aquella pequeña criatura fuese un dia libertada de aquella prision sombría, llamada el Limbo, destinada á recibir á los niños muertos fuera del seno de la Iglesia.

Los criados de don Pedro, en su mayor parte, estaban en la casa desde los días de sus abuelos, y consideraban los intereses de la casa como los suyos propios. No habia entre ellos ninguno que en ocasion dada no hubiese puesto su vida al servicio de su amo. Pero estaban ahora de tal manera anonadados, que ninguno entre ellos, á excepcion de uno que habia marchado á anunciar á don Pedro el fatal acontecimiento, habria tenido bastante energía para tratar de dar al pequeño cadáver sepultura cristiana.

Era, en efecto, una situacion penosa y difícil la en que se encontraba la afligida familia. Ausente el amo é incapaz el ama de tomar una decision y dar las órdenes convenientes para la sepultura de aquellos queridos restos, que por otra parte era necesario enterrar pronto, la Iglesia rehusando dar los consuelos y esperanzas que habría podido ofrecer si el niño le hubiese sido presentado al bautismo ¿qué se podía

hacer? Se decidió por fin abrir una pequeña fosa en el jardin, reservándose hablar á doña Constanza, cuando todos los preparativos hubiesen estado terminados.

El jardinero era un viejo, cuyos antepasados, antiguos valdenses, habian hallado en el castillo de los señores de Castro un refugio contra los furores de la Inquisicion, en la época en que los inquisidores, como manada de lobos hambrientos, habian descendido á los llanos de Aragon para exterminar á los valdenses y albigenses, ó acorralarlos en los valles montuosos, de donde primitivamente habian sido expulsados. Sucedia con bastante frecuencia entónces, que *los barbas* ó pastores valdenses hallaban para sí y para los suyos un asilo en la fortaleza de algun poderoso castellano. Es precisamente de uno de estos *barbas* de quien descendia el jardinero.

Aunque hacia mucho tiempo que los descendientes de estos antiguos valdenses se habian conformado en el exterior con las reglas de la Iglesia establecida, no habian dejado de conservar contra ella ciertas dudas y alguna desconfianza. En algunos de ellos, estos sentimientos moraban latentes, sin que ellos mismos se diesen de ello cuenta. En ese número estaba nuestro jardinero. Pero en este dia todos sus sentimientos y desconfianzas se despertaron y surgieron de nuevo. Acababa de arrancar algunas plantas de flores del sitio donde iba á abrir la fosa, cuando repentinamente le asaltó este pensamiento: «No, no, esto no es posible. Yo no puedo ereer que Dios haya podido dar á una Iglesia, guiada por tales conductores, un poder tan exorbitante. Dios ha dado al hombre poder sobre una parte de sus obras. Yo puedo, por ejemplo, hacer de estas flores lo que yo quiera, tirarlas ó trasplantarlas á otro sitio donde tengan más sol, ó á la sombra de este ciprés. Pero si ellas tuviesen un alma inmortal, Dios seguramente no me hubiera permitido tratarlas de esta manera como yo quiera. Pues lo mismo pasa con mi pequeño amo. La Iglesia no tendrá nada que hacer con él; mas ¿esto qué importa á su alma? Dios cuidará de ella y la trasplantará á una tierra mejor, donde el Sol eterno brillará á sus ojos con unos rayos mucho más vivos.»

Calló, y consideró un momento el mirto y el ciclamor que tenia en su mano, y despues continuó: «¡Si yo me acordara, si me fuese posible recordar las enseñanzas que me daba mi abuelo, cuando yo era muy jóven, sobre el amor de Jesucristo y sobre el cariño con que recibía á los pequeños! Estas palabras serian ahora muy oportunas, y consolarian mucho á mi jóven señora, como consolaron á mi madre en la pérdida de un hijo, muerto sin ser bautizado. No había en aquellas enseñanzas nada que dijese relacion á los santos, á los ángeles ni á la misma Vírgen. El Señor Jesus recibia á los niños, el directamente los tomaba en sus brazos, y los bendecia en el momento en que sus madres se los presentaban. Yo hablaré á la señora, y yo pediré á mi amo cuando vuelva, el libro que contiene esta historia. Mi abuelo leia en un libro que pertenecia al viejo don Pedro, un libro muy precioso según él decia, mas del cual no se podia hablar en ninguna manera para no llevar la turbacion á sus nobles poseedores.»

El viejo se puso á cavar la fosa, y cuando la hubo terminado, cubrió delicadamente el suelo con las blancas flores del mirto. «Esto estará bien,» dijo contemplando un momento aquella cunita perfumada y embellecida por las flores: «esto estará en perfecta armonia con la inocencia del querido ser que aquí va á descansar.»

Apoyó entónces su frente sobre su mano, en actitud de reflexion, y de nuevo pensó: «¿Pero, qué es lo que me decia mi abuelo respecto de los niños que mueren sin bautismo? Que no era á causa de su inocencia, pues no era enteramente inocente, habiendo nacido marcado con el pecado original: sino que, como todos, tenia necesidad por eso de un Salvador; que el Señor Jesucristo habia derramado por él su sangre sobre la cruz á fin de lavarlo de su mancha, y que habia sido recibido en el cielo, tan pequeñito como era, y sin ninguna responsabilidad personal. ¿No era esto lo que me decia? Las antiguas verdades, por las que mis antepasados dejaron la Provenza y vinieron á establecerse en Aragon, donde moraron hasta que la Inquisicion los arrojó de allí, me vienen ahora á la memoria, á pesar de los años. Yo veo con mi pen-

samiento el castillo y la casa rústica en que se deslizó mi infancia; recuerdo lo que me contaba mi abuelo de la persecucion en Aragon, del modo en que él aprendió la lengua castellana con objeto de leer á los buenos caballeros y á su servidumbre las Sagradas Escrituras, que acababan de ser trasladadas á esta lengua.»

«¡Ay! si se descubriese que mi amo posee tal libro, qué desgracia tan grande vendria sobre él por este descubrimiento! Es un pecado mortal, segun dice el Santo Padre, el leer las Escrituras en otros idiomas que los tres que figuraron en la inscripcion de la cruz. Y excepto algunas copias que estan escondidas aquí y allá, y cuyos poseedores no suponen ellos mismos tal existencia, todas las traducciones que se han hecho en español han sido quemadas, hace tiempo, por órden del Santo Oficio.»

Entregándose á estas reflexiones, el viejo jardinero cogió de dos geranios que estaban próximos, algunas ramitas de flores de un rojo subido y las echó sobre las flores blancas del mirto. Esta mezcla de escarlata con el blanco inmaculado del mirto daban á la fosa un aspecto magnífico, semejante más á un ramo de flores que á una fosa.

«Yo mostraré esto á la señora,» dijo, «y le contaré lo que nos enseñan estas flores, á propósito de la esperanza que podemos tener sobre la salvacion del niño.»

El buen jardinero lo puso todo en órden en el jardin, hizo desaparecer las huellas de su trabajo, y fué en busca de la doncella de la señora, para que pusiese en su conocimiento lo que acababa de hacer, y le concediese algunos minutos de audiencia.

No era muy frecuente que las altivas damas españolas de aquel tiempo se dignasen hablar con sus criados, sino para comunicarles sus órdenes. Y aunque el jardinero y la doncella, que era hija suya, tuviesen sobre este particular algun privilegio, en las circunstancias actuales lo que solicitaba era un gran favor, y él lo conocia muy bien. Mas el deseo de hacer nacer en el corazon de doña Constanza un rayo de esperanza, le dió aliento.

No fue sin dificultad que María pudo persuadir á su señora á dejar su sombría alcoba, donde estaba recostada sobre un divan, y salir al gabinete donde el pobre jardinero la esperaba. Pero una palabra que oyó, la hizo salir apresuradamente.

—No, no—dijo con acento de supremo dolor—usted no se llevará á mi hijo.

Y haciendo un gesto de altiva impaciencia penetró en el gabinete. Viéndola acercarse, el viejo jardinero se inclinó, y dijo con acento de profunda simpatía:

—El dolor de la señora es el dolor de toda la casa.

Estas palabras de simpatía que oyó de los labios de su fiel servidor, y las lágrimas que vió correr de sus ojos cuando levantó la cabeza, hicieron desaparecer toda altivez.

—¡Ah!—dijo—teneis razon de llorar: en su muerte no hay esperanza.

—No diga usted eso, señora—respondió respetuosamente.

—Pero si no estaba bautizado—replicó sollozando doña Constanza—y la iglesia repudia á tales muertos y hasta les niega sepultura cristiana.

—La voz de la iglesia no es siempre la voz de Dios—respondió con entereza el viejo.

La señora levantó los ojos y miró frente á frente á su servidor, como si hubiese esperado que algun rayo del cielo fuese á derribar á sus piés al que así habia blasfemado. Poco á poco, no obstante, se acordó de lo que habia oido decir sobre los antepasados del jardinero. Este recuerdo disipó la expresion de horror que se habia pintado en su rostro.

—No turbe usted esta casa, váyase usted y déjeme usted sola con mi muy querido muerto. La iglesia no quiere salvar su alma: pero al menos no tiene derecho de arrebatarme sus preciosos restos.

—Es precisamente de esto de lo que yo quiero hablar con usted, señora;—se atrevió á decir el jardinero.—Es indispensable que el niño sea enterrado. Su carita está ya cambiada, y pensando que usted desearia conservarle lo más cerca posible, le he preparado en el jardin una cunita muelle y agra-

dable, donde los ruiseñores cantarán por cima de su cabecita, y le recordarán á usted con la suave dulzura de su canto, que él canta tambien en el cielo.

La madre levantó la cabeza, mirándole fijamente.

—¿Qué quiere usted decir, hombre? ¿Se atreverá usted á burlarse de la desgracia de una madre, la desgracia más cruel que puede sobrevenirle?

—Señora, yo no me burlo. Es por el contrario, para endulzar su dolor, para consolar á usted con las mismas palabras que consolaron en otro tiempo á mi madre, y le dieron esperanza, cuando se desesperaba bajo el golpe de una desgracia igual, por lo que yo hablo como lo hago.

—¿Perdió ella también un hijo no bautizado, y pudo encontrar consuelo en la Iglesia?

—De parte de la Iglesia no. Mas lo halló en las Santas Escrituras, que son la palabra de Dios, la voz de Dios á su pueblo.

Jamás doña Constanza habia oido hablar de las Escrituras. Habia leido las *Cartas de Santa Matilde,* las *Meditaciones de Landolfo,* y otras varias obras recomendadas como las obras por excelencia de la religion y de la devocion por el cardenal Jimenez, que tenia buen cuidado por otra parte de quemar todas las Biblias en castellano que caian en su poder.

La ignorancia de doña Constanza no tenia, pues, nada de particular.

—¿Es que su madre de usted se sintió consolada por ese medio de que usted habla? ¿Las Escrituras pudieron darle la esperanza de volver á hallar en el cielo al hijo que habia perdido?

—Ciertamente, señora. Por eso es por lo que yo he venido á pedir á usted que me acompañe hasta la pequeña cunita que yo he preparado, para hacerle oir á usted, segun yo pueda, las mismas palabras.

La llegada de la nodriza, que venia á anunciar que era preciso enterrar sin dilacion al niño, decidió á Constanza á ir al jardin. Prohibió á los demás sirvientes que la acompa-

ñasen. Después, apoyándose en el brazo de su doncella, siguió al jardinero á través de las calles de naranjos y limoneros, hasta el punto en que se habia abierto la fosa á la sombra de un ciprés.

—Está muy bien—dijo despues de haberla mirado un instante.

—¿Me permite ahora la señora que le diga por qué he puesto los geranios rojos sobre las blancas flores del mirto?

La señora inclinó la cabeza en señal de asentimiento, mas permaneció muda pensando en el pequeño ser, que dentro de poco tiempo la tierra iba á robar á su vista, y que por culpa suya estaba condenado á no estar en el cielo.

El viejo se acercó á ella, y hablando á media voz, pero pronunciando muy distintamente las palabras para que penetrasen en el corazon de la madre, dijo:

—Jesús dijo: «Dejad á los niños venir á mí, y no se lo impidais, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Las palabras que habia oido hacia muchos años, le vinieron fielmente á la memoria, y las pronunció en la dulce lengua castellana, en que habian sido traducidas hacia ya muchos años.

Doña Constanza levantó los ojos, de los que corrian gruesas lágrimas, y fijándolos sobre el viejo en actitud suplicante,

—¡Oh! no se burle usted de mí, no me engañe usted—dijo.—Repítame usted, repítame usted esas palabras. Dígame usted que eso es la verdad, que podré ver á mi hijo en los cielos.

Y lenta y solemnemente las repitió segunda vez. Mas esta vez doña Constanza meneó su cabeza.

—Debe haber en eso algún error—dijo la señora.—María, nuestra santa madre, hubiese sin duda recibido á mi hijo, y por su intercesion, el Señor Jesus lo hubiese admitido en el cielo, si la Iglesia se hubiese dignado aceptarlo. Mas ella no ha querido recibirlo, y está destinado á no morar en el cielo.

—No señora. No es la Iglesia, no es tampoco la vírgen María, es el Señor Jesus, quien lo ha rescatado con su sangre. Es-

cuche usted, señora, la leccion que yo aprendí de mi abuelo, cuando yo era niño. Las flores blancas, de que he cubierto la pequeña cuna, son el emblema de la inocencia, pues el pequeño niño no habia cometido pecado. Mas al mirar yo esas pequeñas flores, me acordé que nadie puede ser admitido en el cielo apoyándose en su inocencia y en sus buenas obras, y que el hijito mismo de la señora, aunque tan pequeño, llevaba dentro de sí la marca del pecado, aunque él personalmente no habia pecado, que sólo la sangre de Jesucristo puede quitar. Por eso entre las flores blancas he puesto algunas rojas. Sobre ellas descansará el pequeño niño, como todo pecador necesita hacerlo sobre la sangre expiatoria de Jesucristo.

—Quisiera Dios—dijo la madre, cruzando sus manos—que esto fuese la verdad. ¡Oh! ¡Si yo pudiese creer unas verdades de tanto consuelo!

Mas ellas diferian tanto de todo lo que habia oido hasta entónces; le parecia tan monstruoso el desprecio de la Iglesia y de los santos, que se espantaba al solo pensamiento de poder aceptarlas. Seria una herejía, y eso atraeria sobre su hijo una condenacion más terrible que la que tenia.

—Yo guardaré vuestro secreto—dijo á su criado—yo olvidaré lo que he oido, pero nunca olvidaré los cuidados y la simpatía que usted ha manifestado por sus amos. Yo vendré aquí con frecuencia, y si en el limbo las almas pudiesen saber algo de lo que pasa en la tierra, el alma de mi hijo sabrá mi pena y me perdonará mi descuido.

Anochecido, en el momento en que la luna se levantaba y empezaba á proyectar sus argentinos rayos en los árboles del jardin, en el momento en que el ruiseñor empieza á enviar á los aires sus dulces trinos, el cuerpo del niño, llevado en brazos de la nodriza, fue depositado por el jardinero en la sepultura. Doña Constanza, sostenida por dos de sus criadas, y acompañada de su amiga Inés, estaba en pié al borde de la sepultura, silenciosa, entregada á un delirio de dolor. No hubo ceremonia fúnebre, ni misa, ni canto. Sola la voz del ruiseñor turbaba el silencio de la noche, y el arroyo que

corria próximo parecia querer asociarse con su murmullo á los sollozos de Inés y de la servidumbre.

Estas permitieron á la desolada madre inclinarse algun tiempo sobre la sepultura, entretanto que el viejo jardinero repetia con voz dolorida y solemne aquellas palabras: «Dejad á los niños venir á mí y no los estorbeis, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Al oir tales palabras, la pobre madre se estremecia. Si ella pudiese creer, si pudiese aceptarlas como la expresion de la realidad, su dolor perderia mucha parte de su amargura. Mas ¡ay! no podia creerlas. Acometida de un frio convulsivo que hacia temblar su cuerpo, se retiró de la tumba, y se dejó conducir por sus criadas á traves del jardin, á la casa vacía y desolada.

No sin razon habia elegido Constanza aquella hora de la noche para los funerales. La noche sombría habia caido tambien sobre su espíritu, que estaba rodeado de espesas tinieblas. Su vida entera iba á ser en adelante muy sombría. ¿Podria alguna vez echar de sí el pensamiento de que á poco de haber recibido su hijo la luz del dia, habia sido echado en aquel lugar donde nunca podria ver á Dios, ni gozar de su luz?

En cuanto al jardinero, la oscuridad de la noche le recordaba otro hecho: la oscuridad de la luz espiritual en su alma. Esa luz, de la que actualmente no conservaba más que un vago recuerdo, habia brillado con esplendor en los dias de sus padres, y los habia iluminado. Ahora sufria la noche espesa y sombría que la Iglesia habia traido.

¿Cómo volveria á disiparse tal oscuridad, y volveria él á ver aquella claridad resplandeciente que habian disfrutado sus padres, los antiguos valdenses? Esto que él se preguntaba sin cesar, pero sin obtener respuesta.

CAPÍTULO III.

La vuelta de don Pedro.

Se pasaron algunos meses ántes que don Pedro pudiese volver á Sevilla al lado de su desolada esposa. Le escribia cuantas veces la oportunidad de los correos se lo permitia, y por este medio fue por el que supo la muerte del regente Jiménez de Cisneros y la negativa en que se encerraba don Cárlos respecto á las demandas de reforma de la Inquisicion.

El pueblo, por su parte, no desistia de sus demandas, y ya la mayoría de sus representantes tomaron la resolucion de reclamar del soberano pontífice un Breve favorable á la pretendida reforma de la Inquisicion.

Cuando se lo permitieron las circunstancias, don Pedro se apresuró á dejar á Valladolid para volar al lado de su desconsolada esposa.

Cuando vió el cambio que el dolor habia hecho en el rostro de su amada Constanza, se aterró. Era á su casamiento una de las primeras bellezas de Sevilla, de un carácter vivo y alegre. Al partir para Valladolid, la habia dejado feliz y alegre. Ahora, en todo habia venido una gran transformacion.

Al entrar don Pedro en la casa, la señora se apresuró á salirle al encuentro; pero parece que su ligereza habia perdido su elasticidad, y su mirada aquella llama que la animaba ántes. Las primeras palabras que pronunció revelaron al esposo la causa de tal transformacion.

—Si no hubieras emprendido ese viaje—exclamó con acento de honda desesperacion—nuestro hijo estaria ahora en el cielo.

Estas palabras sonaron como campana fúnebre á los oidos de D. Pedro.

—Mi querida Constanza—respondió tiernamente, besando con profundo amor la frente de la afligida esposa—aquí estoy yo para partir nuestra desgracia y consolarte de la pérdida de nuestro hijo.

—Nunca hubieras venido—respondió.—Los momentos de felicidad que yo pudiera tener, serian una ofensa á nuestro hijo perdido, ¡perdido en cuerpo y alma!

Don Pedro se sentó en el patio, y acercando hácia sí á su esposa, le dijo:

—Yo veré si la Iglesia no puede hacer nada por nuestro hijo. Yo consultaré al obispo y á los doctores de la Universidad.

—Es inútil—replicó doña Constanza.—Ya lo he hecho yo, y unos y otros me han respondido que el objeto de tu viaje bastaria por sí solo para inclinar á la Iglesia á no hacer nada, aunque estuviese en su posibilidad hacerlo.

—¡Oh! No puedo creerlo. Una Iglesia que tiene en sus manos el tesoro de los méritos de los santos y la Santísima Vírgen, y que lo ofrece largamente á los mismos ladrones y asesinos, y adúlteros y maldicientes, con tal que paguen el precio estipulado, no podrá ménos de consentir en hacer lo mismo con el alma de un inocente niño.

—Me temo que no.

—Pues yo iré en persona á Roma, defenderé mis derechos, y como rico, ofreceré cuanto se me pida.

—¡Ah! Yo quisiera ser papa por un poco de tiempo, y sin necesidad de que nada me ofreciesen, yo abriria las puertas del limbo para todos. Nuestro jardinero Díaz me ha contado que tambien su madre perdió un hijo en circunstancias iguales.

Y á pesar de su promesa, doña Constanza contó á su esposo lo que el viejo jardinero le habia dicho respecto á las Escrituras.

—Ese libro—dijo don Pedro—debe estar en la biblioteca del castillo. Enviaré, si quieres, á Díaz á buscarlo.

Constanza en aquel momente no manifestaba ni deseo ni curiosidad. A sus ojos, la Iglesia era la mediadora omnipotente. De ella únicamente es de quien debia venir la consolacion, si alguna podia esperarse. Y á despecho del desengaño y desaliento que ella misma habia experimentado, insistió en que su marido consultase lo más pronto posible al obispo.

La entrevista tuvo lugar ántes de lo que podia esperarse. No bien don Pedro habia mudado sus ropas de viaje, y habia vuelto al patio, un criado vino á anunciar la presencia del prelado. Este no esperaba sin duda encontrarse con don Pedro. Habia venido para insinuar á Constanza la necesidad de consagrar á la Iglesia una parte considerable de sus riquezas en expiacion de su pecado, la pérdida del hijo por su falta.

Al ver al marido, el obispo creyó prudente pasar en silencio el objeto de su venida. Por otra parte, don Pedro tenia tanto deseo de encontrarle, que no le admiró el verle venir. Pasados los primeros cumplimientos, abordó inmediatamente la cuestion que tenia sobre su corazon, y declaró sin rodeos que estaba dispuesto á apelar á Roma, si las autoridades españolas no estaban dispuestas á emplear la autoridad de la Iglesia y su poder, y rehusaban su ayuda á un padre y una madre, que despues de todo eran buenos católicos, y que no tenian otro delito que el haber perdido á un hijo, á quien una muerte trágica no habia permitido recibir el bautismo. Oyéndole hablar, el obispo se permitió una sonrisa irónica.

—Puede usted, si le parece bien, llevar el asunto á Roma; pero el Papa se guardará de imponer al clero español lo que no es necesario. La España, sépalo usted, no ha estado siempre sumisa á la dominacion romana; ni siempre ha aceptado sus leyes.

—¡Esto no es posible!—exclamó don Pedro asombrado.—Yo me habia figurado siempre que el obispo de Roma era la cabeza de toda la Iglesia.

—No de la Iglesia española—respondió el obispo en un

tono de satisfaccion.—La primera misa romana, en su forma actual, no fue celebrada en Aragon hasta el 21 de Marzo de 1071, y en Castilla en 1086. Don Ramiro, que murió en 1063, fue el primero de los reyes de España que reconoció la autoridad papal y aceptó las leyes de Roma, y no fue hasta 1214, es decir, cerca de trescientos años después, cuando los reyes empezaron á prestar juramento de fidelidad al Papa.

El astuto prelado habia comprendido la turbacion que una revelacion como esta produciria en el espíritu de aquellos, que se disponian á apelar á Roma para obtener que el tribunal de la Inquisicion fuese puesto bajo el mismo pié que los demas tribunales. Era, en efecto, la creencia general que Roma habia ejercido siempre su supremacía sobre la Iglesia de España, y que por lo tanto tenia el poder de obrar á su voluntad respecto á lo que se consideraba como un juicio eclesiástico. De las palabras del prelado se desprendia claramente el hecho de que los obispos de España y el clero habian tomado las leyes que les placia adoptar, y habian dejado á un lado las que creian deber rechazar. Don Pedro tuvo un desengaño. Para mayor seguridad resolvió consultar los archivos antiguos del reino sobre estas revelaciones extraordinarias.

En definitiva el obispo no dió aquel dia gran prueba de su sagacidad. Si él hubiese leido un poquito solo en el porvenir y hubiese previsto los resultados que podia producir su hablar, hubiese sido sin duda ménos orgulloso y altanero en presencia de la perplejidad evidente de aquel gran señor. En vano éste le preguntó á propósito de su hijo. El obispo no le dejó entrever rayo ninguno de esperanza. Era, pues, solamente con hacer una apelacion á Roma, como únicamente esperaban obtener algun consuelo.

Durante este tiempo, doña Constanza se entregaba más que nunca á las prácticas religiosas; iba con regularidad á confesarse, y no faltaba nunca á los oficios de la catedral. En cambio, aparecia sólo muy rara vez entre la sociedad alegre de Sevilla. Dejando á un lado sus joyas y sus trenes de lujo, pasaba casi todos sus dias en penitencias y oracion. Espera-

ba por medio de estas obras de penitencia poder aliviar de alguna manera la situacion de su hijo. Con este objeto, y cediendo á las solicitaciones incesantes de su confesor, consagraba grandes sumas á la Iglesia. Habia concebido tambien la idea de renunciar á su casa, su marido y sus amigos, para encerrarse en un convento, esperando que Dios aceptaria su renuncia completa á los goces del mundo en bien del alma de su hijo.

Don Pedro le hacia observar que, si la Iglesia no tenia el poder de librar á su hijo, este sacrificio seria completamente estéril, y que poseyendo ella el dinero, ganaria más que con todas las penitencias y sacrificios. Lo que no intentó fue el retirarla de sus prácticas de devocion, pues las miraba para su esposa como un medio de distraccion, mientras él consultaba los viejos papeles de Estado, y las historias eclesiásticas, para buscar las pruebas de las afirmaciones del obispo á propósito de la Iglesia de España.

Después de largas y minuciosas investigaciones, acabó por descubrir no solamente que habia sido independiente de Roma, sino que habia dirigido observaciones al Papa con motivo de algun concilio español. Allí, en efecto, los obispos de España habian atacado fuertemente el poder de Roma hasta en sus cimientos, y habian declarado que la roca en que descansa la Iglesia no es la persona de Pedro, sino la confesion de fe hecha por Pedro. Tal declaracion habia disgustado al Papa, que la sometió á los diputados de España, á fin de que el arzobispo de Sevilla y sus colegas corrigiesen los errores que contenia. Pero los prelados españoles, en lugar de responder á las quejas del Papa, hicieron una segunda copia, acusando al Santo Padre de haber recorrido su rescripto con demasiada precipitacion y sin atencion.

A la vista de este debate, don Pedro no sabia qué admirar más, si la audacia de los obispos, ó sus declaraciones dando como base á la Iglesia la doctrina, la fe, y no la persona de San Pedro. Mas ¿cuál era en realidad esta fe, esta doctrina? Y no recordaba haber encontrado el más mínimo vestigio de ella; ni en las leyendas de la vida de Pedro, ni

en las de los santos, cuando precisamente debia ocupar el primer puesto en la enseñanza de la Iglesia.

Don Pedro continuó sus investigaciones para ver de descubrir, en los procesos verbales de los concilios ecuménicos, algunas afirmaciones en pro ó en contra. Y halló enunciadas muchas otras doctrinas; y vió que un papa habia sido declarado públicamente hereje. En cuanto á la fe de San Pedro no halló ni rastro. La única conclusion á que don Pedro pudo llegar, fue esta: que la Iglesia habia sido identificada desde luego con esta doctrina, tanto que no habia sido necesario recordarla, pero que desgraciadamente la habia ido olvidands poco á poco.

Absorto estaba don Pedro en tales investigaciones, cuando supo que habia sido designado por la suerte para ir con los diputados de Toledo, á hacer nuevos esfuerzos delante del emperador, para impedir, á ser posible, que se vendiesen ó se concediesen á los Flamencos todos los beneficios y cargos del Estado.

Despues de haber estado, pues, Constanza algunos meses con su marido, se quedó de nuevo sola, prosiguiendo con nuevo ardimiento sus prácticas religiosas y devociones. Esperaba ser madre por segunda vez. Esto motivaba el que don Pedro sintiese doblemente el tener que separarse de ella. Pero ántes de emprender su viaje, tomó todas las convenientes disposiciones, y dejó las más explícitas instrucciones para que el recien nacido fuese inmediatamente bautizado.

El viaje á Barcelona se hizo lo más rápidamente posible, pero sin gran provecho. Se tuvo la noticia entónces de que habia muerto Maximiliano, emperador de Alemania, y Cárlos se preparaba á sucederle en el trono imperial.

Las pretensiones de Cárlos á tan alta dignidad eran muy del agrado de los altivos señores españoles; y cuando despues de algunas dificultades vencidas, se supo que el rey habia sido reconocido emperador, y que al título de Alteza habia añadido el de Majestad imperial, se miró esto como una disposicion providencial del cielo, como un premio que Dios concedia á España por su celo en perseguir la herejía.

Retenido algun tiempo don Pedro en Barcelona, supo que de nuevo habia sido elegido para ir á Roma, á fin de recabar del papa los Breves tan deseados para reformar los procedimientos de la Inquisicion española. Sin embargo, ántes de emprender este viaje tan largo, quiso pasar algunos dias en Sevilla, al lado de su esposa.

—Si mi presencia aquí es necesaria—dijo—tú me harás llamar inmediatamente.

—No, no pienses en mí—le contestó Constanza—piensa solamente en ver si puedes recabar algo para que nuestro hijo salga del Limbo. Ya hubiera yo deseado—añadió con febril impaciencia—que estuvieses en Roma, en lugar de haber venido á Sevilla.

No ménos impaciente estaba tambien don Pedro por llegar á Roma. Desde que dejó á Sevilla, la imponente comitiva de caballeros de que él formaba parte, hizo el viaje con toda la rapidez posible, dado el mal estado de los caminos y las dificultades de la marcha.

Habia en España más de un corazon impaciente por saber el resultado del viaje de don Pedro. Para que España pudiese participar del saber, la ilustracion y la libertad de otras naciones, era de todo punto indispensable que esa terrorífica institucion, cuyo objeto único era reducir á la nada toda aspiracion hácia esas cosas, fuese suprimida ó al ménos muy abatida. Mas el pontífice, aunque muy sabio, se cuidaba muy poco de las reformas de esa índole. Tenia mucha necesidad de dinero, y le importaba poco el medio de adquirirlo. Lo esencial era que se llenasen sus arcas.

Conociendo estas disposiciones, don Pedro y sus compañeros de diputacion le ofrecieron un magnífico presente, esperando con esta llave de oro, hallar acceso á las riquezas espirituales y á los favores de la Iglesia. Don Pedro pensaba tambien que por este medio le sería fácil obtener una indulgencia plenaria, ó algun otro medio para sacar á su hijo del Limbo. Mas, sea que el papa y los cardenales dudasen de su poder para esto, sea que dilatasen su decision para sacar más dinero al rico español, éste, llamado á Sevilla por novedades

apremiantes, se vió precisado á dejar la ciudad papal sin haber obtenido respuesta al asunto que llevaba en su corazon, mientras lo corte pontificia lo olvidaba, ocupada sin duda en las intrigas políticas ó en otras cuestiones que le interesaban más.

CAPÍTULO IV.

El antiguo Valdense.

La salida precipitada de Roma de don Pedro habia sido ocasionada por una carta enviada con toda premura, anunciándole que su mujer acababa de ser madre de dos gemelos, y que la Iglesia los reclamaba ambos. Al saber la nueva, don Pedro no sabia qué creer, y se perdia en mil conjeturas de qué significaria la frase: «que la Iglesia reclamaba los dos gemelos.» La carta no le daba explicacion ninguna.

Partió, pues, precipitadamente é hizo su viaje con toda la rapidez posible, para impedir, si le era dado, que la Iglesia se apoderase de sus hijos. Entónces no se conocian los caminos de hierro ni aun las diligencias. Las grandes carreteras estaban por hacer aún, en un pais tan rico y tan floreciente como España. Don Pedro no podia viajar sino con mulas ó en literas. La guerra civil, y los desórdenes en que entónces estaba envuelto el país, obligaban muchas veces á los viajeros á hacer su camino con grandes rodeos. Trataban de evitar el tropezar con las partidas sublevadas, pero se ponian á peligro de caer en manos de bandas de ladrones.

Todas estas dificultades impidieron á don Pedro el venir á Sevilla tan pronto como él hubiera deseado. Ya habian trascurrido bastantes semanas del nacimiento de sus hijos, cuando por fin llegó á Sevilla. Las primeras palabras de su mujer le anunciaron que era ya tarde para sustraer á sus hijos á la rapacidad de la Iglesia.

—¡Oh, Pedro, nuestros hijos!—exclamó Constanza, lanzándose en los brazos de su marido.

—¿Dónde están?—preguntó ansioso.

Constanza le señaló con el dedo la catedral.

—El obispo los ha tomado á su cargo.....

—¿Cómo es eso? ¿cómo has permitido al obispo apoderarse de mis hijos ántes de mi vuelta?—interrumpió él con tono algun tanto irritado.

Ella entónces levantó su cabeza con altivez:

—Eran tambien míos, Pedro—le dijo.

—Es verdad—dijo don Pedro— y tú los amabas mucho. ¿Cómo, pues, has podido consentir en que la Iglesia te haya robado esos tesoros?

—¿Robármelos? No me los ha robado. He sido yo la que se los he dado, y voluntariamente.

Don Pedro retrocedió asustado.

—¿Que tú los has dado voluntariamente?

—Sí, desde el momento en que me sentí madre, prometi con juramento á mi confesor y al obispo, consagrar á mi hijo, fuese del sexo que fuese, á la Iglesia desde el dia mismo de su nacimiento.

—¿Y nada me has dicho de esta promesa?

—Me comprometí solemnemente á no hablar de ello.

Y pronunciando estas palabras, Constanza se esforzaba por aparecer calmada y tranquila; mas su corazon de madre suspiraba por sus hijos. Y los esfuerzos que hacia para contener su dolor, agotaron sus fuerzas y cayó desvanecida en los brazos de su marido.

—¡Pobre Constanza mía!—exclamó don Pedro, viéndola desmayada en sus brazos. Y se esforzó por acostarla en su lecho.

Después, contemplándola en silencio, se dijo á sí mismo: «¿Es justo hacer sufrir tan cruelmente á una madre tan tierna? La muerte me hubiese arrebatado á mis hijos, y el dolor me hubiese sido ménos amargo. ¡Cuánto más á mi querida Constanza! Saber que Dios se los habia llevado consigo, sí, esto me hubiera sido ménos penoso.»

Pero ni aún este consuelo le quedaba. Al que Dios habia arrebatado, era precisamente el que no habia recibido el bautismo. Y Dios se lo habia arrebatado, no por quererlo más, no para educarlo y cuidar de él, como habria hecho la Iglesia. Lo habia arrebatado, ántes de que ella lo hubiese recibido en su seno, y le hubiese quitado la mancha original. Unas semanas más y él habria podido ser admitido en el reino de los cielos; mas esas semanas Dios no habia querido concedérselas. ¡Ah! no: casi podia decirse que la Iglesia era aún ménos severa que ese Dios santo y terrible. Mas este razonar de Don Pedro era falso.

No podia resignarse á pensar que la Iglesia no habia traspasado sus derechos, quitándole sus hijos, pues al ménos debia haberle dejado la niña, y haberse contentado con el varon. Y esto le parecía más evidente, cuando pensaba que sus dos hijos estarian en adelante en manos mercenarias, condenados á pasar en los muros sombrios y helados de un convento una vida sin amor, y sin atractivos.

Este pensamiento no agitaba ménos á doña Constanza. Su salud estaba visiblemente quebrantada, su indiferencia para todas las cosas de la vida, el desaliento para todo, y sobre todo la expresión de ansiedad que tomaba su rostro, y la llama que iluminaba sus ojos cuando se trataba de sus dos hijos ausentes ¡oh! en aquellos momentos la pobre señora conmovia á todo el mundo, y se atraia la compasion de todos.

Don Pedro sin más dilacion, tomó el partido de trabajar por todos los medios á su alcance, para que la Iglesia le restituyese uno de sus hijos. Y se decidió por la Isabelita, creyendo que tendria más probabilidades de éxito reclamando á esta que al pequeño Rodrigo. Este, como le correspondia ser el heredero principal de la fortuna paterna, seria más difícil el arrancarle de las garras de aquella Iglesia, ávida siempre de dinero.

Mas ántes de dar ningun paso, quiso tratar la cuestion con su mujer, y aprovechó la ocasion en que ambos estaban solos, en la hora en que se preparaban para su siesta. Pensaba naturalmente, que ella le escucharia con gozo, y le anima-

ria la perspectiva de estrechar en sus brazos á uno de sus hijos. Mas, ¡cuál no fue su asombro, cuando oyó el grito de horror, y vió el movimiento de espanto con que Constanza recibió sus palabras!

—¡Oh! Pedro, mi buen marido, no hagas caer sobre mi cabeza la pérdida de otra alma—exclamó con las manos crispadas de desesperacion.

—No en manera alguna, mi querida Constanza; mas nosotros podemos enseñar á nuestra hija á ser una buena y ferviente católica, sin desterrarla lejos de nosotros al encierro de un convento.

—¿Y el voto que yo he hecho? ¿y nuestro hijo muerto sin bautismo?

Por lo que hace á vuestro voto, bastante cumplido está con el sacrificio de Rodrigo.....

—¿Y cómo salvaré yo el alma de mi primogénito del Limbo? Las oraciones de un fraile y una monja son delante de Dios de gran eficacia. Y unidas éstas á los sacrificios de penitencia y de dinero que yo haré, lograrán sacar su alma de allí y llevarla al cielo.

—¿Pero no crees tú, Constanza.....?

—No trates en manera alguna de romper mi voto—respondió con febril entonacion. Tan pronto como lleguen al uso de la razon, sabrán cuáles han sido los motivos que me obligaron á obrar de esa manera, y comprenderán que el objeto de toda su vida es el orar por la salvacion de su hermano.

—Si Isabel fuese sacada del convento, y la Iglesia privada de sus servicios, piensa en que la maldicion volveria á caer sobre nuestras cabezas.

Don Pedro comprendió que debia ceder á las instancias de su mujer, y renunciar á su propósito de sacar los niños de la Iglesia. Mas no estaba dispuesto á abandonarse ciegamente al gusto de una Iglesia, á la cual tenia el sentimiento de haber obedecido tanto tiempo. Frecuentemente, en sus paseos por entre los naranjos y limoneros de su jardin, le venia á su espíritu la declaracion de la Iglesia española ántes de su su-

PRIETO, SC.

mision al poder pontifical, á saber, que la Iglesia no descansa sobre la persona de Pedro, sino sobre su doctrina, sobre su fe.

Un dia decidió darse á estudiar seriamente esta fe. Y sobre ello iba meditando, cuando se encontró de manos á boca con el jardinero Díaz, que estaba cuidando las flores de la pequeña tumba.

Hé ahí una tumba sin esperanza—dijo dando un profundo suspiro, al mirar tristemente el lugar donde descansaba el cuerpo de su hijito.

—No diga usted eso—respondió el viejo con respeto, pero á la vez con entereza.—Dios no ha hecho con el pequeño niño lo que yo hago algunas veces con las pequeñas plantas, arrancarlas para destruírlas. El Señor ha arrancado al niño á la influencia del sol abrasador de este mundo, para trasplantarlo á las frescas umbrías del cielo.

Don Pedro miró al viejo con sorpresa, porque sus palabras eran muy diferentes de las enseñanzas de la Iglesia.

—Tengo entendido que pronunciaste palabras semejantes el dia del entierro de mi hijo. ¿Dónde las has aprendido?

—Señor, las aprendí, hace mucho tiempo, en la casa de mi abuelo. Yo he pensado mucho sobre ellas desde aquella triste tarde, y yo creo que son verdad, la verdad de Dios, porque mi abuelo hablaba segun la palabra de Dios.

Don Pedro recordaba entónces haber oído hablar á su mujer de lo mismo, y haber ofrecido enviar á buscar en Castilla en el castillo de sus antepasados, un manuscrito de la Biblia en castellano.

Ese manuscrito habia escapado á las pesquisas del Santo Oficio, cuando se habia dado la órden de destruir todas las copias de los libros santos, y de las obras de Antonio Lebrija. Los libros que este sabio habia compuesto, para esclarecer el texto de las Escrituras, habian sido arrebatados sin distinción.

El mismo Lebrija habia sido acusado de herejía.

Pero el mismo padre de D. Pedro que asistió á las conferencias dadas por aquel sabio en la Universidad de Sevilla, habia dicho que «no era por causa de herejía, sino por celos

del clero contra Lebrija, el haberle acusado; porque Lebrija era un sabio y el clero se oponia á la ciencia.

A pesar de la hostilidad de la Iglesia, los esfuerzos que habia hecho Lebrija para combatir la ignorancia, no habian dejado de producir algunos frutos. Hubieran producido seguramente más, sin el amor de las conquistas y expediciones lejanas que atormentaba á la nobleza, y si la Iglesia, que veia en esa pasion un preservativo muy á propósito contra las preocupaciones religiosas y científicas, no hubiese buscado el desenvolverla más y más. Sin embargo, algunos de los principales representantes de la nobleza habian adoptado esos principios, y el padre de don Pedro no habia temido dar hospitalidad en su castillo á las desgraciadas familias de los valdenses, á quienes la persecución habia obligado á buscar en España asilo y proteccion. Estos acontecimientos nos explican el por qué don Pedro mismo, en lugar de haberse lanzado á alguna expedicion difícil, estaba ocupado en estudiar las graves cuestiones que agitaban aquella época.

En aquel momento se supo en Sevilla la nueva gozosa de otro descubrimiento. Cortés, que á ejemplo de Cristóbal Colon, habia partido á la cabeza de una porcion de hombres dispuestos á todo, en busca de aventuras, acababa de arribar á Méjico, cuya conquista habia hecho. Fundar á Veracruz, sacrificar á los legítimos poseedores del suelo, reclamar la soberanía en favor de la madre Iglesia con objeto de ser hecho por ella gobernador del pais, tales eran los medios poco escrupulosos de que se habia servido aquel atrevido y fanático conquistador. Y el pueblo español no concedia á ello tanta atencion, y estaba dispuesto á dejar el campo libre á los curas, frailes y á la Inquisicion, si esta institucion debia garantirle los favores del cielo y asegurarle una larga sucesion de éxitos fructuosos.

Algunos hombres serios y reflexivos, como don Pedro, habrian preferido ver la abolicion de ese tribunal inícuo, aunque su desaparicion hubiese costado á España algunas posesiones lejanas. Don Pedro, en efecto, tenia el presentimiento de que esa institucion, si persistia en ser tolerada, acabaría por hacer

desaparecer hasta el último vestigio de las libertades civiles y religiosas. Comprendia, despues de todo, que era para él prudente guardar secreto sobre la investigacion que se proponia hacer á propósito de la Biblia castellana, si queria evitar el tener rozamiento de ninguna clase con los Inquisidores.

Estas consideraciones le llevaron naturalmente á guardar alguna reserva con su misma mujer. Este temor le hacía, sin embargo, sufrir mucho, pues el ascendiente cada vez mayor, que su confesor tenia sobre el espíritu de Constanza, era muy manifiesto para que él no se pusiese en guardia, y no midiese toda la trascendencia de lo que pensaba decir sobre los derechos y el poder de la Iglesia. Don Pedro no pensaba ciertamente que su mujer quisiese deliberadamente atraerle enemigos. La conocía demasiado para suponer en ella tan bajo y ruin pensamiento. Mas no ignoraba ménos las preguntas insidiosas del cura en el confesonario, preguntas á las cuales ella podría creerse obligada á responder, y que podrian tener por consecuencia la cárcel y áun la hoguera. Segun la ley, toda confesion debe ser secreta, mas don Pedro sabia á qué atenerse respecto á la astucia y discrecion de los confesores.

La estrecha y dulce comunion de ideas estaba, pues, muy quebrantada entre marido y mujer. La distancia que los separaba crecia cada vez más. Vivia cada uno de por sí, se hablaban las ménos veces posibles, y evitaban con mucho cuidado el abordar los asuntos que tenian en su corazon.

Don Pedro emprendió solo el viaje á Castilla, dando por pretexto ciertas contestaciones que se habian suscitado entre los colonos de sus fincas. Pero doña Constanza y el jardinero Díaz creian que aquello no era más que un pretexto, y era en verdad algun asunto grave el que allí le llevaba.

El misterio, que su marido guardaba con Constanza, no dejaba de causar alguna pena á la jóven esposa. Pero en el fondo no dejaba ésta de tener cierta satisfaccion en que su marido no la hubiese revelado todo su pensamiento, pues de esa manera, si el confesor le preguntaba, no podia responder nada sobre el particular.

Por otra parte, cuando ella pensaba en los intereses eter-

nos del alma de don Pedro, se sentia casi en la obligacion de dar cuenta al cura de sus dudas, y pedirle consejo sobre estas materias, temiendo ménos las dificultades que semejantes revelaciones pudieran traerle, que los fuegos eternos reservados en el infierno á los que se habian hecho culpables de herejía, ó al ménos la habian tolerado.

La ausencia de don Pedro pareció ménos sensible á Constanza en estas circunstancias que en los viajes anteriores. Su simpatia recíproca no era la misma, sus pensamientos llevaban caminos muy diferentes. Mientras que ella prestaba una obediencia cada vez más ciega y supersticiosa á la Iglesia, aceptando ciegamente todas sus prescripciones, él ponia en tela de juicio sus dogmas, su autoridad, sus exigencias, comparándolas con todo lo que habia visto en Roma, en la corte del Papa Leon X.

Como Lutero algunos años ántes, se habia escandalizado profundamente de la corrupcion y del ateismo que públicamente exhibian el pueblo, el clero, los cardenales y el mismo Papa. Era entónces moda corriente en la ciudad santa, poner en duda la vida futura y la inmortalidad del alma. En la corte pontificia nadie hacia escrúpulo de emplear los textos sagrados para los chistes y retruécanos más groseros, y burlarse de los misterios de la fe.

Y sin embargo, esa Iglesia, Iglesia escéptica, Iglesia de costumbres corrompidas, era la Iglesia que reclamaba para sí sola el derecho de perdonar pecados, de abrir y cerrar á su voluntad las puertas del cielo.

Nada de particulor tenia, pues, el que don Pedro, pensando en estas cosas, acordándose de su hijo enterrado en el jardin de Sevilla, porque no se le habia concedido sepultura eclesiástica por no haber recibido el bautismo de aquella Iglesia corrompida, meditase sériamente en lo que le habia dicho el jardinero, aunque sabia que aquella familia habia sido perseguida en otro tiempo por la Inquisicion por creerla hereje.

Buscando, pues, en la biblioteca del viejo castillo de Castilla la Biblia traducida al español, se encontró con un legajo

de cartas, algunas de las cuales habian sido enviadas á su padre por Lebrija, cuando la Inquisicion habia condenado sus trabajos sobre las Escrituras. Sobre todo, llamó poderosísimamente su atencion el siguiente párrafo:

«¿No es bastante que yo someta mi juicio á la voluntad de Cristo en las Escrituras? ¿Es necesario que yo rechace como falso lo que me parece ser una verdad tan clara como la luz del medio dia? ¿Qué tiranía es esta la de querer impedir á un hombre, bajo pena de los más crueles tormentos, el decir lo que piensa, sobre todo, cuando hace profesion del más profundo respeto á la religion? ¿Sobre qué asunto debemos, pues, reconcentrar nuestros pensamientos, si nos es prohibido dirigirlos hácia aquellos oráculos sagrados, que han hecho, á través de los siglos, las delicias de las almas piadosas?»

Estas palabras, salidas de la pluma del hombre más erudito de la época, trazaron á don Pedro la marcha que debia seguir. Tomó desde aquel momento la resolucion de leer la Biblia castellana que habia hallado, y procurarse al mismo tiempo ciertos tratados de Lutero escritos en latin, así como sus *Comentarios sobre los Gálatas*, traducidos á la lengua española. Todo esto lo podia obtener sin grandes dificultades por medio de los mercaderes de Flandes, en donde estas obras habian sido publicadas.

CAPITULO IV.

La Inquisicion.

Despues de una corta temporada en Castilla, don Pedro volvió á Sevilla, donde se esforzó una vez más en convencer á los nobles de la necesidad de insistir en que fuese reformado el tribunal de la Inquisicion. Nadie ignoraba que el rey habia pedido al Papa la anulacion de tantos fueros otorgados á la Inquisicion; pero la respuesta, que Leon X habia dado á tal peticion, no dejaba entrever éxito favorable. Tambien habia amenazado anular por un decreto del tribunal de la Rota las sentencias de confiscacion pronunciadas hasta entónces. «Se me ha asegurado,» dijo al rey el embajador, «que si esta medida llega á ejecutarse, y hay alguna probabilidad de ello, V. M. se veria obligado á restituir más de un millon de ducados adquiridos por medio de la Inquisicion.»

No debe sorprendernos que aquel rey necesitado, siempre escaso de dinero, que no cesaba de gravar á sus súbditos con nuevos impuestos, y se veia en la imposibilidad de pagar á sus soldados, se esforzase por todos los medios en secundar á aquel tribunal inícuo, que hacia entrar tanto oro en sus cofres, así como en los de la Iglesia, cuando algun personaje de importancia era convencido de herejía.

Cárlos estaba pronto á no moverse para obtener la abrogacion de los privilegios de los inquisidores. Sus ministros á su vez tampoco manifestaban las mejores disposiciones para

ello. La política seguida por uno de ellos, don Juan Manuel, llamaba mucho la atencion de los nobles de Sevilla. El habia escrito al rey aconsejándole aparentar favorecer á un monje sajon llamado Lutero, que causaba al Papa bastantes inquietudes por los folletos que continuamente lanzaba contra la autoridad papal.

—¿Piensa usted que la política de don Juan Manuel debe prevalecer?—preguntó don Pedro al que le habia contado lo que precede.

—Nuestro jóven emperador puede muy bien aparentar favorecer las opiniones del monje, para así obtener mejor del Papa la bula que desea. Pero ese Lutero no cree en Dios, ni en la Trinidad, ni en Santa María. Algunos dicen que es el mismo Satanás en persona, que ha tomado la forma de hombre para trastornar la Iglesia—respondió gravemente su interlocutor.

—El enseña, efectivamente, cosas extrañas en Alemania—añadió don Pedro.

—Herejías perniciosas, que no pueden salir sino del abismo del infierno—respondió un segundo interlocutor.

—Tal vez—respondió don Pedro.—Sin embargo, yo he leido la carta de Alfonso Valdés, secretario del emperador, que está actualmente en Alemania. El ha asistido á los debates y por sí mismo lo ha oido todo. El reconoce que el monje es muy atrevido y valiente en su dialéctica, y condena, naturalmente, el que haya tenido la audacia de quemar las bulas pontificias. Mas no hace mencion de los cuernos y uñas, que se atribuyen ordinariamente á la persona de Lutero, y eso que le ha visto y oido largamente en la dieta de Worms. No da grandes detalles de sus opiniones, pero aconseja á todos que lean sus escritos para conocerlos. Allí podrán encontrar el antídoto al lado del veneno.

Muchos por curiosidad resolvieron seguir este consejo. A partir de aquel momento, los mercaderes de Amberes hallaron una venta fácil para los escritos de Erasmo y para los de Lutero. Mas, bien pronto mercaderes y lectores comprendieron que debian usar de mucha cautela para vender y leer aque-

llas obras. Poco tiempo despues, en el mes de Marzo de 1521, el Papa, en dos bulas que envió al condestable y almirante de Castilla, gobernadores del reino en ausencia de Cárlos, les ordenaba tomar todas las medidas convenientes contra los libros de Lutero y sus defensores. Al mes siguiente, el cardenal Adriano, en conformidad con aquella orden, encargaba á la Inquisicion de recoger todos los libros de esa especie.

Una vez más, algunos hombres honrados y reflexivos ensayaron el agrupar en torno suyo fuerzas suficientes para combatir ese terrible tribunal. Mas la nobleza y el pueblo no supieron unirse para la preservacion comun.

Reflexionando en estas cosas, viendo á qué punto iban á ser reducidos unos y otros á merced del poder inquisitorial, don Pedro no podia dejar de exhalar profundos suspiros. Sus antepasados habían sido bastante poderosos para socorrer á los antiguos valdenses; mas este poder le habia sido ya qultado. Es verdad que le quedaba su castillo feudal; mas ahora no tenia el derecho de proteger áun á los mismos miembros de su propia familia, dentro de aquellas murallas seculares que habian dado abrigo á tantos proscritos.

Así las cosas, la casa de don Pedro vino á ser menos triste: un nuevo vástago trajo á ella la alegría. Gracias á los múltiples cuidados que tenia que conceder á su hijita, doña Constanza se relajó un poco en la práctica de las reglas austeras que se habia impuesto, y parecia que la paz y felicidad domésticas estaban aún reservadas á los padres. Sentada en su patio, la madre escuchaba gustosa, acunando á su hija, las relaciones que su marido le hacia de las agitaciones del mundo de fuera, particularmente las palpitantes de Valladolid, las disputas religiosas de Alemania, y la ausencia prolongada del rey, con gran disgusto de los españoles.

—¿Por qué—preguntó un día Constanza—el emperador no quema á ese Lutero, como lo haria la Inquisicion, si estuviese en Sevilla?

—Nuestro emperador no tiene poder para ello—respondió don Pedro con cierta satisfaccion.

—Pero Pedro, ese hombre no es digno de vivir; no cree, segun me ha dicho mi confesor, en nada de lo que nuestra Iglesia tiene como más sagrado.

La mencion del confesor recordó á don Pedro la prudencia que iba olvidando. No se atrevía á decir á su mujer que leia los libros de los reformadores, y que se inclinaba secretamente hacia sus doctrinas. Y se apresuró á cambiar el rumbo de la conversacion, para hablar únicamente de los últimos acontecimientos de Sevilla.

Un antiguo amigo, Magallanes, á quien el amor de las aventuras habia llevado á buscar una nueva ruta para las Indias orientales, habia descubierto el nuevo estrecho, que hoy lleva su nombre, y reclamaba en nombre de la Iglesia, las tierras adyacentes.

Podían hablar de todas estas cosas, de la extension inmensa de los dominios españoles en Europa y América, extension que prometia al jóven monarca una monarquía casi universal; de los suntuosos trajes introducidos en España por los flamencos; de la riqueza incomparable de los mercaderes de Amberes, que venian frecuentemente del puerto de Cádiz á Sevilla á asistir á las diversiones que habia en esta ciudad.

En cuanto al asunto que ambos tenían en su corazon, y que les recordaba la pequeña tumba de flores que existia en el jardin, se guardaban con estudiado esmero de no abordarlo.

Los dos gemelos, excluidos de la casa paterna, Isabel y Rodrigo, eran dos niños tan hermosos como sanos. El padre y la madre iban á verlos á intérvalos regulares. Mas, como se los consideraba ya consagrados á la vida monacal, no se les permitia prolongar por mucho tiempo sus entrevistas. Era para don Pedro un dolor extremo ver á estos dos niños enterrados vivos en los muros de un convento, desde su edad más tierna, y privados para siempre de las santas y dulces relaciones de la vida de familia. Se habia tambien arriesgado á hacer entrever á su mujer, por insinuaciones indirectas, toda la injusticia de este proceder. Mas ella se habia extraña-

do y se habia afligido tanto con estas observaciones que consideraba como antireligiosas, que se habia visto forzado á renunciar al proyecto de sacarlos, y guardar para sí solo sus opiniones personales sobre Lutero.

Una nueva causa de inquietudes surgió bien pronto en su camino. Tenia la costumbre, con algunos amigos serios y reflexivos, de seguir las enseñanzas de un hombre, á quien se daba el título de apóstol de Andalucía, Juan de Avila. Este predicador difería de los otros predicadores de la época por su enseñanza que él conformaba á la sencillez evangélica, y por su piedad, por su caridad, y sobre todo por su vida ejemplar, que era una censura continua de la vida licenciosa de lo restante del clero.

Constanza tenia por confesor á un enemigo jurado del venerable Avila. Cuando apercibió que don Pedro seguia la predicacion de aquél, con preferencia á las arengas descaradas y groseras con que él se esforzaba en inflamar el celo mal ilustrado de sus oyentes, se aplicó á obrar sobre el espíritu de la jóven esposa, para hacerle odioso su marido y el predicador Avila. Ambos, según él, eran sospechosos de herejía.

Esta simple suposicion era muy bastante para producir alarma. Por otra parte, se habia desvanecido completamente toda esperanza de obtener la reforma de la Inquisicion. El papa Leon habia muerto en Diciembre de 1521. Y acababa de sucederle en el trono pontificio el cardenal Adriano, obispo de Tortosa, primer preceptor que habia sido del jóven emperador. Cárlos no tenia nada que temer á propósito de la Inquisicion: el pueblo, por el contrario, no tenia nada que esperar. Toda tentativa, no ya para destruir, sino ni áun para reformar aquel tribunal, era ademas de inútil, muy peligrosa. Jamás se habia visto en acecho por las calles de Sevilla tanta afluencia de alguaciles y familiares. Si Torquemada, el primer inquisidor general, hubiese vivido en aquel momento, hubiese podido disolver sin temor la guardia á caballo de sus agentes, y arrojar al rio los ganchos de los animales de que se servía para prender á los herejes. El espíritu

caballeresco de resistencia á la opresion y la injusticia, habla desaparecido poco á poco de entre aquellos vivientes. Toda su atencion estaba ahora consagrada á expediciones lejanas, á la adquisicion de riquezas y territorios más extensos.

Los inquisidores, aguijoneados en sus funciones por el ardor que desplegaba el nuevo pontifice en la busca y aprehension de libros heréticos, comenzaron á dirigir sus esfuerzos, contra los libros, y contra los poseedores de ellos.

Las primeras sospechas recayeron sobre don Pedro. Afortunadamente, ninguna prueba cierta contra él fue hallada. El confesor de Constanza no perdonaba ardid alguno por sacar de los labios de esta señora alguna revelacion sobre las tendencias religiosas de su marido. Mas, sea que ella nada supiese, sea que se negase á soltar prenda alguna sobre este particular, el fraile tuvo que resignarse por entónces á esperar.

Juan de Avila fue ménos feliz que su devoto protector. El fraile, celoso de la fama de aquel predicador, é irritado con sus reproches, denunció á la Inquisicion ciertas apreciaciones que habia emitido sobre Lutero y sus doctrinas. Fue, pues, preso y arrojado á un calabozo. Esto fue para don Pedro una prueba muy dolorosa. Las glorias de la caballeria española estaban en su ocaso, y con gran pesar el orgulloso baron lo comprendió. ¿Podria ahora, encerrándose en su castillo señorial, ofrecer á su amigo una proteccion suficiente, ó bien ir con su sola banda de valientes á arrancarlo de las manos de sus enemigos, como habria podido hacerlo ántes?

Era muy dudoso en efecto, que el pueblo con su humor actual y sus actuales aspiraciones, se mostrase favorable á una tentativa de esa índole. Tal era el celo que le inspiraba el emperador, que unia en un mismo sentimiento de odio á los turcos y á los luteranos, y con tanto gusto hubiera ahorcado á estos segundos como hubiera fusilado á los primeros, en el campo de batalla.

La victoria de Milan, en que la Francia vencida habia visto prisionero á su rey, y la España habia consolidado más firmemente en Italia la bandera de su dominio, fue conside-

rada como una nueva prueba del favor del cielo por el Santo Oficio. El orgullo nacional y la conciencia individual se inclinaron ante esta consideracion. En otro tiempo, el carácter del delator era mirado con más odio que el del hereje. Ahora habian cambiado completamente las cosas. Desde los púlpitos, y en los confesonarios y en las conversaciones familiares, los frailes y los curas excitaban á sus oyentes á delatar, bajo la pena de condenacion eterna, á todo individuo que fuese hallado leyendo ó poseyendo una obra sospechosa de herejía ó favorable á las doctrinas de Lutero.

Un dia supo don Pedro, que un amigo perteneciente al partido del que ménos podia esperarse, habia salido por fiador de Juan de Avila. Un hombre, de un espíritu más pacífico que lo que pedian sus funciones, el inquisidor Manrique, habiendo oido hablar ántes del espíritu elevado del de Avila, hizo esfuerzos por arrancarle de la ferocidad de sus colegas, y lo consiguió.

Algun tiempo despues, don Pedro, que por medida de prudencia se habia retirado momentáneamente á Castilla, se apresuró á volver á Sevilla, donde le esperaba una nueva prueba más dolorosa todavía que las precedentes. En su amor á su mujer y á su hija, saboreaba ya de antemano el placer que experimentaria al volver á verlos. ¡Cuál no fué su desolación, cuando al entrar en su casa, no halló en ella á su querida Constanza!

—Bien podia haber dejado su visita al convento para otro dia—dijo en su interior, cuando sus domésticos le dijeron adónde había ido.

Mas no quiso quejarse. Se despojó de su traje de camino, y se puso un precioso traje nuevo para celebrar de esa manera la venida de su mujer, y se bajó al patio.

Era ya la hora de la siesta, y Constanza no había vuelto. Inquieto don Pedro, llamó á una de sus doncellas para saber algo de su esposa. Muy poco fue lo que pudo averiguar. Supo que la carta que habia enviado, anunciando su llegada, habia producido emocion en ella, que habia llamado al confesor, y que pocos momentos despues se habia marchado con

su hija, la nodriza y una doncella, al convento de Santa María.

Al oir esto, un presentimiento terrible turbó el corazon de don Pedro. ¿Habria ella formado el propósito de abandonarle, y romper el lazo sagrado que la misma Iglesia habia bendecido? Estos pensamientos no le dejaban un instante de reposo, y todo agitado se paseaba por el patio, mirando tristemente los hermosos surtidores de la fuente, que cual hilos de plata subian al aire, y se desprendian despues como lluvia de perlas sobre las raras y hermosas plantas que la rodeaban.

Las horas pasaban, el tiempo de la siesta habia terminado, la tarde avanzaba, y Constanza no parecia. Don Pedro hubiera salido en su busca, pero ¿y si en el entretanto venia Constanza? Y él queria esperarla, porque tenia necesidad de decirle cuánto la amaba, y de hablar con ella sobre el hijo que creian tener en el limbo.

Mas las sombras de la noche iban cayendo, y la oscuridad iba extendiéndose por Sevilla. Don Pedro ya no queria engañarse á sí mismo. Su querida Constanza le habia abandonado.

CAPÍTULO V.

En el convento.

Los temores, que don Pedro habia concebido respecto á su mujer, recibieron muy pronto triste confirmacion. El confesor habia representado á aquella desgraciada mujer que era pecado vivir con un hombre sospechoso de herejía. En vano Constanza le habia replicado que no tenia la más mínima duda respecto á la ortodoxia de su marido, y que en todo caso, se creia con fuerzas para hacerle volver á la entera sumision á la Iglesia, y que para preservar de herejía el alma de su marido, ella preferia exponer la suya. El astuto y tenaz confesor cerró sus oídos á estas razones.

La pequeña tumba del jardin era, lo sabia muy bien, el arma acerada que podia penetrar mejor en el corazon maternal y excitar su celo. No tuvo, para vencer su resistencia, más que exponerle que el acto más pequeño de desobediencia á la Iglesia, seria bastante á inutilizar la larga carrera de renuncias, á la que habia consagrado á sus hijos, y todas las penitencias que se habia impuesto. Constanza, á tales reflexiones, se puso completamente á merced del confesor.

Todo lo que le costó este sacrificio, las angustias que atormentaron su alma amante al abandonar aquella casa cuyos esplendores eran otras tantas pruebas del cariño de su marido, el sacrificio que debió imponerse para romper así definitivamente su compañia con él, el confesor no lo comprendió jamás.

Ella debia, tan pronto como recibiese noticia de la vuelta de su marido, dejar la casa y trasladar su residencia al convento con su hijita y una ó dos personas de su servidumbre. El confesor le arrancó esta promesa, añadiéndole que este era el único modo de conservar su fortuna personal, en el caso de venir sobre su marido algún suceso desagradable.

Es muy posible que el fraile fuese inducido á todas estas tramoyas por alguna inclinacion criminal. Estaba dispuesto á no dejar mucho tiempo á don Pedro en posesion de sus riquezas, haciéndole vigilar muy de cerca á su regreso á Sevilla, y denunciándolo á la Inquisicion á los primeros indicios de tendencias luteranas ó reformadas.

El mismo tomó sobre sí el cargo de instalar debidamente á Constanza en el convento. Esta no tuvo más que trasladarse allí al recibo de la carta de su marido.

Esta determinacion de Constanza sorprendió en gran manera á sus numerosos amigos. Doña Inés, que acababa de regresar de Madrid, á donde habia ido á hacer una visita á la viuda del duque de Alenzon, hermana del rey de Francia cautivo, la cual habia venido á España á tratar con Cárlos V sobre la libertad de su hermano, fue profundamente consternada.

Cuando fué al convento á visitar á Constanza, la conversacion recayó, naturalmente, sobre el viaje que acababa de hacer. La determinacion de doña Constanza causó á Inés un profundo dolor, que le impidió decir sobre este asunto todo lo que debía. Toda la conversacion fue, pues, sobre la joven duquesa, sobre el intento generoso que la había traido á Madrid. Doña Inés, por lo demás, se extendió muy largamente sobre este asunto: el continente de la duquesa, su belleza sin igual, su saber, el desembarazo y habilidad con que habia tratado la causa de su hermano, la impresion evidente que habia producido en el corazon del jóven emperador. Cada punto de estos los puso sobre el tapete con gran lujo de detalles.

—¿Y cree usted que nuestro Cárlos le ofrecerá su mano?—preguntó doña Constanza.

—Ese rumor circula por la corte. Si así fuera, eso en todo caso sería un grande aliento para los *predicadores del Evangelio*, como se los llama en Alemania: porque usted sabe, Constanza—añadió, mirando con recelo por todos los lados de aquel cuarto desnudo, como si temiese que las paredes pudiesen oirle—la princesa es luterana.

Al oir esto, Constanza sintió un horror tal, que se cubrió la cara con ambas manos.

—No es posible que una tan buena y tan noble princesa practique una tal iniquidad—exclamó Constanza.

—Y no obstante—replicó doña Inés—la divisa que ha hecho grabar sobre su escudo, no deja lugar á la duda; una caléndula volviendo sus pétalos al sol, con estas palabras de Virgilio: *Non inferiora secutus:* «No pongais vuestro corazon en las cosas de aquí abajo.» Esta divisa no puede tener más que una significacion, y es, que ella dirige sus pensamientos y sus deseos al Sol de lo alto, que es Dios; es decir, que es luterana.

—Sí, pero el impuro monje no cree en Dios—replicó Constanza.

Doña Inés volvió á mirar de nuevo toda la celda con ojo escrutador, y despues, con voz apenas inteligible, dijo:

—Los curas y frailes odian á Lutero, porque él recomienda á los hombres la lectura personal de la Biblia, y les enseña á no dar fe á lo que los papas y teólogos le hacen decir.

—¡Mas la interpretacion, Inés! Esa herejía consiste precisamente en que ella querria someter la Iglesia á la Biblia, y acomodarla á su enseñanza. Mas nosotros sabemos que la Iglesia tiene el poder de trasformar este libro, de enseñar á los fieles todo lo que tiene de bueno, y de echar muy léjos todo lo que toca á la herejía y al demonio.

Inés echó una mirada de compasion á su amiga.

—Yo siento—le dijo—que no haya usted oido á la duquesa de Alenzon hablar de estas cosas. Por mi parte yo no estaria en Sevilla aún, si el espirar de su salvoconducto no la hubiera forzado á volver á Francia. Yo no me he ocupado nunca en hacer grandes esfuerzos de pensamiento, mas sien-

to la necesidad de dar gracias á Dios por haberme permitido conocer algo el francés y haber sido señalada como dama de honor de la duquesa. Con este motivo yo he tenido ocasion de oir leer las escrituras y oir hablar del amor de Cristo. Cuánto gozaria yo que nuestro Carlos la tomase por mujer, en lugar de la infanta Isabel, con quien dicen que va á casar.

—La infanta es una buena católica, y nuestro Cárlos tambien—replicó Constanza.

—Y usted tambien, Constanza, sin necesidad de que obedeciese usted tan ciegamente al mandamiento de un confesor ignorante, y no abandonase usted su casa y su marido por enterrarse viva en las paredes de un convento.

Constanza llevó á sus labios un rosario que tenia en su mano, lo besó con fervor, y dijo llorando:

—No sabe usted cuánto me ha costado llegar á esto.

—Ya lo sé yo—contestó con energia doña Inés, levantando con desden el libro grueso y de letra menuda, en que Constanza leia cuando ella llegó, y en cuyo canto pudo leer el título: *Vida de Santo Tomás B.*

—Es un gran santo—dijo Constanza, que hacia esfuerzos por aparentar calma.—Yo trato de fortalecer mi espíritu en la contemplación de la vida de estos hombres fieles, por el temor que tengo de que Pedro intente venir á verme y llevarme consigo.

—¿Y cree usted que él podria triunfar de su resolucion de usted?—preguntó su amiga.

—Es mi marido, el padre de mis hijos—dijo, dejando escapar un suspiro.

Inés acercó á su pecho á su amiga, y echándole los brazos al cuello, dijo:

—Constanza, ¿cómo es posible que usted crea que es bueno romper los lazos tan sagrados del matrimonio?

—¡Oh! por Dios—respondió Constanza—no me tiente usted de esta manera. Es un ardid de Satanás que querria arrancarme de este santo retiro, y hacerme perder de un golpe el alma de mi hijo y la de mi marido. Inés, yo no lo denunciaré nunca. Nunca diré, aunque lo llegara á saber, que participa

de las doctrinas de Lutero. Mas no quiero en manera alguna, permaneciendo en contacto con la perniciosa herejía, permitir á mi marido exponer mi alma y la de mi hijo. Interceder dia y noche ante la Santísima Vírgen María, para que lleve á mi marido á romper con esas funestas doctrinas heréticas, para que su alma sea al fin salvada, y que la felicidad que nos es negada en la tierra, podamos tenerla en el cielo, es lo que me queda que hacer.

Inútil pareció á doña Inés llevar más léjos la discusión. Después de haber prometido á su amiga recoger todas las noticias posibles sobre don Pedro, y volver pronto á decirle cómo él habia soportado la dolorosa prueba, se despidió de Constanza, más persuadida que nunca de que una Iglesia, que hasta entónces habia considerado como santa, era indigna de tal título, pues que podia sancionar y alentar una violacion semejante de los derechos y lazos matrimoniales.

Se comprometió con Constanza á informarse de todo lo relativo á su marido, y se dedicó á cumplir su mision más decididamente aún de lo que lo habia prometido. Resolvió al efecto hacer venir á don Pedro á su casa, contarle lo que habia costado á su mujer el separarse de él, y alentarle al mismo tiempo á hacer todos los esfuerzos posibles para decidirla á volver á su casa.

Abandonado y solitario don Pedro en la esplendidez de su morada, habia sacado fuerzas y consuelo de la única fuente de donde ya ántes habia sacado luz, sabiduria y fuerza. La vieja Biblia en español, que habia traido del castillo de sus antepasados, habia sido su compañera diaria. Cuanto más la leia, más se instruia en sus santas enseñanzas, y su espíritu se sublevaba contra las enseñanzas y prácticas de la Iglesia, en cuyo seno habia sido educado. Comprendió que la vieja Iglesia española no podia haber sido la Iglesia romana, porque la confesion de fe de Pedro, sobre la cual estaba fundada la primitiva Iglesia, no hacia intervenir en la obra de la Redencion, á los santos, ni á la Virgen, ni á los ángeles. Pedro dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente;» considerando por eso á Jesucristo como la sola piedra, el único fun-

damento. Mas, segun la doctrina romana, la obra de Jesus es casi completamente obscurecida por la de los hombres, las tradiciones, y las observancias del clero. Era la opinion que cada vez más neta y sólida se iba formando en el espíritu de don Pedro.

Don Pedro llegó bien pronto á la conviccion clara y precisa de esta verdad: que la salvacion no depende de la buena voluntad de los curas, ni del Papa, ni de la intercesion de los santos, ni de la obras meritorias que pueda el hombre hacer, sino que fue adquirida y asegurada, una vez para siempre, por la muerte de Cristo, para «todo aquel que en El cree,» y no cuenta para la remision de los pecados más que con la aspersion de la sangre derramada sobre la cruz, «la cual,» dice San Juan, «nos limpia de todo pecado.»

Comparando estos resultados, á que él había llegado, con la declaracion de Lutero, según la cual Dios está dispuesto á recibirnos y bendecirnos como Padre nuestro, mientras que el hombre incapaz por sus buenas obras de procurarse un título para el cielo, no puede llegar á la justificacion más que merced á los méritos de Cristo, nuestro Salvador, comprendió que la doctrina del monje aleman, la doctrina de la *justificacion por la fe*, es la verdadera doctrina de salvacion.

Una vez en posesion de esta verdad, no tardó en llegar á la dulce conclusion de que su hijo, muerto sin haber recibido el agua bautismal, habia sido también rescatado. Habia leido en los *Comentarios de Lutero*, traducidos al español, este pasaje de la carta á los Gálatas: «Cuando fue cumplido el tiempo, Dios envió á su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley, á fin de que rescatase á los que estaban bajo la ley, y que recibiésemos la adopcion.»

Así se disiparon, hasta la última sombra, los temores que habia concebido á propósito del pequeño niño, que por tanto tiempo había considerado como perdido para la eternidad.

Durante este tiempo, don Pedro no habia quedado en la inercia. Muchas y muchas veces habia intentado ver á su mujer. Habia ido al convento, habia ido á hablar con el confesor. Siempre se habia retirado con la misma negativa arro-

gante y obstinada, sin poder conseguir tener comunicacion con Constanza. Los pretextos que se le daban eran, que ella habia renunciado á todo pensamiento de volverle á ver, su amor para él habia muerto. Constanza se proponia, tan pronto como su hija Juana hubiese crecido, entrar definitivamente en el convento como religiosa, pues hasta entónces estaba como huéspeda. Don Pedro habia escrito muchas veces á su mujer, conjurándola á que le concediese una entrevista al ménos. Todo en vano. Cuando tuvo ya la certidumbre de que su hijo estaba salvado, quiso intentar su último esfuerzo. Escribió una nueva carta, en la cual exponia al detalle las razones que le hacian pensar de aquella manera. Y para tener más seguridad de que la carta llegaba á su destino, se puso en marcha para llevarla él mismo al convento. Mas en el camino se encontró una doméstica de doña Inés, que iba á anunciarle que su señora deseaba verle.

El pensamiento de que doña Inés habia visto á su querida Constanza, hizo saltar de alegría su corazon, y con toda precipitacion volvió sobre sus pasos con la criada, aun antes de haber llegado al convento. Habia oído decir, que desde su regreso de Madrid, doña Inés no era ya muy adicta á la iglesia, y que habia dado parte de sus dudas á doña Isabel de Baena. Pensó, pues, que podria sin peligro, confiarle el secreto de sus nuevas ideas. Era una ocasion muy oportuna para hacer participantes á otros de la gloriosa libertad que él mismo habia hallado en el Evangelio, y especialmente de decir á las dos amigas de su Constanza, todo lo que Dios habia hecho por su alma, arrancándola de las trabas del pecado y de los errores de la Iglesia corrompida.

A su llegada á casa de doña Inés, la halló sentada en el patio con doña Isabel de Baena, como él se habia figurado. Inés le habló primeramente de la duquesa de Alenzon, de la atencion general que llamaban en Madrid las obras de Erasmo, y de los esfuerzos que se hacían para hacerlas desaparecer. Siendo este el tema de la conversacion, era fácil venir á parar á la justificacion por la fe. Don Pedro vió bien pronto que tenia dos oyentes muy dispuestas á escucharle.

Parecia que la decision de doña Constanza, decision que por su naturaleza ardiente y afectuosa, le hacía considerarla como forzada, habia provocado en el espíritu de estas dos señoras una revolucion completa en contra de la Iglesia que se apropiaba tales derechos, y se arrogaba tal autoridad.

Fue un consuelo grande para el corazon destrozado de don Pedro el saber que su mujer le amaba todavia. Mas se quedó sobremanera asombrado cuando oyó á doña Inés decirle que Constanza no habia sabido nada probablemente de los esfuerzos continuos que él habia hecho para verla.

—Yo sin embargo—dijo don Pedro—le he escrito más de una carta por conducto de su confesor, y la respuesta ha sido siempre, que ella no queria recibirme.

—Es posible que haya dicho eso, mas yo estoy muy persuadida de que no ha recibido carta alguna—dijo doña Inés.

Don Pedro iba y venia por el patio con aire pensativo. ¿Era posible que la religion y la moral se hubiesen rebajado hasta ese punto de que un sacerdote pudiese afirmarle que habia remitido con toda seguridad sus cartas á las manos de su mujer, y ella hubiese rehusado rendirse á las súplicas que le hacía? ¿El tiempo de la vieja caballería española habia ya pasado tan completamente, que fuesen en tan poco estimadas la verdad, el honor, la justicia y la libertad? Hubo una época en que una mentira como esta de que se habia hecho culpable el confesor impuro, hubiese bastado para romper el escudo del más noble caballero. Mas don Pedro se acordaba de que la Iglesia, en lugar de crecer en pureza y santidad, se habia enfangado más en el vicio y en la corrupcion. ¡Qué habia que extrañar que en todas las demás clases, la virtud estuviese por los suelos, y los comerciantes y los simples ciudadanos se vendiesen ellos mismos y sacrificasen su cuerpo y su alma á la sed del oro, cuando veian á los nobles ávidos de aventuras, y á la Iglesia siempre insaciable de acaparar y enriquecerse? Que el joven monarca, el mismo emperador, se lanzase tan pronto al movimiento del siglo, y quisiese añadir á una monarquía casi universal, una tirania sin límites, se comprende fácilmente.

Convencido á su vez de que sus cartas precedentes á Constanza no habian llegado á sus manos, don Pedro pensó que sería lo más discreto hacer llegar por manos de doña Inés la que acababa de escribir, tanto más, cuanto que el contenido de ella era muy suficiente, si caia en manos del confesor, para entregarle al poder de la Inquisicion.

En sus primeras cartas habia puesto exquisito cuidado, para que no hubiese en ellas la menor expresion que pudiese indicar tendencia á las ideas luteranas, que era por lo que su mujer le habia abandonado. Por eso habia juzgado prudente no insertar en ellas nada que pudiera ofenderle, reservándose el hablarle directamente, si algun dia volvia á su lado, como él esperaba. Mas cuando hubo ya perdido todo resto de esperanza, cuando hubo comprendido que su mujer se habia entregado completamente en brazos del confesor, y ya se habia sustraido completamente de su influencia, se decidió á confiar al papel la dulce esperanza que Dios hizo nacer en su alma, en el momento en que todo goce terrestre habia desaparecido de sus ojos: la esperanza de volver á encontrar un dia en el cielo á su primogénito. En dicha carta exponia á su Constanza el origen y fundamento de sus ideas, la excitaba á leer por sí misma las Sagradas Escrituras, y le prometia enviarle un gran tesoro, su vieja Biblia castellana, si ella prometia leerla.

Una carta como esta era más que suficiente para testificar la herejía del autor. Si no hubiese encontrado en su camino á la criada de doña Inés, á las pocas horas probablemente se hubiese visto en los calabozos más hondos de Triana.

Encargándose doña Inés de llevar ella misma la carta á Constanza, salvó á don Pedro de aquel peligro, y al mismo tiempo le hizo concebir alguna esperanza de obtener contestacion. A los pocos dias, que fueron para él un siglo, volvió á casa de doña Inés, donde le esperaba una corta carta, en que le testificaba sí, el afecto inalterable de Constanza, pero tambien una nueva confirmacion de la resolucion que habia tomado de no volverle á ver, para no perder de un golpe sus dos almas y la de su hijo.

El desvanecimiento de su última esperanza fue una prueba terrible para don Pedro. Creyó por algun tiempo que no podria soportarla. En cuanto á renunciar á sus ideas nuevas, no quiso pensar ni un solo instante. Doña Inés y doña Isabel de Baena lo sostuvieron en su desgracia, y lo confortaban en su resolucion. Estas dos grandes señoras se habian entregado, aunque con el secreto más profundo, al estudio de las Sagradas Escrituras y de las obras de Lutero. Inés, por su parte, prometió continuar visitando á Constanza, y tener á don Pedro al corriente de lo que ocurriera.

Don Pedro se decidió á abandonar á Sevilla, é ir á Madrid, donde los partidarios de las nuevas doctrinas trabajaban por agrupar sus fuerzas para defender las obras de Erasmo contra el furor de los frailes, que hacian desesperados esfuerzos por hacerlas desaparecer.

CAPITULO VI.

El soldado de la iglesia.

Tocaba á su fin el año 1526. Don Pedro dejó tras de sí los naranjos y limoneros, que crecen y hermosean tanto á Sevilla, y emprendió su viaje para la villa naciente de Madrid. Después de las fiestas y regocijos que habían tenido lugar con motivo del casamiento del jóven soberano con la hermana del rey de Portugal, la España acababa de entrar en una especie de calma, y los amigos de la ciencia y de la Reforma se habian reunido poco á poco en Madrid, para tratar de contrarestar el furioso fanatismo de un clero tan supersticioso como ignorante.

Don Pedro de Lerma, profesor de teología y canciller de la universidad de Alcalá, había sido uno de los primeros en desenvolver en sus enseñanzas las nuevas doctrinas. A este amigo, con objeto de conferenciar con él, fue á quien se dirigió primeramente don Pedro, antes de entrar en Madrid. En aquellos momentos habia tambien en Alcalá otro personaje á quien don Pedro concedía gran simpatía y mucho interés, don Iñigo ó Ignacio, el hijo más jóven de la casa de Loyola.

Desde su infancia los habia unido una estrecha amistad, juntos habian estudiado el *Amadis de Gaula*, y escuchado una tras otra las viejas leyendas de la Caballería española, hasta que llegó un dia en que ambos sintieron despertar en su corazon el deseo de imitar á los valientes caballeros en sus

brillantes empresas. Ambos habian hecho voto de abrazar la carrera de las armas, ya por amor á la caballería, ya por la sed de conquistas. Mas la inclinacion precoz de don Pedro hacia Constanza, le habia impedido imitar á su amigo Iñigo, y de proseguir con él los proyectos que juntos habian formado.

En la época de que se trata, ambos habian sido forzados á renunciar á sus planes de dicha terrestre, y á llorar sus esperanzas defraudadas. He ahí por qué ambos habian pedido á la religion el aliento y consuelo de que estaban tan necesitados.

Don Iñigo habia sido herido cinco años ántes en la defensa de Pamplona contra el ejército francés, y sus heridas no habian podido cicatrizarse completamente. Se le habian vuelto á renovar en dos ó tres combates, pues preferia sufrir atroces dolores ántes que renunciar al deseo de su corazon.

Haciendo á don Pedro el relato de las torturas que habia tenido que sufrir, le declaró que éstas eran nada en comparacion de las angustias morales que le habian sobrevenido despues.

—Mi vida entera—le dijo—no me parece más que una cadena de pecados. Mi dolor, á este pensamiento, es tan profundo algunas veces, que me veo inclinado á tirarme por la ventana. Me ha sucedido ayunar de un domingo á otro domingo, para vencer este sentimiento y obtener la paz de mi conciencia.

—Sólo Dios es el que puede conceder esa paz—le contestó don Pedro.

—Lo sé—le contestó Iñigo—y estoy decidido á trabajar con este objeto.

—Sí, mas es un don gratuito, que Dios nos hace por la mediacion de su Santo Hijo Jesucristo—replicó don Pedro.

Iñigo no se dió por aludido de las últimas palabras de don Pedro.

—Voy—dijo—á contar á usted una vision que tuve, cuando agobiado por las heridas, comprendí que no podia continuar prestando mis servicios al emperador. Yo veia en vi-

sion dos campos, el uno en Jerusalem y el otro en Babilonia. El primero era el de Cristo, el segundo el de Satanás. En el primero todo era bueno y hermoso, en el segundo todo era feo y repugnante. Los dos campos estaban prontos á levantarse en lucha. Desde aquel momento mi camino estaba trazado. Cristo era mi rey, y sus batallas mis batallas. Ninguna dama es más grande y más noble que la dama que yo he elegido: la Iglesia bajo cuya enseña yo combatiré en adelante.

—¿No ha leido usted en las Escrituras las verdades que Dios nos ha revelado? preguntó don Pedro.

Iñigo meneó su cabeza en sentido negativo. Hasta aquel momento los dos amigos habian hecho, como Lutero su gran contemporáneo, las mismas experiencias de las dificultades religiosas. Pero desde entónces, sus caminos habian tomado direcciones opuestas.

—Yo no tengo nada que hacer con las Escrituras—contestó Iñigo.—La obediencia es el primer deber del soldado. He jurado á la Iglesia, mi dama soberana, someterme sin discutirlas, á todas sus órdenes, á todas sus reglas, y á todas sus exigencias, creer todo lo que ella me manda creer, aunque pueda ser muy costoso á mis deseos personales y á mi razon carnal.

Don Pedro ensayó de hacer volver á su amigo de su determinacion, y persuadirle á tomar por base de sus estudios la Palabra de Dios, mejor que la *Vida de Santo Domingo* y *San Francisco*, en la esperanza de que en Paris, donde contaba ir á estudiar cuatro años la teología, entraría en relaciones con alguno de aquellos hombres eminentes, que en aquella ciudad representaban las ideas de la Reforma. Esperaba, por otra parte, que su naturaleza ardiente le ayudaría á triunfar de las pruebas y dificultades, ante las cuales retrocedería un hombre ordinario, pensando que si él y algunos de sus sabios compatriotas eran llevados á abrazar las nuevas doctrinas, España podría rivalizar con Alemania en su resistencia á los decretos del papado y del imperio, y que el Evangelio obtendria libertad para circular sin obstáculos en las provincias de su vasto territorio.

Las esperanzas de don Pedro no debian, desgraciadamente, realizarse. El porvenir iba bien pronto á remachar más fuertes que nunca sobre España y sobre Loyola, las cadenas del romanismo, y á permitir que ambas influencias reunidas ahogasen la luz que hacia bien poco habia echado sus primeros resplandores en esta tierra de hermoso sol en el cielo, pero de espesas tinieblas en los corazones.

Dejando, pues, á Alcalá don Pedro con toda la compañía de su servidumbre, emprendió los tortuosos caminos de la montaña que conducen á la capital del Norte, atravesó bien pronto el último afluente del Guadalquivir, y perdió finalmente de vista la hermosa tierra del naranjo y del granado. Durante cierto tiempo aún pudieron ver algunas higueras y algunos olivos; pero no tardaron mucho en desaparecer estos árboles para dar lugar á las encinas verdes y á los majestuosos pinos. Entónces comprendió ya don Pedro la distancia que le separaba de su casa y de Sevilla.

Desde lo alto de Sierra Nevada podia, si no ver, recordar al ménos la hermosa region donde estaba asentada como en un nido su villa natal, sus moreras y naranjos, sus parras de ramas flexibles y entrelazadas, sus olivares de sombrio follaje, sus campos de cañas de azúcar con sus setos de higueras chumbas, que forman en el linde de los caminos una barrera infranqueable para los animales, que gustan de entrar en aquellas llanuras cultivadas.

Cuando despues de franquear los peligrosos desfiladeros de Sierra Nevada, don Pedro empezó á bajar la pendiente opuesta de aquella sierra, sus ojos empezaron á ver una vegetacion muy diferente de la primera. El viñedo era allí raquítico en comparacion del que acababa de dejar detrás de sí en aquellas regiones de ardiente sol: el laurel y el mirto apenas son conocidos, los manzanos sustituyen poco á poco á los naranjos y granados.

Muchas veces, ya en sus viajes precedentes, don Pedro habia seguido la misma ruta, pero nunca habia sentido una melancolía tan profunda como ahora. Otras veces habia atravesado estas regiones precipitadamente, y las horas le pare-

cian muy largas con el afan de llegar al lado de su querida Constanza: ahora tenia tiempo y espacio para contemplar los cambios de decoracion que le ofrecia la naturaleza. ¿Qué prisa podia tener ahora? ¿Su existencia, despojada de todas las dulzuras y los goces de la familia, no era una vida vacía y sin objeto? En cuanto á los bandidos que infestaban aquella región, no se cuidaba mucho de ponerse al abrigo de ellos, porque su vida le parecia ya de poco valor.

Su servidumbre no tenia la misma seguridad que su amo. Procuraban hacerle apresurar la marcha, hasta haber atravesado los sitios peligrosos, y entónces, le decian, podrá usted entregarse sin distraccion á sus pensamientos y á su melancolía.

Fue este para él un viaje muy doloroso. Cada paso quedaba le aumentaba su tristeza. Mas de todos los sentimientos diversos que le agitaban, iba poco á poco desentendiéndose, y su espíritu iba preparándose á una suprema resolucion. Antes de entrar en la capital, habia formado delante de Dios el propósito solemne de consagrar el resto de su vida á la propagacion de la Reforma en su pais natal.

Conforme á sus previsiones, halló en la corte un gran número de partidarios de las doctrinas reformadas, venidos la mayor parte á asistir á una *Junta* eclesiástica, que debia celebrarse, para tratar de las obras de Erasmo. Todos esperaban ansiosos el resultado final. Habian escrito al mismo Erasmo. Pero desgraciadamente, las esperanzas de todos fueron fallidas. Los defensores de la ignorancia y de la supersticion fueron más en número con mucho, que los amigos de la verdad y la libertad de conciencia. No sólo se prohibieron los libros de Erasmo en aquella Junta, sino que se denunció á la Inquisicion á don Pedro de Lerma como partidario de las ideas de Lutero. Afortunadamente la noticia llegó á los oidos de aquel profesor, ántes que los alguaciles del Santo Oficio comenzasen sus pesquisas, y el de Lerma tuvo tiempo para ponerse en salvo, huyendo de España y dirigiéndose á París.

Conociendo los disgustos domésticos de don Pedro y la

imposibilidad en que se encontraba de sustraerse por mucho tiempo á la atencion de los inquisidores, sus amigos le aconsejaron que huyese con el de Lerma. Mas se negó resueltamente á ello: respondió que dejaria á Madrid durante un cierto tiempo y se encerraria en la casa de sus antepasados para entregarse allí en secreto al estudio de ciertos libros que habia podido esconder. Mas dejar á España, donde tenia á Constanza y sus hijos, aseguró que nunca lo haria.

Ocupábase entónces el mundo oficial en hacer grandes preparativos para festejar el nacimiento de un heredero del reino y de las dignidades imperiales. La vieja ciudad de Valladolid y su competidor nuevo Madrid, se habian engalanado con todo su esplendor, cuando de repente una órden del emperador vino á cortar de un golpe todos los preparativos.

—¿Qué ha sucedido?—se preguntaban unos á otros los mercaderes, viendo que nadie compraba las preciosas mercancias de que habian preparado un repuesto para las fiestas.—¿Está en peligro de muerte la emperatriz Isabel, ó es que el niño imperial ha muerto ántes de poder ver la luz del sol? Pronto se puso ya en claro la causa de aquella suspension. El recien nacido, Felipe, y su madre, gozaban de perfecta salud. Era que el ejército español acababa de obligar al pontífice á refugiarse en el castillo de Sant Angelo, al cual habian puesto tambien sitio. Era lo bastante para que cesasen todos los regocijos.

A tal noticia, el pueblo bajo no podia volver de su asombro, y las piadosas matronas españolas creian estar oyendo una vision. ¡El Pontífice puesto en peligro, sitiado por el ejército español! Entónces ¿por qué el emperador, hijo sumiso de la Iglesia, no volaba con sus huestes á salvar al padre espiritual y defenderlo de los ultrajes impíos de la soldadesca grosera, cuya mayor parte era formada por suizos y alemanes luteranos?

La respuesta era sencilla. No entraba en los intereses del Emperador ir al socorro de Roma, ni su Jefe, por muy santo que se le creyese. Ocupaba entónces la silla pontificia Cle-

mente VII, que ansioso, tanto como el Emperador, de ejercer su poder temporal sobre Italia, se habia opuesto ya varias veces á los proyectos de Cárlos.

No tiene, pues, nada de particular que en vista de su actitud hostil, y sobre todo, al saber que el llamado Vicario de Dios en la tierra habia solicitado al marqués de Pescara para que hiciese traicion á Cárlos y volviese sus armas contra él, el sentimiento popular, ya fuertemente pronunciado en favor de Cárlos, sublevóse todo entero contra el Pontífice, cuyos manejos odiosos habian sido más embarazosos y más funestos á don Cárlos que las turbulencias causadas por el monje Lutero. Este, hasta entónces odiado universalmente, aparecia ahora como una especie de héroe en su oposicion á la voluntad pontifical; y sus doctrinas, por una consecuencia natural, estaban ahora en favor.

Sin embargo, la Inquisicion no por esto amainó velas; ántes se dió más prisa y maña para encarcelar á los que levantasen su voz en contra del Papa y de las doctrinas de Roma. Aún no habia llegado á París el de Lerma, y ya su sobrino, que le habia sucedido en su cátedra, fue acusado de ser partidario de las nuevas doctrinas, y como su tio, pudo huir á tiempo de no caer en manos de los esbirros inquisitoriales. No fue tan feliz su hermano Juan de Vergara y uno de sus amigos, que sorprendidos, fueron encerrados en los calabozos de la Inquisicion de Toledo.

El silencio que vino sobre ellos, hizo esperar por mucho tiempo que habrian logrado evadirse de la cárcel. Pero era el procedimiento habitual del Santo Oficio dejar en el silencio de la tumba á los desgraciados que caian en su poder, hasta el dia en que los llevaba á la plaza pública á presentarlos en espectáculo á los ángeles y á los hombres en los horribles instrumentos de tortura, haciéndoles expiar en los más crueles tormentos su crímen de herejía. Así fue con estos dos hombres de ciencia, hasta que un dia fueron conducidos á la catedral de Toledo para abjurar las doctrinas de que se los habia acusado.

Esperaban con una vigilancia semejante cerrar la boca

de los partidarios de Lutero é impedir el que propagasen sus doctrinas. Sin embargo, sucedia con frecuencia todo lo contrario. Así se vió que don Pedro, apenas informado de la retractacion de sus dos amigos, abandonó el castillo en que habia vivido solitario durante muchos meses, y fué á establecer su residencia en Valladolid con el objeto de extender las nuevas doctrinas en el círculo de sus amigos. Estos, en su mayoría, pertenecian á la nobleza y á las clases más altas de la sociedad, y procedia con ellos con la mayor precaucion y la más exquisita prudencia.

No habia síntoma ninguno de que la Inquisicion se cansase de perseguir á los herejes, ni el pueblo se sintiese fatigado del yugo inquisitorial. La época de las conquistas y de los grandes descubrimientos estaba en su plenitud: acababa de tenerse noticia de que se habia descubierto el Perú en 1531. Sus minas de metales preciosos y las riquezas de toda especie que se contaban de aquel pais, eran una no pequeña garantía del auge que esto podia traer á la santa madre Iglesia.

Por otra parte, algunos personajes de la corte, en particular Alfonso Valdés, secretario del emperador, que habia acompañado á su señor á Alemania á la dieta de Augsburgo y que habia hecho conocimiento con Melancton, hablaba frecuentemente de los Reformadores más favorablemente que lo habia hecho en el pasado.

Un pequeño círculo de partidarios suyos se habia formado poco á poco en Valladolid, y muchos miembros de la nobleza española, que como Alfonso Valdés habian seguido al emperador á Alemania, se reunian periódicamente en casa de don Pedro. Mas estas conferencias secretas no bastaban para Valdés. Comprendiendo que la ignorancia es el auxiliar poderoso de la supersticion, se esforzó en abogar la causa de la instruccion en las clases populares, así como en las clases más acomodadas. Secundado en esta empresa por su amigo Virués, capellan del emperador, veia ya en esperanza á su pais señalarse á la atencion de los pueblos por su saber, como se habia señalado por su política, sus descubrimientos

y sus conquistas. Mas la Inquisicion tenia fijos sus ojos sobre los dos amigos. Virués pudo marchar á Sevilla en compañía de don Pedro; pero Valdés fue muy pronto cogido y presentado al Tribunal de la Inquisicion, bajo la triple acusacion de profesar las ideos de Lutero, de sostener relaciones con los Reformadores de Alemania y de haber colaborado con su hermano Juan en la publicacion de los Diálogos.

Despues de haber franqueado las montañas y haber llegado á las llanuras de Andalucía, Virués podia felicitarse de haber podido, gracias á sus talentos de orador sobresaliente y al alto favor de que gozaba cerca del emperador, escapar al peligro y sustraerse á los cerrojos de acero de la Inquisicion.

De todas maneras, llegó á Sevilla lleno de las más grandes esperanzas por el porvenir de aquella Universidad, que habia ido á visitar, y no estaba dispuesto á participar de los sombríos presentimientos de su compañero de viaje.

Desde su llegada, don Pedro se apresuró á ir á su casa, para tomar una vez más informes de su mujer y de sus hijos. Supo con gran gozo por el jardinero Díaz, que Constanza no residia enteramente en el convento. Iba de cuando en cuando á hacer una visita al castillo y á pasar allí algunas semanas seguidas. Se la veia frecuentemente sentarse durante horas enteras bajo el ciprés al pié del cual estaba la tumba de su hijo. Parecia que esta tumba tenia para ella una inmensa atraccion, pues habia llevado allí á sus dos gemelos en sus trajes de fraile y de monja, y les habia enseñado á orar por el reposo del alma de su hermano.

Era para el corazon de su padre un gran dolor el ver que sus hijos tuviesen una semejante educacion, entregados á las enseñanzas de una Iglesia, que pone las tinieblas en lugar de la luz, que llama bien al mal y viceversa, y que iba á impregnar para siempre sus jóvenes almas del más ciego y más amargo fanatismo contra todo lo que él consideraba como el bien más precioso y más querido.

Despues de muy sérias consideraciones, formó el atrevido proyecto de arrancarlos al convento, costase lo que cos-

tase, y huir con ellos á Inglaterra, donde hallarian asilo y proteccion.

Un cierto número de miembros de su familia habian ido á Lóndres con Catalina de Aragon, tia del emperador, y vivian todavia con la reina en su retiro de Kimbolton. Despues de su divorcio con Enrique VIII, el reino de Inglaterra se habia separado del papismo. Esperaba hallar seguramente en el círculo de la soberana amigos bastante ilustrados por la luz que acababa de aparecer en aquel pais, para recibirlos y venir en su ayuda.

Don Pedro sabia que dejar á España era perder su honor, sus riquezas, su posicion, todo lo que hay de más precioso en la vida. Mas todas estas cosas le parecian muy insignificantes cuando las comparaba con el conocimiento del amor de Dios revelado en Cristo Jesus, y consideraba que sus hijos podian ser educados en este conocimiento, que es muy superior á toda consideracion de riqueza y glorias terrestres.

Mas un proyecto como este no podia ser llevado á cabo más que con los más grandes cuidados y la más exquisita prudencia. Por el momento, don Pedro no veia el modo de ponerlo en ejecucion. Tomó, pues, la resolucion de permanecer en Sevilla, esperar, velar y orar por la dicha de los séres que le eran más queridos que su misma vida.

CAPÍTULO VIII.

Turbaciones de doña Constanza.

Los amigos, que don Pedro habia dejado en Sevilla, y que habian comenzado á abrir sus espíritus á las ideas de Lutero, no habian quedado inactivos en su ausencia. Un noble caballero, Juan Valdés, hermano del secretario del emperador y autor de los *Diálogos*, habia visitado á la familia de doña Inés de Caronel y se habia conciliado, así por su piedad como por su predicacion sábia y distinguida, el afecto de sus parientes, don Domingo de Guzman, don Juan Ponce de Leon, y hasta del sabio y espiritual Constantino Ponce de la Fuente.

Parecia imposible, á primera vista, que pudiese tener lugar la simpatía entre Constantino y Juan. Dotado de un espíritu sutil y siempre despierto, era difícil á Constantino dejar escapar las ocasiones de hacer alguna frase oportuna ó satirizar las mañas de un clero grotesco y ridículo, así como vicioso y perverso. Juan, por el contrario, era de una naturaleza calmosa, reflexiva y meditabunda. Habia leido las obras místicas de Faubert, así como las de Lutero y Erasmo. Esta diferencia de humor y de carácter, el odio que ambos tenian á la ignorancia, y el deseo de trabajar por el levantamiento intelectual y moral de España, los habia unido con la más estrecha amistad.

Varios diferentes personajes habian tomado la costumbre de reunirse en el patio de don Pedro y de Isabel de Baena,

donde Juan de Valdés les hacia oir su palabra conmovedora y persuasiva. Uno de entre ellos, no obstante, el que habia vuelto con don Pedro de Valladolid, Alfonso de Virués, no habia aparecido aún en tales reuniones. Don Pedro se maravillaba de ello, persuadido de que, por secretas que fuesen aquellas conferencias, debian ser conocidas de él. Presintiendo algun acontecimiento desagradable, resolvió informarse por sí mismo cerca de los hermanos de su orden.

Andando un dia la estrecha y tortuosa «calle de Guzman», tuvo precisamente ocasion de encontrar uno á su paso. Se acercó á él y quiso hablarle. El fraile se contentó con ocultar más profundamente su cabeza dentro de su capucha; despues, señalando con una mirada espantada á dos familiares de la Inquisicion, que le seguian los pasos, se alejó y desapareció.

Don Pedro creyó que era únicamente el siniestro traje negro y la máscara de aquellos hombres lo que habia hecho saltar de miedo al benedictino. Y en verdad, que no era sin motivo. Todo caballero, cualquiera que él fuese, tenia muy buen cuidado de hallarlos en su camino lo ménos posible. Tenia mucho de siniestro el andar furtivo y el misterio de que rodeaban cada uno de sus actos, y que hacia pasar por el alma mejor templada un estremecimiento frio de horror. A don Pedro, por otra parte, no le faltaban motivos para temer el hallarse en su presencia. Perdonó, pues, fácilmente al fraile poltron la pérdida de su sangre fria, y dejó para más tarde sus informaciones, esperando ocasion más favorable, en que no tuviese que temer la presencia de testigos de tan poca seguridad.

Muchas semanas pasaron sin que tuviese ocasion de encontrar en la calle un benedictino, que no fuese seguido de los siniestros familiares inquisitoriales. Y por cierto parecia que entónces estaban más en movimiento que nunca. Don Pedro y sus amigos, advertidos de aquellos movimientos, juzgaron prudente renunciar, al ménos por entónces, á sus reuniones habituales.

El momento que él esperaba se le presentó por fin. Un monje, llamado Casiodoro, al que habia conocido, no hacia

mucho, se halló un dia en su camino. Don Pedro le pidió noticias de Virués. Casiodoro era ménos poltron, y menos difícil que sus hermanos. Sabia tambien que don Pedro y sus amigos tenian ciertas aprensiones sobre su amigo, y él participaba á su vez de las mismas. Habia llegado á sus oidos que Virués habia caido en manos de la Inquisicion: su repentina desaparicion confirmaba sus sospechas.

Hechas estas confidencias, Casiodoro pidió á don Pedro que le procurase algunas obras referentes á la herejía, queriendo, decia, juzgar por sí mismo si Virués era verdaderamente culpable, y habia merecido ser encerrado en los calabozos de Triana.

Aunque Casiodoro era monje, don Pedro sabia que podia contar con su buena fe. Así que no tuvo reparo en hacer llegar á sus manos diversos escritos de Lutero y Erasmo.

Los temores que se abrigaban respecto de Virués, desgraciadamente fueron confirmados. Parecia no obstante que, al poner su mano sobre el predicador favorito del emperador, la Inquisicion habia traspasado esta vez los límites de sus derechos. Era el emperador el que le habia levantado al más alto grado de poder, y le habia impuesto al pueblo contra su grado y por temor. Debia, pues, en aquel momento pensar que era un poco duro y humillante el ver á la Inquisicion extender sus poderes hasta sobre el suyo. Era tambien tema de todas las conversaciones en Sevilla el discutir quién venceria en esta lucha, sobre todo desde que era del dominio público, que el emperador habia tratado de detener el proceso, y el tribunal, á despecho del mandato real, lo proseguia.

Nada tenia de particular, pues, que en momentos tan críticos en que se veia luchar el poder real y la Inquisicion, y se veia arrojado de Sevilla al inquisidor general, el que todos concediesen atencion más que nunca á Lutero y su herejía. Pero una cosa es derribar á un inquisidor, y otra derribar el poder de la Inquisicion.

—¿Cuál es su sentir de usted?—preguntó un dia don Pedro á su amigo Domingo.—¿Qué determinacion le parece á usted que debe tomar nuestro Cárlos?

—Pues no espero gran cosa de esto—respondió Domingo. —Que nuestro emperador no está satisfecho del procedimiento lo revela bastante el haber elegido á Juan de Valdés para que le acompañe á Alemania. Pero que pueda librar á un prisionero de las garras de la Inquisicion, creo que es muy dudoso.

—Juan Valdés me parece que va á hacer defeccion—respondió tristemente don Pedro.

—No hariamos mal en ir todos á Alemania—replicó Domingo.

—Sí, pero si el emperador llega á arrebatar un prisionero, entónces la nobleza seguiria su ejemplo.

—Sobre todo, guardémonos de caer en sus manos; el castillo de Triana ha cerrado sus puertas á un inquisidor destituido, pero no las ha abierto á Virués.

—Es verdad; pero lo veremos dentro de poco.

Debates como éste se oian en todas partes en Sevilla. Y todos, olvidando preocupaciones y asuntos de diversiones y de comercio, trataban de asuntos religiosos, y se esforzaban por proporcionarse los libros prohibidos.

La sociedad elegante de Sevilla no debia tardar en tener una nueva sorpresa. Rodrigo de Valero, pariente, aunque lejano, de doña Constanza, habia vivido mucho tiempo en medio de los placeres y frivolidades del siglo. Los caballos, sobre todo, hacian sus delicias, y más de un jóven señor habria podido acusarle de haberse metido, por su ejemplo, en ruinosas locuras. Los mercaderes de Flandes, por el contrario, habrian debido estarle muy reconocidos por su fastuoso amor al lujo, que les proporcionaba numerosos compradores. Pero hé aquí que en un momento el jóven y brillante caballero desapareció de Sevilla, sin que se pudiese decir adónde se habia marchado. Por su parte, no habia nada que temer en relacion con la Inquisicion. Los estudios científicos, así como los estudios religiosos, no le habian preocupado mucho en ningun tiempo. Y todos los señores españoles podian llevar una vida tan alegre como quisiesen, con tal que fuesen regularmente á la misa y á la confesion: la Iglesia los tenia, por lo demás, abandonados.

Cuando doña Constanza fue informada por doña Inés de la desaparicion de su pariente, ambas se pusieron bien pronto á discutir los diferentes motivos que podian haberle llevado á obrar de aquella suerte. La razon más plausible les parecia ser la ruina de su fortuna; pero las comadres de Sevilla habian descubierto que todas sus deudas habian sido pagadas en prevision de su partida, de suerte que esta razon no tenia fundamento.

—Estuvo con nosotros la noche ántes de la desaparicion—dijo doña Inés.—Habia llevado consigo á un jóven doctor, Cristóbal Losada, el cual, digámoslo entre paréntesis, no miraba con indiferencia á mi pequeña Beatriz.

—No puede usted ahora llamar pequeña á Beatriz—respondió Constanza.—¿No tiene dieciseis años, un año más que Juana? Que mi hija hubiese ya llegado á algunos meses más, y yo la confiaria á la guarda de las hermanas del convento para hacerme yo misma *beata*.

—¿Beata?—contestó Inés consternada.

—Sí por cierto. Juana no es ya una niña, y bien podrá pasarse sin mí.....

—¿Y consentirá usted, Constanza?...

Esta puso su cabeza entre sus manos, y despues, abriendo sus ojos llenos de la más inexplicable ansiedad.

—Inés—dijo suspirando—es necesario que yo tome una determinacion. Yo he tenido más de una vez el pensamiento de tomar el velo y entrar definitivamente en el convento, como reclusa. Mas yo conozco demasiado la vida del convento, habiéndolo habitado yo misma. No es lo que yo pensaba. Yo no podria nunca llevar la vida de monja. He conocido la vida y el amor del mundo exterior. La monotonía, la vida insustancial y las bajas querellas de la comunidad me serian insoportables. Es con dificultad el que puedo someterme ahora, cuando pienso en la dicha de mi casa y en mi muy querido marido. ¡Oh! ¡y que no pueda yo forzar mi corazon á olvidarlo completamente! Mi confesor cree que lo he hecho, y que las angustias que me atormentan provienen de otra cosa. Desde el momento en que leí la carta que usted me trajo,

hace ya tanto tiempo, he tenido siempre un secreto que ocultar, cuando me arrodillo á los pies del santo padre en el confesonario, y usted comprende cuánto me hace sufrir el no poder revelárselo. Algunas veces me parecia que iba á adivinar mi pensamiento. El envolvia mi espíritu en una red tal de preguntas, que yo apenas sabia qué respuesta darle, para no venderme. Yo sabia no obstante que lo engañaba. Y cuando me daba la absolucion, yo presa de remordimientos, atormentada por el sentimiento de mi pecado, estaba á punto de descubrirlo todo, de darle la carta, que llevaria, yo lo sé, á mi amado Pedro á las manos de los inquisidores, y quizá á la muerte. Esta consideracion ha pesado siempre sobre mi corazon más que otra alguna. Y cuando me alejaba en silencio de los pies del confesor, me sentia abrumada y como anonadada por el sentimiento de este pecado, que muchas veces he ensayado á expiar con penitencias, fuera de la confesion.

—Lo cual es contrario á las leyes de la Iglesia—contestó doña Inés con gravedad.

Doña Constanza lanzó sobre ella una mirada escrutadora.

—Me parecia—dijo—haber oido á usted decir en alguna ocasion que no tiene una fe muy firme en la confesion.

—Así es—replicó Inés.—Yo queria nada más recordar á usted las órdenes de la Iglesia. Y si usted rompe con ella en este punto, ¿qué mal puede haber en romper en los otros?

—Por favor, Inés, no me ponga usted en tortura. No sabe usted lo que yo sufro cuando voy al confesonario. Ese secreto pavoroso está siempre presente á mi espíritu. Siento continuamente que me quema los labios, obligada á pesar con sumo cuidado mis palabras para evitar que una de ellas me descubra. ¡Oh! no me diga usted nunca que yo seria eternamente condenada por haber amado demasiado á mi marido, y haberme resistido á hacerle traicion.

—Esté usted tranquila, Constanza. Era solamente para convencer á usted de que hay circunstancias en que es absolutamente imposible el cumplir las leyes de la Iglesia, para lo que he hablado como lo he hecho. Las exigencias del confesonario son muchas veces peligrosas. Nadie desconoce el

uso que el sacerdote puede hacer contra nosotros ó contra las personas que nosotros amamos, de las confidencias que él busca recibir de nosotros.

No es en mí en quien yo pienso, es en mi querido Pedro y en mi primogénito, que reposa en el jardin de mi casa.

—Pues respecto á este punto, hace ya mucho tiempo que don Pedro está muy tranquilo.

—Es verdad. Y nuestro viejo jardinero Diaz acaricia tambien las mismas esperanzas ilusorias. El pobre apenas puede tenerse derecho, y sin embargo, vela con la misma solicitud de siempre sobre la pequeña tumba: y para consolarme, cuando voy á visitar aquel fúnebre sitio, viene siempre á hablarme con grande interés de la felicidad de que goza mi hijo.

—Sus palabras no deberian ser tan entristecedoras para usted, doña Constanza. El Divino Salvador, que murió para expiar nuestros pecados sin necesidad de nuestra obra personal, ni la mediacion de un sacerdote, se dignará, sin duda, acordarse del alma del pequeño niño, sin que la Iglesia tenga que intervenir para nada.

—Hábleme usted mucho de estas cosas, Inés. Aunque yo no me atrevo á creerlas, sin embargo, ¡hay en ellas tanto consuelo! Yo me aliento sabiendo que hay otras personas que creen así, y pensando que pudiera suceder que yo estuviese en el error.

—En error seguramente estamos todos, Constanza. La Iglesia nos ha tenido decididamente alejados de la influencia de la Biblia, el solo libro que puede enseñarnos la verdad, á conocer á Jesucristo como el Hijo de Dios enviado al mundo para revelar á todos el amor del Padre.

—Mas, aunque nosotros la tuviésemos en nuestras manos—contestó doña Constanza—seríamos por nuestra parte incapaces de comprenderla. La Iglesia condena como pecado mortal toda traduccion de este libro en lengua vulgar. Por otra parte, el griego y el hebreo pueden ser de tantas maneras interpretados, que sólo la Iglesia, gracias á su carácter infalible, puede descubrir el verdadero sentido y de-

cidir qué es lo que se debe creer y lo que se debe desechar. Yo misma he estado en ansiosa perplejidad respecto á ciertas palabras que oí al viejo jardinero Díaz. No podia apartarlas de mi espíritu, y me causaban algun consuelo. Pero las consulté con mi confesor que me dió la explicacion de ellas. Entonces comprendí que estaba equivocada; y tales palabras, en lugar de darme consuelo como hasta entonces, aumentaron mi condenacion y la de mi hijito.

—¿Qué palabras eran esas, Constanza? ¿Las recuerda usted?

—¡Oh, sí, las recuerdo! Y ciertamente hubiera querido olvidarlas, porque se presentan siempre á mi memoria como un reproche de mi culpable descuido. Jesus dijo: «Dejad á los niños venir á mí, y no los impidais, porque de los tales es el reino de los cielos.» Yo no las recordaba bien, y sentia tener que volver á preguntárselas; pero el confesor me apremiaba á ello, y á su vez queria saber quién era el que me las habia dicho, añadiendo que eran difíciles y peligrosas para una persona ignorante. Y desde que el confesor me enseñó su verdadero sentido yo estoy tranquila.

—¿Y cuál es ese sentido?

—Me díjo el confesor que no querian decir «ir á Cristo,» sino «ir á la Iglesia,» porque la Iglesia es ya la que representa á Cristo. Y como yo fui descuidada en llevar á mi hijo á la Iglesia para su bautismo, he ahí por qué yo comprendo que toda la culpa de que mi hijo no esté en el cielo la tengo yo.

—Querida Constanza, dígame usted, ¿quién tiene derecho para corregir las palabras de nuestro Salvador? El dijo: «Dejad á los niños venir á mí;» no dijo: «Dejad que vayan á la Iglesia.» Yo entiendo que tales palabras, así como otras mil semejantes que en el Evangelio hay, deben entenderse y practicarse como suenan y dicen. Yo veo que era el mismo Jesucristo el que tomaba á los niños en sus brazos, y que eran sus propias madres las que los presentaban, no la vírgen María ni los apóstoles. Es más, yo he leido que los apóstoles, más que presentar, lo que hicieron en esta ocasion fue rechazar, apartar á las madres del lado de Jesus.

—¿Pues qué, no estaba allí la virgen para interceder por ellas?

—No. El Evangelio, ni en esa ocasion ni en ninguna otra, nos habla de intercesion de vírgen, apóstoles, ángeles, sacerdotes, etc. El Evangelio nos habla siempre y solamente de los llamamientos de Jesus, de su compasion, de su ternura.

—¿Y el Hijo de Dios recibia directamente en sus brazos á los niños? ¡Oh! si yo hubiera vivido entonces yo le hubiera llevado á mi hijo hasta que hubiese llegado el dia de llevarlo á la Iglesia.

—Mas suponed que él os hubiese respondido: «No necesitais llevarlo á ella para tener vida, porque yo soy el que la doy directamente.»

—Entonces yo lo hubiera creido.

—Pues créalo usted ahora, Constanza. Porque ahora mismo lo dice Jesucristo como lo decia entonces: «Dejad á los niños venir á mí.» Y en otra parte: «Al que á mí viene, yo no le echo fuera;» y en otra: «Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, que yo os haré descansar;» y en otro lugar: «Yo conozco mis ovejas, y les doy vida eterna, y nadie las arrebatará de mi mano.» Es verdad que ahora Jesucristo no está en carne mortal sobre la tierra; pero con la misma facilidad con que las madres judías llevaban sus hijos á la presencia corporal de Jesucristo, puede usted llevarlo á la presencia espiritual de nuestro Salvador, y éste lo aceptará, lo bendecirá. En lugar de hacer que la Iglesia se lo presente, preséntelo usted misma, que es más interesada y lo hará con más decision y con más empeño. Y Jesucristo lo bendecirá.

Al oir esta argumentacion tan sencilla y tan natural, doña Constanza se quedó como anonadada. Su espíritu empezó á vislumbrar lo que hasta entonces no habia visto. Y despues de unos momentos de reflexion respondió:

—Ir á él sin estar apoyada en la intercesion de la vírgen, los santos y los sacerdotes... ¡Ah! Inés, si yo fuese santa como dicen que lo soy, entonces podria fomentar tales pretensiones; mas yo sé que mi corazon está lleno de pecado, que mis

confesiones son imperfectas, que las durísimas penitencias que yo me impongo son impotentes para hacer desaparecer de mi corazon el amor terrenal, y el deseo ardiente que tengo de volver á mi casa, á mi marido y á mis hijos.

—¡Ah! querida Constanza. ¿Quién ha enseñado á usted que sólo los santos son los recibidos por Jesucristo? Precisamente él mismo dijo en una ocasion á los fariseos: «Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos. Yo he venido á buscar y salvar á los pecadores.» Y á los trabajados y cansados es á quienes llamaba, y á los sedientos á quienes convidaba, y á la samaritana, á la pecadora de Jerusalem, á los leprosos, á los muertos, al ladron sobre la cruz á quienes hacia sus favores, porque «vino á buscar á las ovejas perdidas.»

Doña Inés no insistió más por entonces, dejando al Espíritu del Señor trabajar aquella alma.

Por lo demás, Constanza era tenida como santa, y las gentes se admiraban de que no hubiese tomado ya el velo de religiosa. La vida que llevaba en el convento hacia un gran contraste con la que habia llevado en otro tiempo. No estaba ya en su ancho y elegante patio con sus hermosos surtidores, sus verdes y floridas macetas y sus comodísimos divanes: una estrecha celda de piedra, de paredes desnudas y heladas, una pobre cama de madera ordinaria, un sofá de paja en un rincon, y por todo adorno, un cuadro de Cristo en la pared, una calavera y un reloj de arena sobre la mesa; he ahí la habitacion miserable en que veía sucederse lenta y monótonamente sus dias, envuelta en una ropa de paño burdo y oscuro, é imponiéndose las más severas penitencias, y no permitiéndose más que con intérvalos largos de dias ver el rostro de su hijo y á su graciosa Juana, que vivia elegantemente instalada en otra habitacion, al extremo opuesto del convento.

Cuando doña Inés contemplaba el rostro macilento y el cuerpo prematuramente encorvado de su amiga de la infancia, cuando pensaba en su juventud pasada en compañía de ella, en el brillante porvenir que le ofrecia el matrimonio con don Pedro, un marido tan amante, tan afable y tan noble, y

veia ahora todas sus esperanzas desvanecidas, enterradas en las tinieblas de la tumba, y aquel riente porvenir quemado en la mañana de la vida por el viento maléfico de la supersticion grosera y del poder despótico de una Iglesia que se llamaba *Santa* y *Divina*, sentia levantarse en su corazon un sentimiento de indignacion y de horror, y una resolucion más firme para romper los lazos que la retenian aún en aquella Iglesia, y sacudir aquel yugo impuro y odioso que la molestaba tanto.

CAPÍTULO IX.

La casa de don Pedro.

En el siglo XVI, las *beatas* en España venian á ser lo que son hoy en dia las hermanas de la caridad. Sin estar ligadas con votos monásticos, como el clero regular, consagraban su vida al cuidado de los enfermos, al consuelo y socorro de pobres y afligidos, á remediar las necesidades de los pacientes, ya con sus recursos personales, ya con limosnas que recogian de personas caritativas.

Entrar, pues, en esta Orden, era para Constanza un camino abierto, más apropiado que la vida de convento á su naturaleza sensible, pues en ella tendria la facilidad de dar libre curso á las energias de su carácter, por tanto tiempo comprimidas.

El confesor, que veia en esta resolucion, tomada sin consejo ni áun conocimiento previo de su marido, una preparacion para la vida claustral definitiva, se guardó muy bien de hacer oposicion alguna.

Pero Constanza tenia tambien que pensar en su hija Juana. Era ésta en aquel entónces una preciosa jóven de quince años, bella, dotada de espíritu y carácter hermosos, pero no devota, ni inclinada al monaquismo. En el confesonario, sobre todo, su actitud no tenia nada de particularmente respetuoso ni recogido. Cuando el padre le dirigía alguna demanda, que su modestia de jóven le señalaba como fuera de lugar ó culpable, cuando le hacía preguntas insidiosas, adelantando la respuesta que deseaba que la penitente le diese, ella no te-

mia oponer á todas estas licencias el silencio más obstinado. Esta independencia de carácter habia ofrecido al confesor ocasion de imponerle las más severas penitencias.

Doña Constanza, que habia sorprendido á su hija más de una vez pasando las cuentas de su rosario, más por distraccion y pasatiempo que por devocion y oracion, estaba profundamente afligida de la indiferencia religiosa de Juana. Y no era ciertamente por falta de conocimiento y reflexion por lo que Juana obraba así. Lo sabian su madre y su aya. Muchas veces la jóven les habia hecho ciertas preguntas sobre su padre y sobre su estancia en el convento, que hubiera deseado mejor en otra casa, preguntas á las que se habian visto muy embarazadas para responder. Y si cuando iba creciendo en edad, hablaba ménos del misterio de que estaba rodeada su infancia, no era porque estuviese ménos preocupada por ello. Habia llegado por sí misma, en fuerza de sus observaciones personales, á descubrir el secreto, y á comprender que consistia únicamente en la sospecha de herejía que pesaba sobre su padre. Este descubrimiento, en lugar de hacérselo sospechoso y retraerla de él, habia por el contrario hecho crecer más su simpatia hácia él.

Educada dentro de los muros del convento, bajo la direccion y vigilancia de las monjas, no habia tardado en descubrir los celos mezquinos y los pequeños escándalos de la comunidad. Atenta, sin que lo sospechasen, á observar todo lo que pasaba en torno suyo, todo lo veia y lo oia todo. Este espectáculo la habia desengañado de tal manera, que á pesar de su juventud, no veia en la religion sino una farsa engañadora, una comedia hipócrita, con que el clero se burlaba del pueblo, y llegó á persuadirse que el clero no creia en la existencia de Dios más que ella.

Cuando llegó á saber que su madre habia tomado la determinacion de hacerse *beata,* formó el proyecto de hacer todo lo contrario, es decir, de ponerse en la mayor comunicacion posible con el mundo exterior. Ese mundo estaba sumido en el pecado y envuelto en tinieblas espantosas: el confesor se lo habia dicho muchas veces: pero al menos todo estaba á la vis-

ta y sin velo. Y esto era bastante para que ella lo prefiriese á la sociedad hipócrita del convento. De esto no había hecho misterio ninguno al confesor. Este, que esperaba del fácil y franco hablar de su penitente alguna arma de guerra de que pudiera servirse contra su padre, cuando ella hubiese salido del convento, se guardó muy bien de detenerla. Doña Constanza, por otra parte, no tuvo más que indicarle el deseo de su hija de ir á su castillo y vivir con su padre, para que diese inmediatamente su consentimiento.

El fraile tenia el olfato muy fino en materia de herejía. Hasta entonces don Pedro habia obrado con la más exquisita prudencia. Ni en sus escritos, ni en sus palabras habia dejado traslucir motivo alguno para una acusacion. Habia podido burlar la vigilancia más activa y estar al abrigo de las persecuciones de las autoridades de Triana, que el padre Antonio hubiera querido, hacia mucho tiempo, desencadenar sobre él. Ahora el presbítero no desesperaba de hallar pruebas de sus suposiciones, pues iba á continuar siendo el confesor de Juana. Pensaba que no tendria dificultad en obtener de ella algunos datos que deseaba, sobre la vida del castillo y sobre las ideas del gran señor en cuanto á las doctrinas de Lutero.

Don Pedro, pues, fue informado en un hermoso dia, de la vuelta próxima de su hija Juana. Ya habia sabido por doña Inés, que Constanza habia resuelto entrar en la orden de las *beatas*. Pero el descalabro que habia sufrido en la tentativa que hiciera para arrancar á sus dos hijos del dominio y direccion de la Iglesia, le habia desengañado tanto, que creyó inútil hacer en favor de su mujer una nueva tentativa, que seria tan infructuosa como la primera.

Habia sido efectivamente en balde el haber tomado todas las medidas necesarias para apoderarse de ellos, y el haber entrado en inteligencias con el capitan de un barco inglés, anclado en San Lúcar, y que debia conducirlos en seguridad á Londres. Su hijo Rodrigo, entónces hermano Fernando, nunca fue autorizado á traspasar las murallas del claustro, mientras que la dulce Isabel habia sido relegada al convento de Santa Clara de Valladolid.

Las nuevas que le llegaron algunos dias despues, del convento de Santa María, habian sido como un bálsamo consolador sobre la llaga que le produjera el fracaso de sus esperanzas.

¡Iba á recibir en su casa á su hija Juana! Podia ya en adelante estrecharla fuertemente contra su corazon con toda libertad y con toda la vivacidad de su amor de padre, vivir con ella y para ella, y prodigarle toda la ternura que sentia desbordar de su alma. ¿Qué cosa más natural que sintiese tanto regocijo á esa perspectiva, y que se afanase por tomar las disposiciones convenientes para su próxima instalacion en el castillo?

Primeramente se aseguró del concurso de una dama, viuda de alguna edad, que él sabia era favorable en secreto á las nuevas doctrinas, y que debia llenar con su hija el cargo de dama de compañia, asistirla en sus recepciones en el castillo, acompañarla en sus paseos y en las visitas á sus amigas. En cuanto á vigilarla y dirigirla, don Pedro no veia la necesidad de ello. La existencia de su hija habia sido hasta entónces monótona é incolora. Queria ahora procurarle una existencia variada y brillante, y tan alegre como posible fuera. Su amada hija no debia sufrir otra voluntad que su voluntad propia; debia ser libre de vivir á su gusto; y buscar sus placeres donde ella quisiese.

Así fue como Juana dejó el convento de Santa María, y fue instalada en el suntuoso palacio de don Pedro.

Encantada de todas las magnificencias que la rodeaban, perfectamente feliz con la sociedad de su amiga Beatriz de Caronel, hija de doña Inés, parecia por el momento cuidarse muy poco de las diversiones del mundo y de sus frivolidades.

Habia en el castillo una torre morisca, desde cuyo balcon se extendia la vista á muchísima distancia por cima de los tejados de la ciudad. Juana pasaba allí horas enteras, ocupada unas veces en contemplar la marcha noble y arrogante de su padre, paseándose á lo largo y ancho del lujoso patio, y en preguntarse á sí misma con asombro, cómo pudo ser

que su madre hubiese podido renunciar á todos aquellos objetos tan amables y encantadores, para encerrarse en los sombríos claustros de un monasterio. Otras veces contemplaba desde aquella torre las aguas rápidas del Guadalquivir, siguiendo con ansiosa mirada aquel hermoso rio que llevaba en sinuosos repliegues sus argentinas aguas hácia el Océano, á través de los bosques de robles y álamos, de las huertas de naranjos y limoneros cubiertos de frutos y flores, de las plantaciones de granados de brillantes colores, entre los palacios de mármol con sus balcones moriscos, asombrada cada vez más, cuando comparaba con este encantador espectáculo la vida uniforme y vacia del convento.

Poco á poco, sin embargo, las conversaciones que tenía con su jóven amiga Beatriz, iban excitando su atencion hácia el mundo. Gustaban muy particularmente de hablar de Cristóbal Losada. Hablar de él era hablar de Rodrigo de Valero, de su repentina desaparicion de los placeres y diversiones de la alegre Sevilla, de los que aquél era una viva personificacion.

Aunque doña Inés y su hija habian renunciado á la mayor parte de los goces mundanos, era fácil, sin embargo, á Beatriz contar á Juana, que salia de su convento, más de una anécdota interesante sobre las hazañas de Valero y el círculo íntimo de sus amigos. Nada más natural que el que una jóven, extraña en absoluto á todas estas cosas, se quedase encantada de oirlas.

Gracias á las lecciones que ella recibia tambien, doña Juana de Castro no tardó en ser reputada en toda Sevilla como la más brillante personificacion de la moda. Se habia arrojado con el ardor de su carácter bullicioso, á todos los placeres que le salian al paso, sin que don Pedro, como otros padres indulgentes, pero poco sábios, hiciese nada por poner freno al desbordamiento de sus deseos.

Habria podido ser de otra manera; pero en aquel entónces don Pedro y la pequeña sociedad de reformados de Sevilla, estaban en grande ansiedad con respecto al capellan del emperador. Los inquisidores habian ganado el pleito. Más de

cuatro años habian trascurrido desde la tentativa de Cárlos para obtener la libertad de Virués, y él estaba languideciendo en los sombríos muros de Triana. Actualmente corria la voz de que iba á celebrarse en la catedral un auto de fe, en que Virués iba á abjurar públicamente las herejías de Lutero.

Un brillante concurso de todo lo que Sevilla encerraba de más instruido y más distinguido, se habia formado para asistir á la humillacion de aquel hombre erudito y elocuente. Fatigado éste por el inmenso trabajo á que se habia dedicado para preparar los argumentos y las respuestas de su defensa, no esperaba más que el momento de desaprobar delante de los jueces las doctrinas de Lutero y oir la sentencia del tribunal.

Esta fue relativamente dulce, comparada con la que otros habian oido pronunciar contra ellos; pero era muy severa, atendida la naturaleza ardiente de Virués. Estar encerrado durante dos años en los muros de un monasterio, con la prohibicion de hablar en público otros dos años despues de su salida, no era una pena insignificante para un hombre como él.

Esto fue al mismo tiempo un rudo golpe para todos los que se sentian en peligro de caer bajo las mismas acusaciones. ¿Qué esperanza podia quedar á los simples particulares, cuando el emperador mismo, con todo su poder, habia sido incapaz de arrancar á su favorito de las garras de la Inquisicion, y para obtener la gracia y autorizacion de oirle otra vez predicar delante de sí, habia tenido que implorar la ayuda del Soberano Pontífice, y presentar un Breve de parte de Su Santidad?

Despues de la retractacion de Virués, todos los habitantes de Sevilla habian comprendido que el poder del Santo Oficio en adelante, estaria por cima de cualquier influencia, por grande que fuese. Más de un fraile, en aquel dia, se habia deslizado artificiosamente entre la multitud, para sondear la opinion popular y sorprender particularmente las impresiones de don Pedro, de doña Isabel de Baena y de doña Inés.

Mas todos estaban en guardia y tenian mucho cuidado en no revelar, ni con palabras ni con gestos, su secreta simpatía por el preso. El confesor mismo de doña Constanza tuvo no poco empeño, y hubo de reconocer que, al ménos esta vez, habia sido completamente burlado.

Las preguntas insidiosas que habia dirigido á Juana para arrancarle alguna revelacion sobre las creencias de su padre, no habian tenido éxito. Las respuestas que ella consentia en darle en el confesonario, no salian del dominio de las diversiones, á las que se entregaba habitualmente.

Cambiando entónces de táctica, el presbítero se decidió á vigilar cuidadosamente los alrededores de la casa de don Pedro, para ver qué huéspedes la frecuentaban, á fin de poder por las indicaciones que pudiera obtener, hacer recaer sobre él las sospechas de herejía. Así que, deslizándose y confundiéndose con la muchedumbre, siguió de cerca á Juana y su dueña, sin perderlas un solo instante de vista, con objeto de sorprender la conversacion que pudiesen tener, al volver al castillo, con las personas que hallasen en su camino.

Pero precisamente aquel dia Juana esperaba amigas. Y necesitaba ir de prisa á casa, para mudar su traje y recibir á sus huéspedes. Entró, pues, en su castillo sin detenerse con nadie. El padre Antonio, que no queria ser despistado ni por Juana ni por su padre, pensó que la jóven le habria visto entre la multitud; pero que una vez entrada en su gran patio, no podria ya sorprenderle en su escondrijo, y quedaria libre de observar á su gusto la actitud de los concurrentes. En consecuencia, se arrebujó en un recodo oscuro, al otro lado de la calle, donde la luna empezaba á proyectar una sombra espesa, y esperó. Bien pronto vió venir algunas damas elegantes, acompañadas de sus dueñas, apuestos caballeros, y de tiempo en tiempo algun sábio de austero mirar, ó alguna grave matrona. No era ciertamente aquella la sociedad que él esperaba encontrar.

En suma, la reunion de aquella noche se hizo sin ruido. Don Pedro habia invitado á algunos de sus amigos íntimos, Constantino Ponce, Domingo de Guzman, Fernando de San

Juan y otros muchos caballeros particulares, ganados secretamente á la Reforma, para hablar sobre los últimos acontecimientos, y darles lectura de una carta de Lutero á uno de sus amigos de Alemania, y que un comerciante de Amberes le habia enviado.

El contenido de la carta era como sigue:

«Hermano mío, aprende á conocer á Cristo y Cristo cru»cificado; levanta á él tu alma, y dile, desesperando de ti:— »Señor Jesus, tú eres mi justicia y yo soy tu pecado. Tú has »tomado sobre ti lo que era mio, y me has dado lo que era tuyo, »tú te has hecho lo que no eras nunca, y has hecho de mí lo »que yo no merecia.—Guárdate de pretender por ti mismo »una gran pureza. Tal pretension podria darte la ilusion de »que estás sin pecado. El Señor Jesus no consiente establecer »su morada más que en casa de los pecadores. Es para hacerse »solidario de sus faltas para lo que ha descendido del cielo, »donde residia con el Santo. Considera toda la extension de »tal amor, y beberás en la fuente que corre de sus dulces »consuelos.»

—Yo creo que no está lejos el tiempo en que tendremos necesidad de que Dios, por su presencia, nos dispense sin medida, consuelos y fuerzas—dijo al oir la lectura, Fernando de San Juan.

—¿No os parece—dijo otro de los asistentes—que la verdad vivificante de Dios acabará por extenderse é implantarse en este suelo, suelo tan ricamente dotado, de nuestra querida España? Ha sido de algun tiempo á esta parte objeto de tantos favores, que me parece destinada á ser, antes de mucho tiempo, la dueña del mundo.

—Si—respondió don Pedro—si es que por conservar con engaños é injusticias, como lo estamos haciendo, la América no destruimos la esperanza de la más bella herencia que podemos desear, la herencia del cielo. ¿Creeis que sea bueno, que sea justo á los ojos de Dios, arrancar á los negros de Africa á sus moradas para hacerlos trabajar en las minas del Nuevo Mundo? Eso es un gran mal seguramente. Hemos establecido una esclavitud más servil que la que está en uso

entre turcos. Pensad en que nosotros á su vez seremos reducidos á servidumbre.

—No, no. Eso es ir demasiado léjos—dijo un interlocutor. —Nuestro emperador se cuidará muy bien de evitarlo.

—Nuestro emperador no puede gran cosa, frente del poder siempre creciente del Santo Oficio—replicó tristemente don Pedro.

—La Inquisicion no ha puesto su mano más que sobre un individuo—dijo Domingo.—Mas recordad la reciente expedicion contra los corsarios de Africa, y observad que la cristiandad está todavia unánime en admirar el valor de nuestro señor don Cárlos, y cantar las glorias de Su Majestad.

—Ha sido ciertamente una gran accion, digna de los descendientes de los viejos caballeros, dar la libertad á más de veinte mil esclavos de toda nacionalidad, condenados sin piedad por los piratas á la más dura esclavitud, y haberlos devuelto á sus hogares después de haberles proporcionado alimento y vestido. El que ha podido llevar á cabo accion tan digna, no se detendrá ahí seguramente, y nos permitirá romper las trabas espirituales, las cadenas y grillos forjados en Roma por el clero—añadió otro interlocutor.

—Espero vivamente que podremos llegar á eso—dijo Ponce de Leon.—El emperador debe estar muy ofendido de los procedimientos de la Inquisicion con Virués, y en el próximo concilio que va á reunirse para sancionar las doctrinas que deben ser creidas por el pueblo, no dejará de insistir sobre la supresion de esa institucion injusta.

No todos los que habian asistido á esa conversacion, al abrigo de la sombra protectora de los arcos de la sala, participaban de las mismas esperanzas. La Inquisicion gozaba ante el papa de un favor muy grande, y el emperador, que habia debido á ésta muchas veces el buen éxito de sus empresas, y veia en ella un auxiliar muy útil, así para triunfar de sus enemigos políticos, como para llenar sus cofres vacíos á costa de los herejes cuyas riquezas se apresuraba á confiscar, se guardaria muy bien de contradecirle.

Después de haber leido un capítulo de la Carta á los Gála-

tas, seguido de la explicacion hecha por Lutero en su *Comentario*, la pequeña sociedad, que habia buscado la tranquilidad en aquel agradable retiro, volvió á la sociedad alegre que se hallaba en el patio, y se mezcló con los amigos de Juana, todos del gran mundo de Sevilla. El humor inagotable de Constantino Ponce de la Fuente, y su reputacion de sabio habian reunido en torno suyo á toda la juventud de la reunion. A ejemplo de Erasmo, Constantino se complacia muy particularmente en disparar contra los frailes perezosos é ignorantes los dardos más acerados de su espíritu cáustico. Los comparaba á los zorros, á las comadrejas, y contaba á propósito de ellos las más extrañas historias. Mas por extrañas que fuesen, encerraban siempre gran parte de verdad, y los *santos* no dejaban tambien en sus labios de hacer una lastimosa y grotesca figura.

Estas historias agradaban mucho á Juana, cuyo espíritu penetrante podia hallar con facilidad el fondo de verdad que contenian bajo el disfraz del ridículo.

Todos los que le rodeaban, no tenian la misma perspicacia, y muchos de ellos sacaban poco provecho de oir los hechos y manejos del clero. Los eclesiásticos eran, á sus ojos, los guias espirituales, en cuyas manos podian descargar toda preocupacion religiosa, y poner con seguridad la salvacion de sus almas. Presentarse de tiempo en tiempo en la Iglesia, asistir á la misa, arrodillarse cuando el sacerdote consagraba y elevaba la hostia, ir á confesar de cuando en cuando, no se les pedia más. No tenian necesidad de atormentar su cabeza por saber lo que debian creer ó dejar de creer. La Iglesia, como madre bondadosa, tomaba sobre sí toda la responsabilidad, los dejaba en libertad de entregarse á su gusto á todos los placeres, á todas las empresas comerciales de la época sin que tuviesen que preocuparse de la vida venidera. Nada chocante hallaban en aquellas historias, de las que Juana, con el conocimiento profundo que tenia de la vida del convento, daba testimonio de autenticidad; se contentaban con encogerse de hombros, uniendo su risa á las carcajadas que aquellos relatos provocaban. No pasaba por su espíritu el pensar

por sí mismos en la religion, desde el momento en que la sencilla observancia mecánica de los deberes religiosos y de los ritos de la Iglesia era todo lo que se les exigia.

La parte seria de la sociedad, por el contrario, discutia con calor ciertas nuevas que acababan de llegar de Venecia. Más de uno entre ellos habia conocido al soldado de Loyola, ó habia oido hablar de sus luchas espirituales. Algunos de ellos tambien, entre ellos don Pedro, habian esperado que su estancia en Paris le habria llevado á buscar en las Santas Escrituras luz y direccion, mejor que consagrar á la Iglesia una obediencia ciega y pasiva. Estaban todos asombrados. Se habia extendido la noticia de que Loyola, en compañia de algunos otros individuos de su humor y su carácter, habia comenzado á predicar en Venecia. Habia recibido las órdenes sagradas, y la pequeña sociedad habia adoptado el nombre de *Compañia de Jesus.*

Algunos señores de los que estaban sentados en torno de la fuente de mármol, estaban muy lejos de pensar que esta Sociedad de Jesuitas, recientemente creada, seria en manos de la Iglesia el más poderoso de todos los agentes, destinado á ahogar la luz, que tan deseosos estaban de ver extenderse en toda aquella tierra, gobernada por los sacerdotes.

CAPÍTULO X.

La peste en Sevilla.

La esperanza del padre Antonio habia sido completamente defraudada. Le habia sido en absoluto imposible penetrar los sentimientos secretos de don Pedro.

Las frecuentes reuniones que se celebraban en casa de don Pedro, y á las que asistian elementos tan diferentes, no le habian proporcionado ningun hilo conductor. Se habia visto obligado á renunciar á sus investigaciones, y esperar ocasion que le fuese más favorable. Esperaba tambien que Juana en el confesonario le hiciese algunas revelaciones. Mas, aunque la jóven pudo conocer las ideas de su padre, era tambien la última con quien el presbítero debió contar. Estaba muy lejos de mirar como pecado el silencio sobre las cosas que no estaba dispuesta á confesar, y Constanza tuvo que suplicarle con lágrimas que se mostrase más respetuosa en su actitud con el confesor.

Ahora existia un lazo de union entre el marido y la mujer, hacia tanto tiempo separados. Los dias en que la hija debia ir á visitarla, doña Constanza, que residia todavia en el convento, esperaba febrilmente su llegada. Estaba impaciente por tener nuevas de su marido. Don Pedro por su parte no esperaba con menos impaciencia el momento en que Juana, á su regreso del convento, le comunicara el estado en que se encontraba su querida Constanza. Más de una vez le habia ocurrido enviarle algun mensaje afectuoso. Mas, aunque ella lo recibia con placer, y conservaba en su corazon cada una

de las palabras que él transmitia, como un depósito necesario á su existencia, nunca se decidió á responderle, temerosa de acrecentar el peso ya muy grande de pecados que tenia que ocultar á su confesor.

Era sin embargo un consuelo para don Pedro el saber que la salud de su mujer era mejor que antes, y que las penosas funciones de asistir á los enfermos que se habia impuesto, en lugar de fatigarla, parecia que desarrollaban más su energia dormida. Algunas veces, cuando sabia que ella debia volver del hospital al convento, habia acariciado la idea de salir á su encuentro en la calle y hablarla. Mas pensaba que, inmediatamente que realizara un intento de esta índole, podria causarle molestia, y decidirla á ligarse definitivamente con votos irrevocables. Así, por amor á ella, se contentaba con subir á la azotea, desde donde podia ver á las beatas en el momento en que dejaban el convento, y seguir con su mirada á la que creia ser su querida Constanza.

Durante este tiempo, la sola vista á distancia de aquellas figuras encapuchadas satisfacia el corazon de don Pedro. Mas en el momento en que el calor abrumador del estío comenzaba á sumir aquella bulliciosa ciudad en la languidez y enervamiento, otro enemigo que habia llevado con frecuencia la devastacion á ciudades enteras, vino á posarse sin piedad sobre la poblacion de Sevilla consternada, hiriendo sin distincion lo mismo al gran señor que al simple ciudadano. No se oia de todas las bocas sino este grito de angustia: «La peste está en Sevilla; la peste está en Sevilla!» Los hospitales, demasiado estrechos, rebosaban de enfermos. Don Pedro estaba espantado al pensar que su mujer debia estar todos los dias en contacto con los apestados, esperando á cada instante la noticia de que habia caido víctima de tan terrible enfermedad. Envió á su hija Juana á una villa lejana al abrigo del contagio. Sus amigos le aconsejaban que se fuese con ella; mas la ansiedad que le oprimia el corazon pensando en doña Constanza, le detuvo en Sevilla.

Se habia informado escrupulosamente del número de beatas que debian ir diariamente al hospital. Podia así contarlas

á su paso, y saber si su mujer formaba parte del cortejo. Para esto habia renunciado á su antiguo observatorio, para ir, cada vez. al ángulo de la calle de San Sebastian, desde donde podia verlas entrar en el hospital.

Muchos de sus amigos, que le habian sorprendido espiando en aquella vecindad, le habian prevenido del peligro que corria de ser tocado de la infeccion. Mas don Pedro era indiferente á tales advertencias. Dia tras dia iba al mismo rincon, contemplando con una mirada furtiva el semblante consumido y demacrado de doña Constanza, en el momento en que pasaba, con su cabeza encorvada por la pena, para ir al convento.

Mientras esperaba, le sucedia con frecuencia ver pasar á su lado á algun desgraciado atacado de la peste, presa del delirio de la fiebre, que era trasportado al hospital. Pensando en los cientos que así pasaban cada dia, y que ya sentia al ángel de la muerte extendiendo su helado aliento sobre su rostro, se sentia temblar de terror.

Un dia estaba esperando desde su rincon, y vió con fascinacion abrirse las puertas del hospital. Las beatas salieron, y faltaba una. ¿No era doña Constanza? Esa fue la pregunta que vino á la mente de don Pedro. Atormentada su alma de dolor, quiso ir á informarse. Mas apenas tuvo tiempo de dar un paso, cuando un espasmo general se apoderó de él. Apesar del calor abrasador del estio y de las hogueras de cipreses y enebros, que se encendian sin descanso en las calles para purificar el aire, un temblor convulsivo sacudia todo su ser. Perdiendo al instante el conocimiento, herido de la peste, acabó por desplomarse en el suelo, insensible y sin movimiento.

¿Cuánto tiempo permaneció en aquella crítica situacion? nadie pudo decirlo. La Providencia quiso que uno de sus amigos, don Domingo, que iba á dejar la ciudad é iba precisamente á despedirse de don Pedro, pasase por allí: se detuvo delante de aquella forma, apenas humana, que le impedia el camino, y le reconoció.—Hé aquí lo que yo habia presentido—se díjo á sí mismo.—¡Ha estado tanto tiempo bajo la in-

fluencia de esta atmósfera apestada, que ha acabado por ser víctima del mal!

Sin esperar á buscar lo que debia hacer para ayudar á su amigo, y sin pensar en el peligro que él mismo corria, llamó en su ayuda á dos ó tres personas que pasaban, y mientras éstas lo llevaban al castillo, él corrió á todo correr al convento, pidiendo la asistencia de una de las beatas, que hiciese de enfermera con don Pedro, pues los criados de la casa se habian marchado con Juana.

De cuatro en cuatro subia las escaleras del convento, cuando se encontró precisamente con una de las hermanas. Ansioso de volver al lado del amigo, y cuidar de que fuese transportado con todo cuidado á su casa, se dirigió á la beata, y en dos palabras la declaró el objeto de su visita. Si no hubiere ido tan apresurado ni tan ansioso, le habria sido fácil ver, á la pronunciacion del nombre de don Pedro, el rostro ya descolorido de la enfermera tomar una palidez mortal, y hubiera observado el temblor de su voz, cuando lanzando un suspiro, murmuró casi sin aliento: «Yo voy, yo me debo á él.»

Cumplido su mensaje, don Domingo volvió sus pasos atrás para vigilar y dirigir á los que llevaban el cuerpo inanimado de don Pedro, pero pensando en si la beata se olvidaria de la demanda que se le habia hecho, ó si sabria ir sola á la casa del enfermo.

Mas cuál fue su asombro, cuando al llegar con don Pedro, la halló ya instalada en la alcoba que habia de recibirle, dando sus órdenes, y habiendo mandado ya encender en toda la casa fogatas de enebro, y habiendo enviado apresuradamente por un médico. Sólo doña Constanza podia haber manifestado tanta solicitud. Esta idea, que asaltó al pensamiento de Domingo, no tardó en verse confirmada.

Doña Constanza, en efecto, pues ella era, se habia inclinado sobre su enfermo, y habia depositado á despecho del peligro, un prolongado beso sobre la frente abrasada de su marido. Al contacto de aquellos labios amantes, el apestado pareció tener un momento conciencia de lo que pasaba, y reco-

nocer aquella enfermera que estaba inclinada sobre su lecho. Abrió sus ojos, miró en torno suyo, y pudo oirse salir de sus crispados labios el nombre de «Constanza.» Ella entónces le dijo:

—Sí, mi querido Pedro, mi marido muy amado, sí, soy yo. Yo que he venido á buscarte.

Mas sus ojos volvieron á cerrarse. Y yacia sobre el lecho, como si la vida se hubiese extinguido en él para siempre.

Despues de un espacio de tiempo considerable, apareció el médico. Sin apresurarse gran cosa, mandó encender en la habitacion una cantidad de mirra; despues se decidió á acercarse y examinar al paciente. Su pronóstico no tuvo nada de consolador. Dejó entrever que debia esperarse más bien un fin próximo que un restablecimiento. Doña Constanza le escuchó con una calma relativa. Mas cuando le vió girar sobre sus pies y salir sin haber propuesto remedio ninguno, se volvió como una loca hácia don Domingo, que esperaba en pie delante de la puerta, y haciéndole una señal de que detuviese á ese hombre, á ese médico insensible:

—Dígale usted—exclamó—que yo estoy dispuesta á someterme á todo; si es necesario, hasta á volver al convento. Mas, por Dios, que salve la vida de mi marido.

—No es posible—respondió el médico.—Su cuerpo está ya todo cubierto de las manchas negrúzcas de la peste. Sus pulmones respiran sólo aire de muerte.

Y pronunciando estas palabras se escapó al patio, donde el humo del enebro quemado mezclaba sus blancos penachos con los argentinos hilos de agua, que saliendo de la fuente caian en menuda lluvia sobre las losas.

—Señora, este hombre no tiene corazon—exclamó don Domingo. –Yo voy á buscar un jóven médico, llamado Cristóbal Losada, que no rehusará, estoy seguro, de hacer cuanto sea posible. Mientras vuelvo, no abandone usted ni un momento al querido enfermo.

—No tenga usted cuidado—respondió Constanza, inclinando la cabeza.

A toda prisa se despachó un sirviente en busca del jóven

médico. Sea que éste, á causa de su juventud tuviese menor clientela, y por consiguiente más tiempo á su disposicion, sea que obrase por miramiento de Beatriz de Caronel, que él sabia era amiga de la familia de don Pedro, fué inmediatamente al lado de éste.

Examinó con toda solicitud el estado del enfermo, le hizo una sangria, y ordenó que se renovase en la habitacion la fumigacion prescrita por el primer médico. El humo se hizo ya tan intenso, que las columnas de mármol y las arcadas del artesonado, desaparecieron bajo las nubes oscuras de él. Mas Constanza estaba muy lejos de inquietarse por ello. Insensible á todo lo que pasaba á su alrededor, no tenia más que una preocupacion, que era salvar á su muy amado don Pedro.

Prescribió tambien una medida que parecerá extraña en la época actual, pero que entónces era practicada por todos los médicos: el no dejar dormir al enfermo. Durante los accesos de fiebre y delirio, así como en los momentos de entorpecimiento y debilidad, se debia sin descanso tenerlo despierto, por el temor de que la muerte no viniese á sorprenderle durante el sueño.

Conforme con tal prescripcion, doña Constanza mantenia al enfermo en un estado constante de vigilia, humedeciendo sus secos labios con agua de nieve, traida de Sierra Nevada. Al mismo tiempo, cuidaba de conservar encendido el brasero que ardia junto á la puerta, no permitiendo á nadie más que al médico entrar en la alcoba, y rehusando obstinadamente la asistencia de los domésticos, que le ofrecian partir la asistencia dolorosa y los esfuerzos constantes que habia que hacer para evitar que el enfermo durmiese. Absorta toda ella en estos cuidados, parecia haber olvidado su vida del convento. A no haber visto la vestidura de paño burdo que llevaba, y el rosario que pendia de su cintura, no se hubiese creido que vivia hacia tanto tiempo separada de su marido. Habia dejado el convento sin dar á nadie parte de sus intenciones, y sin decir á nadie que salia de él.

Muchas de sus conpañeras, sabiendo la nueva de su repentina desaparicion, se perdian en mil conjeturas, temiendo

que hubiese sucumbido al golpe de la peste que hacia estragos en la ciudad.

Este pensamiento traia desconcertado al padre Antonio. Doña Constanza, por sumisa que fuese, le inspiraba grandes recelos. No habia hecho aún donacion de su gran fortuna á la Iglesia, y el presbítero no estaba en manera alguna dispuesto á dejar escapar de las manos lo que creia ya seguro. No habia economizado astucia ni esfuerzos por llevar á su confesada á pronunciar los votos religiosos, ó hacer al convento donacion de sus bienes. Pero Constanza tenia á su hija Juana, y pensaba en ella. Sabia muy bien que la Iglesia no dejaria de reclamar la parte de su hermano y hermanas mayores. Habia reflexionado que Juana, aunque con su título de hija de un grande de España, podria muy bien encontrarse un dia sin rentas. Y este pensamiento le vedaba ceder á las instancias del fraile. Si su hija hubiese mostrado inclinacion á la vida monástica, como lo habia esperado al principio, no habria vacilado un instante en llegar hasta el fin. Hubiesen tomado el velo juntas, y habria desaparecido de un golpe toda necesidad de conservar su fortuna.

Mas Juana habia preferido el mundo á la Iglesia y al convento. Habia llegado, poco á poco, á ser entre su madre y la casa que habia abandonado, un lazo poderoso, que ejercia sobre el espíritu de doña Constanza una atraccion contínua, despegándola insensiblemente del convento, á despecho de las amenazas de su confesor, y de los remordimientos de su propia conciencia.

Tres dias despues de su regreso, Constanza estaba sumida en sus reflexiones, con su cabeza inclinada sobre su marido, cuando sintió un ligero ruido á la puerta de la habitacion. Fué á abrir. ¡Era el padre Antonio, acompañado de uno de los domésticos, que venia á reclamarla! La inesperada aparicion de su confesor la turbó al principio profundamente, y su rostro, ya marchito por el sufrimiento, tomó, bajo el velo que llevaba, una apariencia cadavérica. Mas el tono insolente en que el presbítero le dirigió la palabra, no tardó en ponerla en posesion de sí misma.

—Hermana Rosalia—le dijo, llamándola por el nombre que llevaba en el convento—vengo en persona para volver á usted en seguridad al redil.

Doña Constanza, en lugar de avanzar, se echó algunos pasos atrás en la alcoba.

—Mi deber de enfermera—respondió—me ordena permanecer aquí.

—Otra cumplirá mejor que usted ese deber; ya vendrá del hospital para reemplazar á usted.

El eco de esta voz enojada y áspera, hicieron seguramente impresion en los sentidos embotados del enfermo, porque se removió penosamente sobre su lecho.

Constanza se acercó para calmarle, y no dejarle dormir. Despues volviéndose del lado de la puerta, dijo:

—Está usted turbando á mi marido.

—Lo siento vivamente—respondió el presbítero con cierto aire de ironia;—mas, puesto que nuestra conversacion lo perturba, sígame usted al patio, Rosalía; allí discutiremos los dos los medios de hacer venir otra en lugar de usted.

Doña Constanza hizo con su cabeza un signo negativo.

—No puedo dejarle un instante—dijo—el sueño puede serle fatal.

—Que un doméstico se quede velándole, hasta que otra hermana venga del hospital—replicó el padre Antonio, dirigiéndose hácia la puerta de la alcoba, que él se habia apresurado á abandonar.

Los domésticos, pensando que en el caso de ser tomados del contagio, los santos no tendrian, para hacer con ellos un milagro, las mismas razones que con el padre Antonio, que tenia derecho para reclamar de ellos ese favor como justo salario de los esfuerzos que habia hecho para destruir la herejia y hacer desaparecer los libros heréticos, habian tenido muy buen cuidado de ponerse al abrigo del contagio, dejando la proximidad de la alcoba apestada.

Mas el confesor no tenia el menor deseo de tener que recurrir á la asistencia de los santos. Se apresuró á retirarse

cuanto antes, mientras doña Constanza, de pie en la puerta, procuraba retenerlo.

—No puedo absolutamente alejarme de él—dijo—pero yo seria muy feliz en que usted me diese su bendicion; porque, ¿quién sabe si yo no seré tambien atacada de la peste?

—Hé ahí porqué, hija mia, le exhorto á volver al convento, donde estará usted en toda seguridad. La Iglesia, como buena madre, le tiende sus brazos en señal de bienvenida, y yo le ruego que no resista á su llamamiento.

—Sí, mas yo no puedo abandonar á mi marido ahora—respondió con los ojos bajos.—Reciba usted ahora mi confesion, padre, yo se lo ruego, ya que usted ha venido, pues tengo algunas cosas que decirle, y déjeme usted cuidar á mi marido.

Al decir esto, cayó de rodillas sobre el suelo de la alcoba; mas, aunque la penitente estuviese pronta para confesar, é implorase con insistencia y súplicas el perdon de sus faltas, el presbítero no se mostraba dispuesto en manera alguna á concedérselo. Y viendo á Constanza de rodillas, se echó para atrás, y con voz severa, le dijo:

—Vuelva usted primero al seno de la Iglesia, nuestra comun madre, y yo entónces la oiré á usted en confesion.

Constanza se levantó lentamente de su humilde postura, dirigiendo sus miradas hácia la puerta entreabierta. ¿Debia, en la situacion en que se hallaba, abandonar á su marido, abandonarle en manos extrañas, cuando sólo, sólo el cuidado de su mujer era lo que podia salvarle, y salvarle de una muerte más terrible que la muerte corporal, arrancar su alma de la muerte eterna, procurándole tiempo de arrepentimiento, y entrar de nuevo en el seno de la Iglesia, de la cual hacia tanto tiempo que se habia olvidado? La lucha que estos diversos sentimientos produjeron en su alma, fue de no larga duracion.

—Padre mio—dijo humildemente, y bajando sus ojos—me es imposible dejar á mi marido en el estado en que se encuentra; el voto de fidelidad que yo le hice el dia en que me uní con él, me lo veda.

—La iglesia tiene el poder de romper esos votos. Ya lo

PRIETO S.C.

estarian hace mucho tiempo, si usted lo hubiese querido.

—No, padre. Está enfermo y en peligro de muerte. Yo siento en estos momentos que los votos que me unen con él me estrechan más. Permítame usted, por favor, que yo me quede á su lado hasta que él esté mejor, hasta que la peste le haya dejado.

Mas aquel hombre era incapaz de piedad.

—Usted tiene que volver ahora mismo al convento, y sin esto, la Iglesia le será á usted enteramente cerrada. Tome usted su capuchon y sígame—añadió en un tono imperioso é impertinente.

El buen presbítero se habia olvidado de que estaba hablando á la mujer de uno de los más grandes señores de España. Mas sus palabras, llenas de arrogancia, habian herido profundamente el alma generosa de doña Constanza. La sangre altiva, que circulaba por sus venas, habia afluido á su rostro, dando á su mirada una animacion que el presbítero no habia visto en ella nunca, é irguiendo altivamente su cabeza,

—Padre Antonio—dijo—he implorado la bendicion de usted sobre la obra que estoy cumpliendo aquí; usted puede rehusármela, está en su derecho de usted, pero á usted no le corresponde hacerme renunciar al más querido de mis deberes. ¡Soy la esposa de don Pedro! En el peligro que le amenaza, mi deber es estar á su lado.

El fraile fijó un momento sobre ella su mirada malvada é hipócrita, y observó que á pesar de los esfuerzos que Constanza hacia por aparecer calmada, sus labios temblaban. Creyó entónces poderla vencer por el terror.

—Pues que es así, escúcheme usted, esposa de don Pedro —gritó con una voz chillona y colérica:—La Iglesia rechaza á usted para siempre, si en este mismo instante usted no vuelve á ponerse bajo su proteccion.

Y no esperó á ver el efecto de sus palabras. Giró sobre sus piés, se marchó y desapareció.

CAPÍTULO XI.

Luz en el seno de las tinieblas.

Durante algunos minutos, doña Constanza quedó inerte, como petrificada, en el mismo sitio donde el presbítero la habia dejado. Y era que la terrible sentencia pronunciada por él perturbó hondamente la conciencia de la infeliz: «La Iglesia te rechaza para siempre.» «¡Para siempre!» repitieron sus labios convulsivos.

Su primer movimiento fue precipitarse en pos del sacerdote, prometerle que volveria al convento tan pronto como otra hermana viniese á reemplazarla al lado de su marido. Mas antes de que hubiese podido hacerlo, oyó el crujido de la verja de hierro al cerrarse. Comprendió, pues, que era tarde: el presbítero habia dejado la casa. Y no volvería más sino á pronunciar tal vez sobre ella una condena definitiva.

A tan terrorífico pensamiento, Constanza se desplomó sin conocimiento sobre las baldosas de mármol de la habitacion, abismada en su desgracia y en su desesperacion. Toda la hiel de aquella espantosa maldicion, se habia repartido por su corazon como un líquido emponzoñado, y ella yacia sobre el pavimento como si hubiese sido herida por la enfermedad que tan grandes estragos estaba haciendo en Sevilla.

¿Cuánto tiempo permaneció en tal situacion? Ella misma no habria podido darse cuenta. Mas el pensamiento de que su marido no debia estar solo tanto tiempo, vino poco á poco á su cabeza. Se levantó, pues, lentamente, y dió algunos pasos

vacilantes en la habitacion, donde reinaba un calor sofocante, y se acercó en silencio y con precaucion al lecho del enfermo; repentinamente agitó sus brazos un movimiento de angustia indescriptible. La maldicion, que no habia sido pronunciada aún de una manera formal, pero que segun ella pensaba, no dejaria de serlo, habia comenzado ya, sin duda, su obra de destruccion. Don Pedro estaba sumido en un profundo letargo. La inmovilidad era tan completa, que el grito de angustia que Constanza habia lanzado al verle en aquel estado, aunque repercutió y resonó en aquellas bóvedas y corredores, no habia producido la más ligera impresion sobre los sentidos aletargados del durmiente. Era inútil el pretender despertarlo. Era su desobediencia al cura lo que habia hecho recaer sobre su marido esta insensibilidad ds plomo. Ya no era tiempo de arrepentirse.

Finalmente, abrumada bajo el peso de los sufrimientos acumulados sobre ella, extenuada por las vigilias prolongadas que habia tenido que guardar sobre su marido, cayó de rodillas, y reclinando su cabeza sobre la almohada en que reposaba la de su marido, se sintió á su vez acometida por un pesado y profundo sueño.

Cuando los domésticos se apercibieron de que la pequeña provision de higos, melon y uvas que don Pedro debia chupar como refresco, estaba por tanto tiempo intacta junto á la puerta, donde la dueña de la casa les habia ordenado ponerla todas las mañanas, comenzaron á alarmarse. Penetrar en aquella habitacion infestada, era exponerse á una muerte casi cierta; y la prohibicion de doña Constanza respecto á este asunto era formal. Mas las horas se sucedian con rapidez. Ninguna voz se sentia en la cámara; ninguna mano venia á tocar el alimento que esperaba tanto tiempo sin tocar en el mismo sitio. ¿Habrian sucumbido los dos esposos víctimas del mismo mal?

Asustados á este pensamiento, los domésticos fueron á exponer sus temores al jardinero, y á pedirle su consejo sobre lo que deberia hacerse. Fuera de los cuidados que él tenia sobre la pequeña tumba, á la cual no permitia á nadie to-

car, el viejo Diaz apenas podia ya trabajar. Mas á medida que sus fuerzas se iban debilitando, su espíritu parecia cada vez más penetrante y más despejado. Este ardor de inteligencia y su buen sentido, le habian conciliado la confianza y el afecto de sus compañeros de servicio, que acudian siempre á pedir sus luces en los momentos difíciles.

Ya hacia mucho tiempo que él se habria arriesgado á entrar en la cámara de don Pedro, si doña Constanza no se lo hubiese prohibido. Mas ahora, estimulado por el peligro que veia sobre sus amos, no vaciló un instante en hacerlo.

Silenciosamente y de puntillas puso su pie en la puerta, y con el corazon lleno de respeto y religiosa ternura, esperando hallarse ante un triste espectáculo de muerte, entró y se acercó al lecho.

En el mismo momento don Pedro abrió lentamente los ojos. No tenian nada de extraño ni de extraviado, antes al contrario, en su mirada se reflejaba una llamarada de inteligencia. Primero miró al viejo, despues miró á la persona cuya cabeza reposaba junto á la suya. El rostro de doña Constanza estaba casi cubierto por los pliegues de la colcha de seda que cubria toda la cama. Mas por una intuicion repentina, el enfermo comprendió muy pronto que era la compañera de su vida, su querida Constanza, que la Iglesia le habia arrebatado por tanto tiempo.

—¿Está ella tambien enferma?—preguntó con voz débil, dirigiéndose á Diaz.

—La señora nos habia prohibido la entrada en esta cámara; mas su silencio prolongado nos alarmó, y yo he entrado para averiguar la causa.

—Ya estoy mejor—dijo don Pedro;—pero ¿está ella mala?

Diciendo esto, intentó incorporarse sobre su brazo, pero demasiado débil para tan grande esfuerzo, volvió á caer gimiendo sobre la almohada. El viejo le acercó con toda prisa unos granos de uva y hielo para refrescarle; después, levantando el cuerpo de doña Constanza, la colocó sobre el mismo lecho al lado de su marido, y juntos la despojaron de parte de sus vestidos. Cuando vieron sus brazos demacrados, com-

prendieron que habia sido atacada de la peste, y que la terrible enfermedad se manifestaba ya con sus manchas amoratadas sobre lo blanco de la piel.

A tal vista, don Pedro lanzó un grito de horror. El viejo jardinero se esforzó en asegurarle que muchos de los que habian sido atacados de la peste, como él, habian podido vencerla. Despues, habiendo atizado el brasero casi apagado, envió un doméstico en busca del joven médico.

Pasaron muchos dias. Don Pedro habia recobrado bastantes fuerzas para levantarse y dar algun paseo por el patio. Pero su esposa yacia todavía en el lecho, luchando entre la vida y la muerte. Se le habian enviado muchos mensajes desde el convento, pero ninguno de ellos habia llegado á sus oidos. Don Pedro habia vuelto á tomar sobre ella la autoridad y derechos de marido, y habia rehusado enérgicamente el dejarla trasportar ni al hospital ni al convento.

El P. Antonio, por su parte, acariciaba en su interior la secreta esperanza de hacer expiar al noble señor su resistencia obstinada, tan pronto como cesase la peste.

Felizmente para don Pedro, los designios de venganza del clérigo no habian de realizarse. Una mañana se supo que la peste le habia invadido, y pocos dias despues llegó la noticia de su muerte. Doña Constanza entraba apenas en su convalecencia. Su marido evitó cuidadosamente que llegase aquella noticia á sus oidos, temiendo que la emocion le produjese una recaida.

Poco á poco, sin embargo, á medida que recobraba sus fuerzas, se veia apoderarse de su espíritu una tristeza profunda. Don Pedro conoció que deseaba saber si el presbítero habia vuelto. Le anunció con todos los miramientos posibles que el P. Antonio ya no espiaria más por las calles de la ciudad, ni lanzaria los rayos de la Iglesia contra los que preferian obedecer á la voz interior de su conciencia antes que á las exigencias de su enseñanza despótica.

Doña Constanza volvió fácilmente de la impresion dolorosa que en el primer momento le causara esta noticia. Mas por eso no quedó menos abatida y preocupada.

—¡Oh! Pedro, mi querido esposo, ¿sabes que si yo hubiese muerto durante esta terrible enfermedad, no habria habido para mí ningun medio de salvacion? Mi último acto con el Padre Antonio habia sido un acto de desobediencia. Él rehusó oir mi confesion y se marchó.

—No tengas miedo por eso, Constanza. Hay uno á quien podemos libremente hacer nuestra confesion, que está siempre dispuesto á oirla y concedernos el perdon que él nos ha ganado con su propia sangre.

Constanza miró con ojo escrutador á su marido. Este, sacando del bolsillo de su ropa la vieja Biblia castellana que le habia dado tanto aliento y consuelo en sus horas de angustia,

—Escucha—le dijo—las palabras que nuestro buen Salvador pronunció por sí mismo.

Y, abriendo el Santo Libro, leyó con una voz conmovida y penetrante el llamamiento de Jesus á los pecadores: «Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis descanso para vuestras almas.»

—¿Pero seria á la Vírgen y á los santos apóstoles á quienes se dirigia?—preguntó Constanza.

—No, querida Constanza: no fue á los santos solamente á quienes se dirigió: Dijo: «Venid á mí *todos* los que estais trabajados y cargados.»

—*Trabajados y cargados*—repitió Constanza—*trabajados y cargados*... sí, cargados de buenas obras, ¿no es verdad? Y estas buenas obras yo no las he hecho. Yo no he podido cumplir bien una sola, áun en los tiempos en que he estado encerrada en el convento. Todos mis actos hasta aquí, mi corazon me dice que están manchados por el pecado, y por consiguiente, que no son puros á los ojos de Dios. Yo pensaba haber podido amontonar un tesoro de buenas obras, más que suficiente para mi salvacion y la tuya, Pedro. Pero me he engañado miserablemente. Tu recuerdo, el recuerdo de una vida de dicha y de ternura, á la que ya habia renunciado,

me asaltaban continuamente en mi espíritu y venian á turbarme en medio de mis más solemnes devociones. Agitada continuamente por el sentimiento de que yo tenia siempre que guardar respecto de tí un secreto que quemaba mis labios, yo no he podido cumplir más que sacrificios incompletos y actos no buenos. Estoy, pues, muy léjos de estar cargada de esas obras de virtud de que habla Jesus, y que él pide á cambio de su perdon y su salvacion.

Don Pedro no habia querido interrumpirla. Era la primera vez que ella hablaba de la vida del convento. Y esperaba saber si ella habria encontrado allí las satisfacciones que esperaba. Mas sus últimas palabras estaban impregnadas de una tristeza tal y tan profunda; el corazon, de donde se escapaban en dolorosa queja, estaba trabajado y cargado hasta un grado tan alto del sentimiento de culpabilidad y de pecado, que él ya no pudo contenerse más.

—Constanza—le dijo—¿tú te sientes trabajada y cargada por el pecado, no es verdad?

Ella le miró fijamente.

—¡Oh! Pedro—le contestó—tú no sabes cuán pesadamente estoy cargada; no puedes conocer cuán pesada es la carga que se ha amontonado sobre mis espaldas; me abruma hasta la tierra, y por fin, me precipitará sin esperanza en el fuego eterno del infierno.

—Entónces, querida mia, tú perteneces á la categoria de aquellos por quienes Jesucristo pronunció estas palabras consoladoras. Es precisamente á los pecadores á quienes se dirige, á todos los que se reconocen por tales, y que lloran amargamente sus miserias—replicó don Pedro con calma.

—¡No, no, eso no es posible!—exclamó ella, mirándole con aire de incredulidad.—No, el Señor Jesus está muy lejos de nosotros, y nosotros no podemos atraerlo directamente. Sólo la Santísima Vírgen y los santos que componen el ejército celestial, pueden servir de intermediarios entre El y nosotros. El es infinitamente santo, y no puede sufrir el contacto del pecado: le tiene horror.

—Es verdad, Constanza. El Señor Jesus tiene horror al

pecado, pero ama al pecador. Es para que el pecador pueda acercarse á él, para lo que él vino en persona á quemar y destruir en la cruz el poder del pecado. Escúchame el ejemplo que voy á ponerte. Tú amas mucho á nuestra hija Juana, ¿no es verdad? Pero no amas la ligereza con que ella mira las cosas religiosas. Y á pesar de esto tú te guardarás muy bien de renegar de ella. Al contrario, viéndola en el peligro en que se halla, dices: «Yo ganaré su corazon, y entónces ella no obrará así, sabiendo el disgusto que me da.» Pues esa ha sido la conducta de Jesucristo con los pecadores. Jesucristo detesta el pecado, mas ama á los pecadores con toda la grandeza de su amor. Y para testificarles este amor, consintió en dejar ese cielo y separarse de su Padre, de quien es Hijo único y muy amado. Ese sacrificio, revelando toda la grandeza de su amor, les gana al mismo tiempo el privilegio de levantarse personalmente hasta su trono, y les garantiza por toda la eternidad la morada al lado de él en aquella mansion de la justicia, de la pureza y del amor. ¿Comprendes?

Doña Constanza estaba absorta, atenta á las palabras de don Pedro, para no perder una de ellas. Mas cuando hubo él concluido, meneó su cabeza con tristeza.

—Yo no he querido jamás considerarme como una pecadora. Yo, por el contrario, he querido siempre por mis esfuerzos llegar á ser una santa.

—¿Y lo has logrado?—preguntó gravemente don Pedro.

—¡Ay! tú sabes bien hasta qué punto me he extraviado.

—Pues este extravío puede, si quieres, llevarte á Jesucristo. Confiesa que, queriendo por tus propias fuerzas librarte de las trabas del pecado, lo que has obtenido es caer más de lleno bajo su poder. Dile, pues, que desesperando ahora de tí misma y de tus esfuerzos para llegar al bien y á la justicia, quieres implorar su socorro.

La importante conversacion terminó con la entrada del viejo jardinero, que traia una garrafa de agua de hielo, y un canastillo de higos y racimos frescos.

El viejo no habia cesado de prodigar sus cuidados á los dos enfermos. Gracias á su adhesion y á su prudencia, los

otros domésticos habian sido protegidos de la infeccion. La peste empezó poco á poco á disminuir sus estragos. Muchas de las personas que habian huido ante el contagio, estaban ya dispuestas á volver á Sevilla, y la ciudad iba tomando de dia en dia su carácter habitual.

Doña Constanza no habia manifestado ningun deseo de volver al convento. Como el confesor que habia ejercido antes sobre ella una influencia tan funesta, ya habia muerto, don Pedro esperaba que en adelante ella seria dejada en reposo, y seria conducida por el Espíritu de Dios á abrazar la fe pura y santificante del Evangelio. Mas las cadenas del romanismo, que habian atado tan estrechamente y por tanto tiempo su espíritu, no podian ser tan fácilmente quebrantadas.

Semejante á la tierna yema, cuyas hojas nacientes no pueden soltarse sino con grande dificultad de la estrecha envoltura que las retiene, y salen frescas y verdes solamente despues de haber absorbido el calor y la luz del sol primaveral, el alma de doña Constanza no debia romper sus ligaduras sino lenta y gradualmente.

Ella habria deseado oir sin descanso la lectura y explicaciones que le hacia su marido de la vieja Biblia castellana. Mas cuando se hallaba sola consigo misma, y reflexionaba sobre las verdades allí reveladas, y las comparaba con la enseñanza de la Iglesia que habia aprendido desde su más tierna infancia, á venerar como una iglesia santa é infalible, sentia una pena infinita. Asaltada continuamente por la duda, se preguntaba con ánsia dónde estaba la verdad. ¿Debia buscarla, como le decian su marido y los sabios reformadores de Alemania, en la Biblia, ó en la Iglésia, esa vieja Iglesia romana depositaria de las reliquias de los santos y de los mártires, que tenia derecho á disponer como dueña absoluta de los tesoros acumulados de méritos y obras de supererogacion, que podia á su arbitrio conceder el perdon ó pronunciar la desgracia, y otorgar indulgencia plenaria y perpétua al que observa sus leyes y sus mandatos? Bajo la influencia de esta incertidumbre, se decidió á pedir á su marido su consejo sobre la eleccion de un nuevo confesor.

En realidad don Pedro no sabia si alegrarse ó entristecerse de esta nueva resolucion. Habia esperado que su mujer no recurriese ya más á la direccion de un presbítero; que ningun hombre vendria ya en adelante á partir con él los secretos íntimos y sagrados de su alma; que ningun confesor seria ya poderoso á cambiar aquel corazon amante, ni contra él, ni contra la enseñanza del Dios vivo. Por otra parte, el hecho de haberle consultado ella sobre la eleccion del confesor, le parecia un paso adelante en direccion de la verdad. Antes, cuando habia querido disuadirla de tomar al padre Antonio por director de su conciencia, ella le habia respondido que no tenia que intervenir en sus asuntos espirituales, que la Iglesia sola era la que tenia derecho en esa materia. Así que, la consulta que le habia hecho, era una señal que revelaba que no tenia ya una confianza tan absoluta en los derechos y poder de la Iglesia. Todo bien considerado, él no podia aún esperar que ella renunciase de un golpe, á lo que ella habia considerado siempre como una ayuda y un conductor. Aunque en esto vió un obstáculo que retardaria sus progresos espirituales, accedió á la demanda, y le recomendó que eligiese al padre Casiodoro, cuyas secretas simpatías por las ideas de la Reforma conocia.

Fué, pues, para Constanza un gran gozo el tener de nuevo un confesor. Mas los consejos de éste eran tan opuestos á los que le habia dado el padre Antonio, que no pudo menos de sentir por ello cierto asombro. El primero no le habia aconsejado sino frecuente asistencia á la misa, muchos ayunos, la adoracion de los santos, la confesion auricular y otras prácticas como éstas. El padre Casiodoro, por el contrario, le presentaba todas estas cosas como procedimientos absolutamente ineficaces para conseguir el perdon y las bendiciones de Dios.

Por el pronto, el padre Casiodoro no se habia atrevido á ir más lejos. Mas, poco á poco, el maestro y la discípula empezaron á perder la confianza ciega que habian tenido en las enseñanzas de Roma, y aprendieron á mirar al Cristo de la Biblia como el *solo sacrificio expiatorio*, ofrecido una vez

para siempre por los pecados del mundo, como *el único Mediador entre Dios y los hombres*. Una vez en posesion de esta verdad fundamental, llenos de fe y confianza, uno y otra hallaron el reposo de su alma.

CAPITULO XII.

Rodrigo de Valero.

La espantosa plaga se habia disipado ya. Los fugitivos habian vuelto á Sevilla, y entre ellos Juana, acompañada de los domésticos que la habian seguido en su huida.

Grande fue la sorpresa, pero más grande aún la alegría, cuando vió á su madre, aunque vestida todavía con su traje de beata, ocupar en la casa el lugar que le correspondia.

Doña Constanza por su parte no fue menos felizmente asombrada del cambio indefinible que el alejamiento prolongado de la ciudad habia obrado en toda la persona de su hija. No parecía más aficionada á la misa que lo que antes era, tampoco frecuentaba la confesion más que antes; y sin embargo, ahora tenia á las prácticas religiosas un respeto que antes no habia conocido nunca su madre.

Juana estaba un dia sentada al balcon de la torre en compañía de su amiga Beatriz de Caronel. Ambas agitaban perezosamente sus abanicos, y miraban con indiferencia correr las aguas del rio, señal infalible de que su pensamiento estaba en otra cosa, cuando repentinamente Beatriz rompió el silencio, diciendo con acento de tristeza:

—Conozco á uno, que acaba de dejar á Sevilla.

—¿Uno que acaba de dejar á Sevilla?—repitió Juana, echando una mirada escrutadora sobre su amiga.—Pues yo conozco uno que volverá bien pronto á Sevilla.

—No. Ha marchado sin esperanza de volver—respondió

tristemente Beatriz, mientras tristes lágrimas brotaban de sus ojos.—Se ha despedido de mí anoche, diciéndome que no se atrevia á pensar más en mí, porque mis padres no habian respondido favorablemente á sus deseos.

—¿Hablas del jóven médico Cristóbal Losada?—preguntó Juana.

Beatriz bajó su cabeza en señal afirmativa. Y rompió en sollozos, sin tratar de contenerlos delante de su amiga.

—¡Era tan franco, tan noble, tan leal!—exclamó con acento de dolor.—Mas ¡ay! ¡no podia ser!

—¿Por qué no, Beatriz? ¿No pertenece Losada á una familia honrada? ¿no es el médico más distinguido de la ciudad? ¿Qué más se puede desear?

—¡Ay! Muchas cosas—contestó Beatriz, no pudiendo contener sus lágrimas.—Dices que Cristóbal tiene todo lo que se puede desear. Desgraciadamente él es extremadamente adicto á la antigua fe, á la adoracion de los santos, á las vanas ceremonias de la Iglesia, mientras yo he aprendido de mi madre á creer en el Señor Jesus, y á adorarle á él solo. La diferencia entre los dos puntos de vista es tan considerable, que es imposible toda avenencia. Pero lo que más me aflige, es el verle entregarse tan ciegamente á las prácticas supersticiosas del clero.

Beatriz habia oido á Juana decir muchas veces que no tenia fe en ninguna religion. Así, esperaba casi, que, revelándole la naturaleza de los obstáculos que se oponian á la realizacion de su dicha, la veria reirse y burlarse. Juana, por el contrario, la abrazó con ternura, y con acento de tierno cariño, le dijo:

—Siento por ello mucha pena, Beatriz.

Mas al mismo tiempo parecia preocuparle otro pensamiento.

—¿No es peligroso profesar esas doctrinas?—añadió.—¿Y el señor Losada, en despecho, no puede lanzar sobre ti y tu familia la sospecha de herejía, como lo han hecho otros contra el capellan del emperador?

Oyendo sospechar tal bajeza en aquel que ella amaba, y

cuyo carácter generoso conocia, Beatriz sintió sonrojarse sus mejillas.

—No conoces al señor Losada—respondió;—de otra manera, no me hubieras hecho esa pregunta. No, ciertamente. El guardará para sí nuestro secreto. El se ha dedicado á leer los escritos de Lutero y Erasmo, aunque tiene el presentimiento de que no serán de su aprobacion. ¿Y tú, Juana, dices que alguien va á volver bien pronto á Sevilla? ¿Es alguno de nuestros amigos?

—¿No era uno de ellos Rodrigo de Valero?—respondió Juana.

—El venia á vernos ocasionalmente—respondió Beatriz.—Mas tú sabes que nosotros no participábamos ni aprobábamos todos los placeres, que él habia hecho la única ocupacion de su vida. ¿En qué respecto viene él á Sevilla? ¿Tiene acaso intencion, ahora que está ya cansado de los placeres del mundo, de entrar en algun convento? Hemos oido decir que despues de su partida vive en completo aislamiento, dando su cuerpo y alma al estudio y á las prácticas religiosas. Tal manera de obrar me parece singularmente extraña.

—Y sin embargo, es la verdad—respondió Juana.—Yo misma le he visto más de una vez en sus paseos solitarios, durante mi ausencia de Sevilla. El sabia que éramos algo parientes. Sabia tambien que yo amaba, como él antes, la vida elegante y mundana. Hemos conversado los dos más de una vez.

—¿Y el señor Valero comprendia naturalmente tu amor á estas cosas?

—Y me ha enseñado á mí, á mí, que no las comprendia, que ni áun las conocia, me ha enseñado otras cosas más. Se ha entregado á un estudio concienzudo del latin para poder llegar á leer la Vulgata, la única version de los libros santos tolerados en España.

—¿Y sabes por qué se permite la version de la Vulgata, al mismo tiempo que se prohibe la lectura en hebreo?—preguntó Beatriz.

—No; yo he pensado poco en estas cosas, como tú sabes.

—Pues yo me he ocupado de ello, así como mi madre. Y he oido decir que la Vulgata es una version falsificada, hecha con objeto de dar más autoridad á las invenciones y á las corrupciones de la Iglesia romana. He aquí por qué las Biblias en hebreo son quemadas en la plaza pública, y el estudio de esta lengua está prohibido. El papa y los sacerdotes no consienten que los errores de su version latina sean descubiertos y sacados á luz. Mas, aunque no hay en España más que un pequeño número de sabios que puedan comprender la Biblia en su lengua original, los que la comprenden están empeñados en comparar la traduccion autorizada por la Iglesia con los documentos auténticos, y no tienen temor de declarar que está plagada de errores. El señor Valero no me ha dicho que estos errores hayan llamado su atencion. Cuando me ha hablado de la Biblia, ha sido siempre para hablarme de Cristo, de la obra de redencion que consumó para nuestra salvacion y para revelarnos el amor y voluntad del Padre.

—Volverá á Sevilla pronto—continuó diciendo Juana—y se propone obrar con ardor cerca de los miembros del clero, hablar á los frailes y á los curas, clamar contra su vida escandalosa, y denunciar el odioso procedimiento, por el cual, torciendo en su provecho el sentido de las verdades divinas, tienen al pueblo bajo en la ignorancia, la supersticion y la esclavitud del pecado.

—Sí—contestó Beatriz—mas en su camino encontrará mil dificultades y miserias. Y al decir esto, miró instintivamente al castillo de Triana, que proyectaba una sombra negra sobre el hermoso azul del horizonte.

—Lo hará bravamente, como un valiente caballero de los tiempos pasados—dijo Juana, acompañando su dicho con una mirada expresiva.—Yo me he representado frecuentemente, al oir contar á mi aya las hazañas de mis antepasados, el gozo que yo habria sentido al vivir en aquella época, el placer que hubiera tenido en ser la dama de alguno de esos nobles caballeros, al ponerle su casco y su armadura, animarlo al combate, aunque hubiese tenido la perspectiva de quedar solitaria con alguna vieja dueña, encerrada como una reclu-

sa en los tristes muros de algun castillo viejo. Yo veia en mi imaginacion, partir el brillante cortejo de esos caballeros, encabritándose sus caballos, desplegada su bandera, y la lanza brillando en su puño. Yo me los representaba, levantando todos sus escudos contra la crueldad, la opresion y la injusticia; yo veia al caballero de mis pensamientos, no pudiendo combatir sino por las nobles causas, aunque hubiese quedado en el mundo solo contra todos.

—Eso es lo que ha hecho Lutero—contestó Beatriz—y lo que piensa hacer Rodrigo sin duda.

Juana, cuyas mejillas se coloraban con el más encendido rojo, al hablar de estas cosas, dijo:

—Empiezan á caer las sombras de la noche, ¿quieres, Beatriz, que nos vayamos al patio, donde estarán ya muchos de nuestros amigos?

La noticia de la vuelta de Valero era vivamente discutida por la parte femenina de la reunion. Doña Inés hacia á doña Constanza la historia de la vida anterior del joven, y del cambio súbito que habia habido en sus sentimientos.

Don Pedro y algunos otros grandes señores, muy disgustados, cambiaban sus impresiones sobre las contribuciones cada vez más exorbitantes, que el emperador hacia pesar sobre ellos. Era muy bueno llevar la guerra á los turcos, y si éstos no querian venir al cristianismo, hacerlos desaparecer de sobre la haz de la tierra. Pero no era sólo contra los turcos contra quienes el emperador movia la guerra. Los franceses y los italianos eran tambien objeto de sus miras ambiciosas; y más de uno decia que si el proyecto que habian formado el emperador y la majestad cristianísima del rey de Francia, de arreglar sus diferencias en combate personal, se llevaba á cabo, sería un buen negocio que ahorraria muchas desdichas y mucha sangre.

—Pues yo creo que no se ganaria gran cosa—dijo don Pedro, que era de distinta opinion.—Ved el mal que su manera de obrar ha provocado ya. Han dado un mal ejemplo, y nuestra juventud fogosa y caprichosa se ve precipitada á seguirlo. En otros tiempos, los antiguos caballeros practicaban el

combate singular, es verdad. Pero ¡cuán diferente era aquello del duelo que hoy está en moda! No era por el fútil placer de lavar un insulto, ó disipar una querella, por lo que ellos cruzaban sus espadas. Hoy, un individuo pronuncia contra su compañero una palabra algun tanto agria; éste se declara ofendido, y ya tenemos el motivo de un duelo. Y ¡cuántas vidas se pierden por ese medio!

—Sí, pero los males que la guerra lleva consigo son muchos y grandes, y yo temo que esta cuestion de las contribuciones es para el emperador un motivo de quitarnos la poca libertad y poder que aún nos queda—respondió uno de los más ilustres señores de Sevilla, don Juan Ponce de Leon.

—¿Cómo así?—preguntó con viveza don Pedro.

—El emperador nos negará el derecho del voto, y la libertad de hacer oir nuestra voz en las Cortes—respondió don Juan.

—Sí—interrumpió un tercero;—mas, rehusando el clero, como probablemente lo hará, pagar sus cuotas, seguramente el emperador.....

—Le dará en la cabeza—respondió bruscamente don Pedro.—Bien poco se inquietaba por el papa y el clero, cuando hace doce años el papa Clemente estaba sitiado por los ejércitos españoles en su castillo de Sant-Angelo. Mandó rogativas y procesiones en favor de su libertad, para engañar á la muchedumbre. Pues todos sabian que una palabra suya hubiera tenido más influencia que todas las oraciones y procesiones. Por lo demás, se vió muy bien, cuando el papa, accediendo á sus deseos, le ofreció la corona de hierro de Lombardía. Así trataban de engañarse uno á otro, y todo bajo la máscara de religion. En todo ese tiempo, las cadenas de la ignorancia y la supersticion oprimian cada vez más al pueblo, que veia desaparecer una á una todas sus libertades.

En aquella época las murmuraciones de la nobleza indignada llegaron más de una vez á oidos del emperador. Pero no lograron sino apresurar la hora de su completo aniquilamiento. Se les quitó el derecho del voto, y se les prohibió toda intervencion en los negocios del reino. No habia en adelante

en España más que dos poderes, el del emperador y el de la Iglesia. Como ambos poderes se apoyaban mútuamente, no les era difícil reducir á la nada los esfuerzos de sus adversarios y ahogar en su nacimiento la más pequeña chispa de libertad.

Mas el yugo no habia producido aún herida alguna, si se exceptúa solamente el cuello de algunos altísimos señores, sobre el que pesaba primeramente. Y el pueblo se preocupaba muy poco de la suerte de esos altos personajes.

La sociedad aristocrática, por el contrario, se manifestó muy agitada, cuando supo, algun tiempo despues, que el que en otro tiempo le habia dado tono, Rodrigo de Valero, estaba de regreso, no para presidir fiestas y diversiones, sino para denunciar los vicios del clero.

No se contentaba don Rodrigo con censurar á los clérigos y frailes; desenmascaraba ante el pueblo las aberraciones de todas las órdenes eclesiásticas, tanto bajo el punto de vista doctrinal, como bajo el punto de la vida práctica, demostrando á quien queria oirle, que el deber de cada uno era aplicar á la llaga un remedio inmediato y radical, ántes de que se hiciese incurable.

Mas el remedio propuesto por un prosélito tan ilustrado como enérgico, estuvo muy léjos de agradar á los ciegos conductores del pueblo. No tenia el derecho, como lego, de leer por sí mismo las Santas Escrituras. Y no sólo las leia, sino que aconsejaba á los demás hacer lo mismo. Tal osadía no debia tardar en desencadenar sobre él el odio de aquéllos cuyos abusos denunciaba.

En el círculo de los amigos íntimos, Valero hacia más que recomendar el estudio personal de las Escrituras: las explicaba él mismo, no á la manera de la Iglesia, sino segun las luces que el Espíritu Santo le daba. Sin haber recurrido á los escritos de Lutero, habia llegado á la misma verdad fundamental: *la justificacion por la fe en Cristo*, opuesta á la doctrina romana, segun la cual el pecador, por medio de las penitencias y las buenas obras, puede obtener el perdon y llegar á la salvacion.

Sin embargo, no todos los amigos de Valero le reconocian el derecho de interpretar las Escrituras. Sola la Iglesia, segun algunos de ellos, tenia el poder de distribuir al pueblo los alimentos espirituales, habiendo sido siempre la depositaria, y poseyendo un fondo inagotable de favores y luces, que por su parte estaba siempre dispuesta á dar en participacion á sus hijos en la fe.

Tal era la objecion que le hizo un dia uno de los asiduos concurrentes á la casa de don Pedro. Juana, con los ojos fijos sobre Valero, á quien veia hojear las páginas amarillentas y manchadas de la Biblia castellana de su padre, esperaba con curiosidad la respuesta.

—Escuche usted—dijo en tono caluroso y lleno de fervor —escuche usted la manera en que Dios, en antiguos tiempos, alimentaba á su pueblo en el desierto.

Y abriendo la Biblia en el libro del Exodo, leyó en voz alta cómo el Señor enviaba el maná á los israelitas, siendo deber de cada uno el recogerlo.

—¿No ve usted, segun esta historia, que cada uno debia recoger la cantidad que le era necesaria? Allí no habia órden especial dada á los sacerdotes y á los ancianos de distribuir el maná al pueblo, ni á Moisés tampoco se mandó construir graneros para hacer provisiones de reserva. Era un don que venia directamente de la mano de Dios, y directamente caia en las manos y al alcance de todos. Nada de intermediarios. Esto explica el por qué el maná se corrompia, cuando alguno queria recoger más de lo que necesitaba, y las personas que comian este maná así guardado, caian enfermas ó morian. ¿No comprende usted ahora el error de la iglesia romana? Ella se ha alejado de la sencillez del Evangelio y ha olvidado los mandamientos de Dios. En lugar de alentar á los hombres al estudio de las Santas Escrituras, para recoger individualmente el maná espiritual, ha edificado graneros de almacenaje, que ha llenado, no de un alimento sano y provechoso, sino de su propia corrupcion.

—Y de las reliquias de los santos y mártires, ¿qué piensa usted?—preguntó Juana, cuando despues de haberse mar-

chado las otras visitas, quedó sola en el patio con Valero, don Pedro y doña Constanza.

—Las verdaderas reliquias, señora—respondió Valero—son los escritos de los apóstoles, de los cuales los hombres se han alejado para creer con preferencia en la eficacia de un hueso, de un mechon de pelo ó de un pedazo de un viejo vestido. En las cartas de San Pablo precisamente, hay un verdadero relicario de gran valor. Es, entre otros, el pasaje en que habla de la roca de donde salia el agua cristalina, que satisfacia la sed de los israelitas. Permitidme que os lo lea.

Y hojeando de nuevo la Biblia de don Pedro leyó:

«Bebian de la roca espiritual que los seguia, y la roca era Cristo.»—Vean ustedes aquí que no se habla de santos, ni de intermediario alguno que se interpusiese entre el alma alterada y el Señor Jesus, cuyo solo amor basta á subvenir á todas las necesidades. En esta fuente cada uno bebia por sí mismo. Pues lo mismo es ahora. Cada pecador puede por sí mismo ir á sacar consuelo, fuerza y «toda gracia excelente de la roca divina, que es Cristo.»

Juana comenzó por fin á creer en un Dios personal.

—Es necesario—decia—á despecho de los escándalos que cometen en su nombre los miembros del clero, que exista un Dios. ¿Cómo explicar de otra manera la trasformacion radical que se ha operado en Rodrigo de Valero, sino por la accion del Espíritu de Dios, que le ha revelado su amor y su voluntad? Una enseñanza humaua no es seguramente capaz de una metamórfosis semejante. No puede ser otro que Dios, que se ha manifestado á él en su retiro y soledad, y le ha ayudado á distinguir, en medio de las aguas turbias de la Vulgata, la onda saliente y pura que da la vida. Es Dios mismo, que con su mano protectora lo ha llevado sano y salvo por encima de los peligros y abismos. Hé ahí por qué él se ha levantado enérgicamente, no como un conductor del pueblo, sino como un reformador de los que están revestidos de ese augusto cargo, y para que apacienten al pueblo de Dios, no «como ciegos que guian á otros ciegos,» sino en los pastos de la justicia, del amor y de la verdad.

Tal era la mision que se habia impuesto Valero; no frecuentaba otra sociedad que la que se reunia en casa de Isabel de Baena, ó en la de don Pedro. Le gustaba más concurrir á esta última. Se ponia en comunicacion directa con Juana, y un lazo especial de simpatía se habia establecido entre ambos. Habia bastado á estas dos naturalezas ardientes y generosas el ponerse en contacto para comprenderse y amarse.

CAPÍTULO XIII.

El torneo.

La inclinacion recíproca de Juana y Rodrigo de Valero, bien que sin ser pública, causaba grande alegría á don Pedro y doña Constanza. Valero habia acometido con energía la empresa difícil de ilustrar al clero y á los frailes, á fin de que por su medio la verdad y la luz divina, contenidas en las Santas Escrituras, se extendiesen por su amada España. Hasta que esta mision hubiese sido llevada á buen término de alguna manera, los dos jóvenes debian permanecer secretamente prometidos.

Una espléndida ceremonia, en relacion con el rango y la dignidad de los dos desposados, debia tener lugar en su honor el dia de su matrimonio. Pero á la hora presente, sólo algunos amigos íntimos se habian reunido en el palacio de don Pedro, para implorar sobre ellos las bendiciones del cielo.

Uno de los invitados era doña Beatriz. Viendo la alegría que se reflejaba en el rostro de su amiga, la llama de felicidad que brillaba en sus negros ojos, no podia menos de pensar con tristeza en aquél que ella amaba, y que se habia excluido á sí mismo de la sociedad. La vida parecia abrirse con los más hermosos colores ante los ojos de Juana. El sol de ella, el sol que debia iluminar su cielo, por el contrario, se habia eclipsado ya en las tinieblas de la noche. Beatriz no podia echar de sí este pensamiento. Miraba algunos años adelante. ¡Cuán diferente seria la conclusion de lo que habia podido preverse!

La perspectiva de felicidad que Valero tenia delante de sí,

no le impedia proseguir con energía su obra de reformacion en Sevilla. Juana, y con ella muchos otros personajes pertenecientes á la clase elegante é ilustrada de la sociedad, le miraban como un doctor enviado del cielo. Pero nadie le escuchaba con más respetuosa humildad que Juan Gil, conocido por el nombre de doctor Egidio, canónigo principal y predicador de la catedral. Habia sido llamado unánimemente á este puesto de honor, hacia algunos años. Mas su predicacion, aunque nutrida de las obras de Santo Tomás de Aquino y Scoto, no tenia aquella vida y fuerza que da el Evangelio, y el predicador no habia llegado á conseguir popularidad. Más concienzudo que la mayor parte de sus compañeros, habia resuelto resignar sus funciones.

Valero tuvo noticia de este proyecto. Conocia por otro lado, la tristeza y desaliento que se habian apoderado del espíritu del doctor; sabia cuánto sufria aquella alma sensible de estar así coartada por las doctrinas de la Iglesia, que encadenaban sus talentos naturales y le impedian conquistar las simpatías de las masas. Pensó, pues, que le seria fácil hacerse oir de él. Un dia que el doctor acababa de hacer su predicacion ordinaria, Valero esperó para salir, cuando toda la congregacion se hubiese dispersado: y cuando el doctor se disponia á salir de la catedral, le abordó sin rodeos, y principió á refutar, con la audacia que le era habitual, algunas de las proposiciones que habia emitido en su discurso.

Esta conversacion, tan original en su forma, no tardó en llevar sus frutos. Muy pronto se hizo la luz en el espíritu del predicador. Renunció á hablar de las vidas de los santos, ayunos, penitencias y rosarios, para mirar únicamente á Jesús tal como nos es revelado en la Biblia, como el único Mediador entre Dios y los hombres, el único intercesor cerca del Padre, el único sacrificio expiatorio, ofrecido y valedero para la salvacion del creyente.

El cambio súbito operado en la manera de enseñar de Egidio, no dejó de producir sensacion en el auditorio. Inútil era ya buscar popularidad, inútil tambien resignar sus funciones.

Un principio de vida nueva se habia apoderado de él y lo habia trasformado. No habia ya en sus predicaciones esa actitud entonada y severa, esa manera de hablar fria y acompasada, que le cerraban el camino de los corazones. Todos sus discursos eran otros tantos llamamientos poderosos, directos, incisivos, que iban en derechura á la conciencia. Hablaba con esa solicitud afectuosa, con ese calor comunicativo, propio del cristiano que quiere hacer á sus semejantes participantes de los beneficios que él ha recibido del Señor. Y muy pronto tuvo el placer de ver que sus esfuerzos no habian sido vanos.

Durante este tiempo, se amontonó un nubarron muy espeso sobre el horizonte brillante de Juana. La sorpresa que las tentativas de reforma hechas por Valero habia producido en el espíritu de los frailes, no tardó en presentársele como un evidente peligro. Se preguntaban con amargura y con cierta saña reconcentrada, con qué derecho un simple lego se permitia atacar las instituciones tan honrosas en la Iglesia, y sancionadas por la más alta autoridad.

Un hermoso dia pudo verse á dos ó tres alguaciles espiar el paso de Valero á través de las calles tortuosas y estrechas de Sevilla. Cuando Juana los vió desde lo alto de su torreon, donde estaba casi de continuo de centinela, y reconoció en el que ellos perseguian á su prometido, su corazon casi cesó de latir. Sabiendo que venia para conversar con ella sobre Aquel, que los amó tanto que dió por ellos á su Hijo muy amado, bajó precipitadamente la escalera de caracol, que comunicaba con las otras habitaciones del palacio, y ordenó á uno de sus criados abrir precipitadamente la puerta al señor Valero.

Juana habia llegado á ser una jóven reflexiva y muy deferente para con sus padres. Sin dar parte á su madre, cuyo rostro pálido y demacrado veia, del peligro que presentia, esperó con toda la paciencia que le era posible, la llegada de su amado, junto á la puerta de bronce que daba al patio. Los minutos sucedian á los minutos, y la ansiedad de la joven era cada vez más intensa. En fin, la puerta de bronce giró sobre sus goznes, y el criado dijo:

—Señorita, yo no he visto al señor Valero.

Juana, trastornada, corrió apresuradamente á su padre.

—¡Oh, padre mio!—exclamó—lo han cogido; se han apoderado de él, de mi Rodrigo.

Don Pedro la miró, no pudiendo creer á la evidencia.

—¿Quién lo ha preso?—preguntó.

Los alguaciles del Santo Oficio. Yo lo he visto llegar á la plaza.

La noticia no dejaba de ser alarmante, si era verdad. Pero don Pedro no podia creer tal cosa, y pensaba más bien que todo era una equivocacion de su hija. No podia creer que la Inquisicion hubiese tenido la osadía de echar mano de un personaje del rango y calidad de Rodrigo de Valero, y sobre todo en un momento como aquél, en que los más nobles señores de España estaban reunidos en Sevilla para tomar parte en el torneo que iba á celebrarse muy pronto.

Don Pedro debia asistir con toda su familia á aquel brillante espectáculo, que trae su orígen de la brillante caballería española. Valero, por complacer á Juana, habia consentido tambien en tomar parte en la liza, montando un fogoso caballo andaluz y magníficamente adornado con los colores de su dama. La jóven suspiraba impaciente por la llegada de aquel dia, que ella consideraba como un triunfo para su amado. Ya le veia con el pensamiento, envuelto en su brillante armadura, romper no solamente una lanza, sino sostener con la firmeza del acero los impetuosos y reiterados asaltos del adversario, y finalmente, despues de haberle desmontado, quedar dueño de la plaza. Se representaba las aclamaciones entusiastas, que recibiria al recorrer la pista y venir con su visera levantada á colocarse frente á ella. Mas todas estas esperanzas se habian desvanecido. La Inquisicion lo habia arrebatado, lo habia encerrado en algun sombrío calabozo, y sólo Dios sabia si recobraria alguna vez la libertad. El torneo en la hora actual se le presentaba bajo un carácter muy diferente y mucho más serio. La lucha, en la cual su prometido estaba ahora empeñado, era mucho más peligrosa; mas á su vez, ¡cuánto más noble que los juegos de la caballería!

El habia entablado lucha con el clero, habia atacado los abusos y la corrupcion de la Iglesia, habia sido vencido y encerrado. Pero sus amigos vendrán en su socorro, y no le abandonarán sin defensa en manos de sus enemigos.

La jóven, al hacerse estas reflexiones, conocia muy poco los planes y los procedimientos de la Inquisicion. Sabia que el golpe en secreto era su manera habitual de obrar; pero no se figuraba que aquel tribunal tuviese el valor de violar impunemente las leyes más elementales de la equidad y la justicia. Pidiendo á su padre marchar adelante, desafiar abiertamente la autoridad de aquella institucion, no tenia la menor idea de las dificultades y del peligro que tal empresa podia ocasionarles.

—Es lo supremo de la injusticia—exclamaba—que se pueda obrar de esa suerte contra mi Rodrigo, cuando tantos otros señores en Sevilla dicen por lo bajo lo que él ha tenido el valor de decir en voz alta.

—¡Ah! Juana—le respondió su padre;—¿no sabes que entre pensar y decir hay todo un mundo de diferencia? Hace mucho tiempo que yo pienso lo que Rodrigo ha proclamado abiertamente. Mas yo he usado de precaucion y prudencia. Yo he pensado mucho, pero he hablado poco. No obstante, no tengas inquietud, el señor Valero sabrá que tiene todavía amigos. El emperador no ha ganado en favor de su capellan más que una victoria dudosa. Los nobles tendrán más éxito.

En realidad, don Pedro esperaba mucho de la intervencion de la nobleza en favor de la causa de don Rodrigo, y consideraba la numerosa afluencia de los señores más poderosos del reino como una circunstancia muy favorable.

Don Pedro comenzó á rodearse del lujo y de los esplendores, á los que habia renunciado desde el momento en que su mujer le habia dejado para retirarse al convento. Constanza misma se dejó persuadir sin gran dificultad á dejar á un lado su traje de sarga, para vestirse el dia del torneo con un soberbio traje bordado en plata. Era para don Pedro muy discreto y de buena política el aparecer en esta fiesta él y su familia con todo el brillo y magnificencia de su alto rango.

Fue en realidad un brillante cortejo el que salió aquel dia por la gran puerta morisca del castillo. Don Pedro, montado sobre un soberbio corcel ricamente ensillado, llevaba un hermoso traje, todo él adornado de plata, oro y piedras preciosas. Doña Constanza, ricamente prendida á la moda castellana, con una mantilla de madroños color rubí, iba sentada en una litera tirada por mulas tan ricamente enjaezadas como el caballo de su marido. La señorita Juana, que habia esperado para esta ocasion un espléndido triunfo, no iba menos elegantemente vestida. Pero sus pensamientos estaban muy lejos del espectáculo gozoso que ella se habia representado anteriormente.

En el momento en que el brillante cortejo dejaba la calle estrecha para entrar en la parte más ancha de la ciudad, levantaba las cortinillas de seda de su litera y se inclinó para echar una rápida mirada sobre el sombrío castillo de Triana. Era allí donde estaba encerrado su amado, el que debia ser el héroe triunfante de la jornada de aquel dia, el que para ella debia ser el vencedor, cualquiera que fuese la empresa que acometiese.

Para Juana era aquel dia una fatiga insoportable ver y oir los choques de las pesadas armaduras y de las lanzas que se cruzaban. A pesar de los aplausos y de las aclamaciones que se levantaban de todas partes de aquel vasto anfiteatro, cada vez que un caballero era desmontado, todo á ella le parecia triste y sin vida en aquella fiesta. Sentia al ver aquel lujo de riquezas y diversiones mundanales un disgusto que nunca hasta entonces habia sentido. Habria querido que, terminada la lucha, el vencedor del torneo se hubiese puesto á la cabeza de aquella tropa de caballeros, que hubiese tomado el mando de todos, y que juntos hubiesen corrido á Triana para libertar á Rodrigo. Si esta idea, por extravagante que fuese, de marchar al asalto del castillo de Triana, con sus escoltas, hubiese prevalecido, ella no hubiese tenido miedo de ponerse á la cabeza de aquella tropa, montando en un fogoso corcel y dando ella misma la señal del ataque.

Mas, aunque habia allí caballeros á millares, eran dema-

siado prudentes, y el emperador era un monarca demasiado absoluto para que se atreviesen á lanzarse á una aventura semejante. Si en el momento de su advenimiento al poder, cuando su autoridad no estaba aún bastante afirmada, los nobles y el pueblo, olvidando sus intereses personales, hubiesen sabido unirse para un esfuerzo comun, en interés de todos, no les habria sido difícil sacudir el yugo de la tiranía de su soberano, destruir el poder inicuo de la Inquisicion y conquistar la libertad política y religiosa. Desgraciadamente, el aniquilamiento de los comuneros de Valladolid y Toledo, que habian osado levantarse contra la autoridad real, habia seguido muy de cerca á la guerra de las Comunidades. Todas las libertades españolas habian quedado enterradas juntas en la llanura siniestra de Villalar. Tal fue el fruto amargo de aquel desastre.

Cuando la grandeza reunida tuvo consejo para buscar las medidas de precaucion contra la odiosa institucion de la Inquisicion, no pudo sacar otra conclusion sino que tenia que sufrir sus funestos efectos.

La sentencia de condenacion contra Valero fue, no obstante, ménos severa de lo que habia podido temerse al principio. ¿Es qué sus jueces se dejaron influir por las tentativas que sus amigos hicieron en su favor? ¿Temerian tal vez emplear la violencia contra un descendiente de las más ilustres familias españolas, ó creerian quizá realmente lo que el proceso arrojaba de sí, que habia perdido la razon? De todos modos, no tardaron en pronunciar su fallo contra el prisionero. Rodrigo de Valero, declarado demente, fue condenado á la pérdida total de sus bienes: despues de lo cual se abrieron delante de él las puertas de la Inquisicion, como se habrian abierto delante de un pobre loco sin espíritu y sin dinero.

La altiva y digna hija de don Pedro se inquietaba poco porque los inquisidores hubiesen confiscado en provecho suyo los bienes de su prometido; mas, que hubiesen tenido la osadía de acusar de loco á un espíritu tan noble y tan generoso, le llenó de profunda indignacion. En cuanto á ella, le recibió á la salida de la prision con una alegría tan intensa como si

hubiese salido triunfante del torneo. El asalto no habia sido ménos heróico, pues habia sostenido una lucha abierta contra la ignorancia y la supersticion del clero.

—Y no obstante, Juana—le dijo, tomando asiento junto á ella en el patio—yo no soy hereje. Mi intento no es establecer una religion nueva, sino volver á la religion primitiva, al sencillo Evangelio, tal como nos lo dejó Cristo y lo trasmitieron sus apóstoles. La adoracion de los santos y de sus huesos trasformados en reliquias es una invencion moderna, comparativamente á la verdad divina revelada en las Santas Escrituras, y la mayor parte de las invenciones de esta especie no se remontan á mucho más que un centenar de años.

Juana, por lo demás, no se sentia muy ofendida del epíteto de hereje, que se habia aplicado al nombre de Valero. Le bastaba oirle hablar, para que ella se sintiese dispuesta á exponerlo todo y cumplirlo todo por darle gusto. El siempre la excitaba, no á atenerse á sus dichos, sino á compararlos con la vieja Biblia castellana, á fin de darse personalmente cuenta de si las verdades que él enseñaba, estaban ó no contenidas y conformes con ella.

Para deferir á los deseos de sus amigos, Valero renunció por algun tiempo á exponer en público sus creencias. Se contentó simplemente con reanudar con sus amigos íntimos las conversaciones que anteriormente habian tenido, ya en casa de Isabel de Baena, ya en la de don Pedro, explicándoles en la Carta á los Romanos la justificacion por la fe. Mas ni la confiscacion de sus bienes, ni la perspectiva de un castigo más severo, pudieron contener la expansion de su celo. ¿Cómo podia contentarse con las conversaciones secretas con sus amigos, cuando por todas partes, á su paso, encontraba devotos fanáticos que iban á Compostela para implorar ante los altares de Santiago, patron de España, los beneficios de que Dios solo es depositario y dispensador?

Estas peregrinaciones á Compostela, y las que entónces estaban en boga á la virgen de Monserrat, eran calurosamente recomendadas por los miembros del clero. Un viaje de un número mayor ó menor de leguas; una ofrenda voluntaria de-

positada sobre el altar del santo ó virgen, acompañados de un suplemento de postraciones y genuflexiones; esto era todo lo que entónces se creia necesario para expiar los pecados de una vida, la más disipada y corrompida.

Testigo diario de todos estos actos de ignorancia y fanatismo, indignado de ver á la Iglesia, con sus exhibiciones continuas de reliquias, entregarse á un comercio infame, que no tenia otro objeto que sonsacar el dinero de los tontos, Valero no pudo contener mucho tiempo el celo indomable que le impulsaba.

—No puedo soportar más tiempo estas supercherías—dijo un dia á Juana con acento entusiasta.—Cristo en su misericordia se ha dignado concederme su amor. ¿Debo yo ahora, en calma y reposo, dejar á los frailes y curas, lobos hambrientos, devorar la grey del Señor, que va á su perdicion falta de conocimiento y de direccion?

—¿Mas qué podemos, Rodrigo? Ya usted ha hablado á los frailes. Solamente algunos le han escuchado. ¿Qué puede la voz de un solo hombre contra una muchedumbre? Créame usted, dejemos á Sevilla, y vamos á buscar en Inglaterra ó Alemania, países de libertad, un asilo más seguro que esta casa—respondió Juana ansiosa, agitada por el temor de que su prometido, saliendo de la reserva que habia guardado durante mucho tiempo, no se atrajese algun nuevo embarazo.

—No, no—replicó Valero con firmeza.—Yo no puedo abandonar á España en medio de sus errores, en que está sumida tan ciega y profundamente. Como usted me ha hecho observar, Juana, la voz de un hombre puede poco; pero no es ménos verdad que un solo guerrero, puesto á la cabeza de un puñado de soldados decididos y valientes, puede en un combate cambiar la marcha de los acontecimientos y decidir la suerte de la batalla. Y esto es lo que yo haré con la gracia de Dios. Yo no puedo dejar de creer que el Señor Jesus tenga puestos sus ojos sobre Sevilla, y esperar que, si caigo en la lucha, dé á un nuevo campeon el valor de volver á izar el estandarte de la verdad, y marchar á la victoria.

Este es el lenguaje de un viejo general. Despues de su

prision, su amor por el Salvador no hizo más que crecer é inflamarse cada dia más. Viéndole pronto á partir, llevando un ejemplar de la Santa Biblia bajo su capote, se le figuraba á Juana tener delante un valiente caballero marchando á la batalla. Si no tenia en su mano la pica, la ballesta y la armadura impenetrable, poseia un arma invencible, la Palabra de Dios, capaz de disipar la oscuridad que reinaba en España, y arrancar las almas del poder de Satan.

CAPÍTULO XIV.

El valiente Reformador de Sevilla.

Estaba Juana sentada al balcon de la torre, esperando á traves de la intrincada red de callejuelas de Sevilla, á Rodrigo de Valero. Este, con paso firme, y su cabeza levantada, marchaba orgulloso.

No era un hombre que llevase en su frente una marca de infamia; era un héroe, depositario de una gran mision. Viéndole así, Juana sentia latir su corazon de indecible alegría. Repentinamente, la jóven juntó sus manos sobre su pecho. Acababa de observar á Valero, parando en su camino á un individuo, á quien su túnica de sarga, y la cuerda que pendia de su cintura, denunciaba como fraile. Aunque la distancia era muy considerable para poder distinguir otra cosa que la silueta de los dos interlocutores, comprendió, por la gesticulacion animada, y la actitud levantada y noble de su prometido, que una vez más éste habia desechado todo disimulo, y se creia en el deber de batir en brecha la vida corrompida del clero, exhortando á cada uno de sus miembros á volver á entrar en «los viejos senderos» del Evangelio de Cristo, y anunciarlo á los fieles.

A cada visita que él hacia al castillo, Juana pensaba que podria muy bien ser la última; y se comprende, sin dificultad, que en medio de los sobresaltos continuos en que ella vivia, con la perspectiva de ser separado de ella para siempre, si continuaba en el camino que acababa de emprender, sentia

muchas veces desfallecer y abandonarla su valor. Y sin embargo, ¿cómo pedirle el que renunciase á una mision, peligrosa sí, pero sublime, de anunciar el amor del Salvador á todos con quienes pudiera encontrarse? ¿Cómo impedir el que enseñase que ese Jesus, á quien la Iglesia representa como un juez duro y severo, es por el contrario, un Salvador compasivo, el amigo Todopoderoso de los pecadores, siempre dispuesto á dar la vida á todos los que recurren á El? De los labios mismos de Rodrigo habia aprendido ella á conocer los beneficios de esas verdades vivificantes. ¿Qué posibilidad habia de excitarlo á buscar su salvacion en la fuga, cuando sabia que en el momento que eso se hiciese, Sevilla quedaba abandonada en medio de la oscuridad que la envolvia?

Por otra parte, y ésta era la objecion que le hacía Valero, los que habian comenzado ya á buscar un camino mejor y perseveraban en ese empeño, considerándolo digno de sus esfuerzos y sus sacrificios, ¿qué seria de ellos, si el que los habia excitado á marchar adelante, ahora le viesen retroceder delante del peligro? No, no. Como bravo caballero, él proseguia su lucha hasta el fin. Quizá sucumbiria ántes del momento de la victoria; mas no faltaria otro que tomase el glorioso estandarte, y lo hiciese flotar por cima de todos los obstáculos del enemigo. En cuanto á ella, estaba decidida á no intentar ningun esfuerzo, ni para desanimarlo, ni para hacerle retroceder, aunque á cada nueva separacion, tenia el presentimiento de que los alguaciles del Santo Oficio se aprestaban para echarle mano.

Sus temores no tardaron en realizarse. Un dia, Valero cesó súbitamente de comparecer en casa de sus amigos. Se buscaron informes. El castillo de Triana habia cerrado segunda vez sus puertas tras de él.

Que Valero seria condenado, nadie lo puso en duda. Cuál habia de ser su condenacion, nadie podia aventurarlo. La hoguera no se habia encendido hasta entonces más que para los judíos, los moros y los albigenses. No se podia, pues, prever cuál seria la pena á que se le condenaria.

Corrió la noticia de que se iba á celebrar un auto de fe en

la iglesia de San Salvador. En circunstancia tan dolorosa, cada uno de los amigos y discípulos secretos de Valero se impuso el piadoso deber de acudir á la Iglesia para testificar con su presencia su simpatía á su querido maestro. El dia empezaba apenas á iluminar el horizonte, y ya una muchedumbre madrugadora é impaciente se apretaba en la calle que conducia á la iglesia. Muchos otros acusados debian comparecer á la vez que Rodrigo. Mas éste era á los ojos de todos el principal, tanto por las acusaciones que pesaban sobre él, como por su posicion social. Por segunda vez iba á ser revestido con el sanbenito. Este odioso vestido, este manto de infamia de que se cubria á los desgraciados acusados de herejía, era una especie de túnica de color amarillo, cubierta de figuras grotescas y de demonios armados de instrumentos de tortura, túnica que caia en pliegues largos y flotantes alrededor del cuerpo del paciente.

Cuando Juana apercibió á su prometido entrando en la iglesia con aquel horroroso traje, cuya monstruosidad era aumentada por la *coroza*, especie de mitra cardenalicia que tenia las mismas pinturas que el sanbenito, y que ocultaba su frente noble y calmada, empezó á sentirse mal. Mas por nada en el mundo habria querido dejar aparecer á su amado su momentánea debilidad. Comprendia muy bien la amargura que despertaria en su amante corazon el pensamiento de verla sufrir. Levantando entónces su alma en oracion, pidió, no á la virgen detras de la cual estaba sentada, sino á Dios, su Padre celestial, la fuerza que le era necesaria para soportar hasta el fin aquel doloroso espectáculo.

Por fin se apagaron los cirios, y las campanas empezaron á dar clamores fúnebres, y en medio de un silencio sepulcral se oyó al tribunal del Santo Oficio pronunciar solemnemente la sentencia. Rodrigo de Valero, convicto de profesar y enseñar abiertamente doctrinas heréticas, era condenado á prision perpetua, á llevar el sanbenito toda su vida y á presentarse con aquel horrible vestido siempre que en la iglesia de San Salvador se celebrase alguna solemnidad ó fiesta religiosa.

Oyendo la sentencia que le condenaba á reclusion perpetua, Valero se volvió á su prometida, y sin dejarse intimidar por la presencia de los jueces, tuvo el valor y atrevimiento de dirigirle algunas palabras de aliento, exhortándola á mirar á Cristo y buscar en él la asistencia y la fuerza necesaria para continuar adelante.

Cuando Juana vió la sombría procesion salir de la iglesia, cayó desmayada en brazos de su padre, y perdió por algunos instantes la conciencia del golpe que la habia herido.

Como prometida de un hereje tan obstinado como Rodrigo de Valero, se vió poco á poco abandonada de sus amigas. Los hijos más ortodoxos de la Iglesia iban desamparando uno tras otro la casa de don Pedro. Los partidarios de la Reforma, por el contrario, rodeaban cada vez más estrechamente con sus simpatías á la jóven atribulada. Pero, ni los amigos, ni sus testimonios de cariño eran capaces de satisfacer el corazon ardiente de Juana. Esta guardaba en su corazon las conversaciones que habia tenido con Valero; se acordaba de haberle oido decir que si conociese á alguien que sostuviese la bandera que él se habia atrevido á izar, la amargura de su prision sería la mitad ménos. Así que, ella tomó la resolucion de extender su mano y hacer cuanto en su poder estuviese, para continuar la obra de su prometido.

Mas ¿por dónde principiar? Muchos de sus amigos habíanse ya impuesto la tarea de repartir las Escrituras. El mismo doctor Egidio, en lugar de detenerse en su celo por la condenacion de Valero, anunciaba cada vez con claridad mayor las verdades, que el primero habia hecho oir á los curas y frailes.

Una mañana, debia predicar en la catedral. El sol comenzaba apenas á hacer reverberar sus rayos en las aguas del Guadalquivir, y proyectar á traves de las hojas de los olivos y de los mirtos sus lentejuelas de oro. Don Pedro y su hija, acompañados de un modesto séquito de sus domésticos, estaban sentados en su sitio de siempre, esperando la hora de la solemnidad. No tardaron en agregárseles otros dos amigos, el doctor Vargas y Constantino Ponce de la Fuente. La fe de

estos dos hombres, un poco vacilante antes de la prision de Valero, se habia afirmado y hecho inquebrantable despues de aquél acontecimiento. Contaban á don Pedro que estaban resueltos á unirse al doctor Egidio, para llevar á la predicacion del Evangelio más pureza y más método. El doctor Vargas debia continuar la explicacion de la Carta á los romanos, principiada por Valero, y Constantino ayudaria al doctor Egidio en los deberes de su ministerio. Estos dos personajes, muy visibles por su posicion social, eran al mismo tiempo dos sabios. Parecia, pues, que la obra emprendida por Valero, reducida ahora al silencio en los muros de un calabozo, debia ser proseguida con más éxito que ántes.

Aunque no eran más que las cinco de la mañana, toda la poblacion de Sevilla estaba ya en pie. Los buscadores ávidos de verdad, cuyo espíritu habia comenzado á abrirse á las nuevas ideas, aprovechaban esta hora de la mañana, en que la brisa embalsamada les llevaba el perfume de los naranjos y limoneros, para pensar en lo que amaba su corazon.

Mas la causa de este movimiento no era el asistir á la misa, que debia celebrarse temprano, sino más bien escuchar la predicacion del doctor Egidio aquella mañana. La muchedumbre afluia de todas partes. Juana, ante este espectáculo, por abrumada que estuviese del dolor, no pudo menos de elevar al cielo sus acciones de gracias y sus bendiciones á Dios, porque no habia permitido que la lucha comenzada por su amado, hubiese sido emprendida en vano. Pensaba en su hermano y hermana encerrados en el convento. No les habia sido posible aún oir la buena nueva de salvacion, que habia empezado á extenderse por Alemania, Inglaterra y la misma España. Desde aquel momento tomó su determinacion. Queria comenzar por ellos. Les iba á contar todo lo que Dios habia hecho por ella y por otros muchos habitantes de Sevilla. Valero se habia propuesto, principalmente, dirigirse á los frailes. ¿No podria ella, por medio de su hermano, ponerse efectivamente en comunicacion con ellos más fácilmente que el mismo Valero, á quien su carácter láico hacia más difícil

su acceso á ellos, y llevar á buen término esta obra á que él se habia consagrado?

Con respecto á Rodrigo, no creia encontrar grandes obstáculos. El monasterio de San Isidoro no estaba más que á una legua de Sevilla. No habia visto á su hermano hacía bastante tiempo. Era un razonable motivo para pedir autorizacion para verle. ¡Cuánto gozo sentia su corazon al pensamiento de meterse en ese campo de trabajo, de tomar en sus manos de joven y desplegar aquella bandera que su prometido habia tenido!

Un dia, que estaba ocupada en escribir á su hermano la carta, que había resuelto enviarle, dándole cuenta de la transformacion que habia Dios obrado en ella por medio de su santa palabra, de la ignorancia y supersticion en que estaban los miembros del clero, sentia en todo su ser un gozo que no parecia tener nada de terrenal. Su rostro parecia resplandecer.

—Sí, sí—se decia á si misma—esto vale la pena. Vale la pena de sacrificar toda esperanza del gozo terrenal que pudiera tener con Rodrigo, cuando se tiene la seguridad de que hay un Dios, un Dios que no solamente tolera á los pobres pecadores, sino que los ama y desea su salvacion.

—¡Oh! ¡Madre mia!—dijo levantándose á la presencia de ella, que acababa de entrar en su gabinete—¡qué angustias mortales, qué tinieblas tan impenetrables las que has debido pasar, pensando que mi hermano, muerto sin bautismo, debe estar eternamente privado de la presencia de su Dios!

—Nunca, nunca, querida Juana—respondió Constanza—podrás formarte una idea de ello.— Y abrazó á su querida hija.

Actualmente todavia se estremecia Constanza pensando todo lo que habia sufrido, cuando en cuerpo y alma estaba bajo el yugo tiránico del papismo. Las cadenas tenaces que aprisionaban su espíritu, se habian ido relajando poco á poco. Pero aún la retenian algunos eslabones, y la impresion que ellas habian dejado sobre su alma era tan profunda, que todavía le era imposible hablar de la suerte de su primogénito

sin sentirse profundamente afectada. Hacia mucho tiempo que carecia de la esperanza de que el alma de su hijo querido estuviese cerca de Dios. Mas cuando en compañía de su esposo y su hija iba á sentarse junto á las flores que cubrian su tumba, no podia, como ellos, mirando á traves de las hojas soleadas de los árboles, tener la misma certidumbre, la misma conviccion de que estaba en el cielo, y que cerca del Padre él formaba un lazo poderoso, destinado á levantar sus pensamientos y sus corazones á aquella morada celestial, en la cual ellos no hubieran pensado tan frecuentemente sin esto.

Doña Constanza se asociaba con toda su alma al proyecto que habia formado Juana, de anunciar á su hermano y hermana el glorioso mensaje del Evangelio. Pero le asustaba el peligro. La Inquisicion no respetaba sexo ni edad, y si era descubierta... Su corazon de madre se estremecia, poseido de angustia terrible, al pensamiento de que tal desgracia pudiera venir sobre la única hija que le quedaba. Instintivamente la cogió, y la estrechó fuertemente contra su corazon.

—No tengas miedo por mí—respondió la valiente hija—seré todo lo prudente que pueda. Si alguna vez la Inquisicion se apodera de mí, estaré encerrada en los mismos muros que mi Rodrigo, y me parece que eso seria para mí una felicidad.

—Por el amor que me tienes, no hables así, hija mia—suspiró doña Constanza.

Nunca, desde la prision de Valero, su hija le habia parecido más contenta que aquel dia, y temia no meditase algun proyecto temerario, capaz de envolverlos á todos en invencibles dificultades. No sabia que era Dios mismo quien fortificaba el corazon de su jóven hija, derramando á grandes raudales el gozo en su alma, á fin de que fuese hecha capaz de soportar el nuevo golpe, que muy pronto iba á sentir.

La fiesta de Santiago, patron de España, se celebraba todos los años en Julio. Esta era para el pueblo ocasion de grandes diversiones. Mas aquel año se anunciaba con mayor magnificencia que otros años. La muerte de la emperatriz Isabel habia impedido el año anterior toda diversion. El

pueblo queria este año cobrarse de la tristeza forzada que le habia impuesto el duelo de su soberano. No se hablaba de otra cosa que de corridas de toros, bailes y torneos. El pensamiento de Juana era muy diferente.

Con ocasion de la fiesta, Valero, con otros penitentes como él, debia ser conducido, revestido de su traje horrible, á la iglesia de San Salvador, para oir allí á un fraile ignorante y grosero censurar la herejía, prohibir á sus oyentes la lectura de la Palabra divina, exhortarles á abstenerse de ella como de un pecado mortal, y á no disputar á la Iglesia el derecho de ejercer la suprema autoridad sobre el cuerpo, sobre el alma y sobre la conciencia de los hombres.

Por repugnante que fuese este espectáculo á Juana, se decidió á asistir á él.

Recordaba aquel tiempo en que, aún niña, se representaba marchando para la guerra al caballero de sus ilusiones, que ella veia en su imaginacion cubierto de la brillante armadura, que sus manos delicadas le habian ajustado. ¡Ahora cuán diferente era el cuadro! En lugar de la reluciente coraza veia el repugnante *sanbenito*, y en lugar del brillante casco veia la grotesca *coroza*. ¡Cuánto hubiera querido alejar de su espíritu esta horrible vision que la obsediaba! Mas por cima de todo ¿era tan considerable la diferencia? ¿No era Valero el más bravo de todos los caballeros? ¿No era el de más empuje? ¿No habia tenido el valor de declarar abiertamente en Sevilla, y delante de todas las autoridades pontificales, que todos los derechos que la Iglesia se arrogaba, en lugar de estar apoyados en la verdad, no tenian otra base que la mentira y la hipocresía? Y fortificada por estos pensamientos y por el Espíritu de Dios, Juana se fué á la iglesia el dia indicado.

El sol apenas con sus primeros rayos hacia brillar lo alto de la Giralda y las más altas torres de la catedral, y ya en toda la ciudad reinaba extraordinaria animacion. La diversion principal de aquel dia era una gran corrida de toros, que debia celebrarse despues de la misa primera, y las horas, aunque el dia apenas estaba en su aurora, parecian muy cortas para tantas diversiones como estaban prometidas.

La corrida de toros del domingo precedente no habia hecho más que abrir el apetito para esta clase de horrores.

El populacho miraba con regocijo y con carcajadas groseras é insolentes el grupo de condenados que se le presentaban entre dos filas de familiares encapuchados y de alguaciles á caballo, sintiendo al ver pasar á estos desgraciados, extenuados por el dolor, las mismas emociones feroces que habria sentido en la plaza ante el espectáculo sangriento de caballos destripados y agonizantes. Esta exhibicion de sus víctimas, en la que se complacia la Iglesia, ¿no tenia quizá por objeto hacer sus ceremonias más atractivas, y saciar los malos instintos de una muchedumbre, ávida siempre de nuevos placeres?

Sin embargo, no todo el mundo participaba de esta misma bestial alegría. Habia entre la concurrencia otros ojos, que bajo la infame hopalanda sabian distinguir la nobleza y el valor. Y Valero pudo distinguir entre la efervescente muchedumbre que se apiñaba en la nave de la iglesia, más de un rostro simpático y amigo.

El tema del predicador versó, naturalmente, sobre los méritos de los santos. Era á ellos á quienes iba dirigida la alabanza y adoracion que sólo á Dios es debida.

Oyendo este discurso, Valero, que no sabia la extension que habia tomado en Sevilla la predicacion de la verdad, ni los considerables progresos que se habian verificado en el alma de muchos de sus amigos, y que temía, por consiguiente, que tomasen por verdad lo que no era sino falsedad y mentira, no pudo contenerse en silencio. Y cuando el predicador hubo concluido de hablar, repentinamente tomó la palabra, y mientras la muchedumbre estaba en sepulcral silencio, consternada al ver el atrevimiento del penitente, éste refutó las doctrinas que acababan de oirse, llamando con calor á todos á buscar directa y personalmente en las Escrituras la verdad que el clero trataba de ocultar. Mas ¡ay! entre los asistentes habia muy pocos que hubiesen leido ó hubiesen oido hablar de las Escrituras. Todos los dias podian oir hablar de las Decretales, del Breviario, de algun libro de devocion,

del Oficio parvo de la Vírgen: todos los dias podian oir una misa en latin y un rosario de avemarías, y podian besar y ganar indulgencias con adorar alguna reliquia de santos..... pero de las Escrituras, del Evangelio de Jesucristo, de las Cartas ó Epistolas de los apóstoles, ¿cuándo oian y qué conocian? Para la muchedumbre, la buena nueva que acababa de anunciar Valero, parecia más extraña y más nueva que el mismo modo de anunciarla. Sin embargo, más de un corazon fue conmovido aquel dia y llevado por aquella escena á inquirir la verdad, de la cual antes apenas habian podido suponer la existencia.

A Valero se impuso muy pronto silencio, sacándole de la iglesia los esbirros del Tribunal. Mas, aunque habian sido muy pocas sus palabras, pronunciadas con gran calor y con una mirada que rebosaba amor cristiano, fueron muy bastantes para infundir aliento á sus discípulos.

Desde aquel dia, las predicaciones del doctor Egidio eran esperadas con más ánsia y más frecuentadas que nunca. Se habia comprendido que las doctrinas que habian causado á Valero todos sus sufrimientos, eran precisamente las que el doctor enseñaba.

CAPÍTULO XV.

Sobre el Guadalquivir.

La carta que Juana habia escrito á su hermano, fue llevada con toda seguridad al convento, y entregada directamente á Rodrigo por el confesor Cassiodoro.

Aunque el superior hizo algunas objeciones, antes de permitir á Rodrigo una conversacion particular con el mensajero, Juana quedó muy satisfecha de las nuevas que éste le contó. Rodrigo se habia dado á reflexionar seriamente sobre el contenido de la carta, y á leer la Vulgata que existia en la biblioteca del convento. No era fácil ni prudente en un jóven el dedicarse á tal estudio. Corria el peligro de sufrir un grave castigo, si era sorprendido. Esto fue lo que él hizo observar á Cassiodoro, pero sin inquietarse grandemente por ello.

La seguridad de que su hermano se entregaria á un exámen atento de las Escrituras, alentó mucho á Juana. Quiso escribirle una segunda carta, para anunciarle la triste nueva que acababa de recibirse de Nápoles, la muerte de su compatriota Juan Valdés, y al mismo tiempo enterarle de la obra magnífica que Dios habia hecho por su medio en aquella ciudad. Su padre habia recibido algunos fragmentos de las meditaciones que Valdés tenia la costumbre de hacer los domingos en presencia de sus amigos en Cristo. Ella le copió algunos pasajes, entre otros, el siguiente, que dice así: «Mi sentir es este: tener fe es creer, y tener por cierto, todo lo que está contenido en las santas Escrituras, poner toda confianza

en las promesas que ellas encierran, considerándolas como hechas á cada uno personalmente. Tener esperanza es hacer servir la fe para esperar pacientemente el cumplimiento de las promesas de Dios, sin enredarse en el servicio vicioso del mundo ó de sus concupiscencias carnales, que es el servicio de Satanás. Tener caridad es devolver á Dios por Cristo todo el amor y toda la consagracion que viene de la fe. La fe desaparecerá, cuando ya no habrá lugar de creer, sino de confiar; la esperanza caerá tambien, cuando despues de la segunda venida de Cristo, ya no habrá nada que esperar. La caridad no desaparecerá nunca, porque nunca desaparecerá el objeto del amor. En la vida eterna amaremos eternamente á Dios nuestro Padre y á nuestro Salvador Jesucristo. Viéndolos y contemplándolos, hallaremos nuestra eterna dicha y placer, nosotros que habremos vivido sobre la tierra en la fe, la esperanza y la caridad, incorporados al cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.»

Ninguna mencion, en tal escrito, ni de los ángeles ni santos interviniendo para la salvacion de los hombres. Jesucristo era la primera y la última palabra del piadoso español en sus *Consideraciones*. Su calidad de español habia conquistado á sus escritos más simpatía que hubieran encontrado en las obras de los reformadores alemanes.

La Alemania, donde las luchas religiosas entrañaban como consecuencia, dificultades de todas clases, inspiraba al pueblo español cierta suerte de antipatía. El emperador estaba continuamente ocupado en reprimir desórdenes y hacer la guerra. No venía á España más que para levantar impuestos, aumentar la tasa de los ya conocidos, y apropiarse las riquezas del Nuevo Mundo.

Algun tiempo despues de su última carta, Juana habia recibido una contestacion muy consoladora del convento de San Isidoro. Rodrigo y otros tres jóvenes se habian dedicado seriamente al estudio de las Santas Escrituras. Pedia á su hermana que le enviase por conducto de seguridad la obra de las *Consideraciones* de Valdés, pues la creia necesaria para secundar sus esfuerzos en busca de la verdad.

Aunque la Inquisicion, por orden del Tribunal, habia decretado la destruccion de todos los escritos de los Reformadores, estuviesen en español ó en latin, fue fácil á Juana responder á la peticion de Rodrigo. D. Pedro habia conservado, ya en Sevilla, ya en su castillo de Castilla, un gran número de esas obras. Por medio de Cassiodoro le fue fácil hacer llegar algunas de esas obras al convento.

En algunas semanas, la luz divina habia penetrado en aquel asilo de la opresion papal, é iluminado con sus vivificantes rayos uno tras otro á los monjes del convento.

Durante este tiempo, el corazon de Juana, ya muy probado, experimentó un nuevo golpe. Ni la deshonra, ni la prision habian podido quebrantar el celo indomable de Valero. Este aprovechaba para desenmascarar los abusos de Roma todas las ocasiones que alguna nueva fiesta en San Salvador le proporcionaba de salir al público. Esperaba que el predicador acabase su sermon: despues, en lugar de entregarse á las demostraciones de dolor que se exigian á los herejes obstinados y endurecidos, y que se procuraba provocar por medio de ultrajes y malos tratamientos, tomaba animosamente la palabra, y refutaba una á una las proposiciones del predicador que hallaba contrarias á la palabra de Dios.

Cada vez que Juana asistia á una de esas extraordinarias ceremonias, sentía oprimirse su corazon por algun triste presentimiento. Estaba persuadida de que el santo oficio acabaria por hallar algun modo de cerrar la boca de aquel molesto contradictor. El suplicio de las llamas no habia tomado todavia en los procedimientos de los inquisidores el lugar que debia ocupar más tarde. Y habia muchos que temian que fuese esa la suerte de Valero, si insistia en desafiar abiertamente la autoridad de la Iglesia.

Sea que los miembros del santo oficio fuesen menos violentos que lo que más tarde habian de ser, sea que la posicion social del prisionero los detuviese en tomar una medida tan radical, el juicio final que por último pronunciaron sobre él, fue menos severo que hubiera debido esperarse algunos años más tarde. Las tendencias infernales de la Inquisicion

no habian llegado á su completo desenvolvimiento. Lo que el Tribunal deseaba era desembarazarse lo más seguramente posible de un prisionero encumbrado. Decidió, pues, encerrarlo en un convento vecino de San Lúcar, á algunas leguas de Sevilla.

Era el año 1541, cuando Valero entró vivo en aquella tumba.

Sus enemigos, para no verse más importunados, estaban decididos á no dejarle salir más de allí. Habian pensado que, una vez aprisionado él, los amigos que habia dejado en Sevilla perderian poco á poco su memoria, y que la venda de supersticion y de ignorancia que él habia por un momento quitado, acabaria por apretarse más fuertemente sobre los ojos del pueblo. No sabian que el Espíritu de Dios habia acompañado las palabras de Valero, que se habia cernido por encima de las tinieblas, hasta lograr que la vida divina se manifestase en los corazones de muchos, y que, si Valero podia ser olvidado, la obra de Valero subsistiria siempre, sin que las puertas del infierno pudiesen prevalecer sobre ella.

Por medio de sus amigos se informó don Pedro del momento en que el prisionero habia de ser trasladado desde el castillo de Triana á su reclusion del convento. El viaje debia hacerse por el rio. Se tomaron las disposiciones convenientes para que Juana pudiese ver por última vez á su prometido. El dia convenido, la magnífica embarcacion de don Pedro, con su proa cincelada en oro y sus cortinas de seda, apareció amarrada á alguna distancia de Triana; iban en ella Juana y su padre, don Juan Ponce de Leon, Domingo de Guzman y algunos otros amigos, que habian aprendido de Valero á conocer la verdad.

Las cortinas de la cámara se mantuvieron prudentemente corridas, hasta que el convoy de familiares y alguaciles, conduciendo al prisionero, hubiesen dejado la orilla. Mas tan pronto como las dos embarcaciones se hallaron frente á frente, se corrieron súbitamente las cortinas, y los semblantes entristecidos de los amigos aparecieron á los ojos del intrépido prisionero.

La angustia muda que se manifestaba en el rostro de Juana, le impresionó profundamente. Hizo un movimiento doloroso de cabeza (se habian tomado precauciones para impedirle hablar) y levantó las manos al cielo..... La sombría barca habia ya pasado. Mas, por corta que habia sido la entrevista, habia bastado para levantar el ánimo y afirmar la fe de la joven española. Se habian dado cita en el cielo, en la perfecta casa que Dios tenia preparada, y en la estructura de la cual iban en adelante á ser obreros con El, de comun acuerdo, Valero en la soledad de la prision, al borde del rio, orando é intercediendo delante de Dios por la evangelizacion de su pais natal, y Juana obrando directamente, y haciendo conocer la verdad á todas las personas colocadas bajo su influencia.

Las dos barcas se deslizaban lentamente sobre las aguas soleadas del rio, cuyas riberas ofrecian los cuadros más variados. Aquí habia bosques de naranjos y limoneros, inclinados bajo el peso de sus maduros frutos; allá plantaciones de moreras y castaños gigantes; más lejos vastos campos de lino y maiz en flor, con sus vallados de cactus con sus flores escarlata, y de ciruelos, cuyas ramas, cargadas de fruto, caian sobre las aguas del rio; mientras la viña, cargada de sus racimos encarnados, mezclaba su follaje con las ramas del mirto, llegando casi hasta el suelo. Era verdaderamente una tierra rica y fértil esa vasta península con sus orillas bañadas por el mar, y su riente clima. Defendida contra los rigores del invierno por los vientos calientes que soplan del Africa, protegida contra los calores sofocantes del estío por la vecindad de las montañas y bosques y por la fresca brisa del mar, era en verdad la tierra del Sud por excelencia, fluyendo leche y miel, y todas las riquezas de que naturaleza generosa la ha dotado.

Permítasenos al describir, como acabamos de hacerlo, las hermosas orillas del Guadalquivir, suspender un momento nuestra narracion para dar expansion á nuestro espíritu, y admirar y proclamar las bellezas de esa hermosa España, tan favorecida del cielo. Sobre la fertilidad de su suelo, está

tambien la muchedumbre de sus ciudades hermosas y notables, tanto por sus construcciones modernas, cuanto por las antigüedades que presenta á la admiracion del viajero. Madrid, ciudad moderna, y que dia tras dia va ensanchándose y levantando construcciones con todos los gustos del arte moderno. Cádiz, con su especial situacion sobre el Estrecho, que entonces la hacia el centro del comercio entre los dos Océanos. Granada, la antigua y rica ciudad de los moros; Toledo, Valladolid, Zaragoza, Barcelona.....

La España poseia entonces tambien la Sicilia, una gran parte de Italia y dependencias importantes en Africa. Los nuevos y grandes descubrimientos marítimos llevaban su poder casi al infinito. El mundo entero parecia, de Oriente á Poniente, abrirle su vasto seno para permitirle llevar, hasta sus más alejados límites, la extension de sus riquezas y de su poder.

Tal era la situacion de España, cuando Dios le ofreció, como á Alemania é Inglaterra, el más precioso de todos sus favores, el Evangelio de libertad.

¿Ese don incomparable, que era ofrecido á la dueña del mundo, lo rechazaria ella definitivamente, como habia rechazado ya á los primeros mensajeros que se lo habian revelado, ó acabaria por aceptarlo con la humildad y sencillez de un niño? Nadie entónces podia decirlo. Era lo que se preguntaban don Pedro y sus amigos, deslizándose suavemente por las aguas del Guadalquivir hácia San Lúcar, en donde debia desembarcar el pobre mártir para ser encerrado en los calabozos de un convento. Esperaron que la sombría puerta se cerrase tras de él; luego, despues de haber enviado al cielo una ferviente oracion, pidiendo á Dios que se dignase sostener y fortificar por su Espíritu al amigo querido que les habia sido arrebatado, se dispusieron á volver á Sevilla.

El corazon de Juana estaba muy firme. Estaba resuelta á consagrar todos sus esfuerzos á propagar el Santo Evangelio. Habia escrito á su hermano, y le habia dicho todo lo que podia decirle. Ahora queria volver toda su atencion á sus domésticos. El viejo Diaz, el mayordomo, el camarero, eran

ya favorables á las ideas de la Reforma. Mas la jóven no conocia á los otros domésticos, como no conocia á los frailes del convento. El mayordomo, que se regocijaba de ver á su jóven ama tomar tan grande interés en los servidores que él tenia bajo sus órdenes, le prestó su concurso. Todo fue arreglado de manera que pudiesen reunirse una ó dos veces por semana para oir la lectura de un capítulo de la vieja Biblia castellana.

Cuando las primeras palabras llegaron á los oidos del viejo jardinero, éste, que en los últimos años de su vida habia sentido revivir en sí la fe de sus antepasados, la fe de aquellos Valdenses, que tenian por divisa una antorcha rodeada por estas palabras, *Lux lucet in tenebris* (la luz resplandece en las tinieblas) inclinó humildemente su cabeza.

—Ha reaparecido por fin—murmuró—yo no pensaba volverlo á ver. Mas ha reaparecido el libre Evangelio, que mi abuelo anunciaba en los castillos delante de los caballeros y las damas, en las chozas y á los pobres. Señorita—añadió en el momento en que Juana cerraba el libro—¿querría usted leerme el cántico del pobre viejo, que esperaba la venida del Señor Jesus y la salvacion prometida á Israel?

Una alegria de triunfo resplandeció en el rostro del pobre viejo, cuando oyó aquel cántico de Simeon.

—Sí, sí—exclamó—yo puedo ya ir en paz hácia mis padres. Yo he vivido lo bastante para ver penetrar en la orgullosa Andalucía esta verdad á la cual ellos lo sacrificaron todo, y puedo contemplar con mis ojos la luz del sol, naciendo sobre esta hermosa y querida España. Mas sed prudentes, jóvenes—dijo mirando en torno suyo el grupo de sirvientes más jóvenes que él.—La Iglesia ha perseguido á los Valdenses hasta su completo exterminio; contad con que os perseguirá tambien á vosotros. ¿Cuál de los dos vencerá? Yo no podré decirlo, Dios sólo lo sabe. Mas, si desgraciadamente el Evangelio no prevaleciese, si esta luz fuese segunda vez ahogada, entónces será verdaderamente el reinado de las tinieblas. El dia de la buena voluntad y de la gracia principia á extender sus primeros resplandores sobre España; mas si

España no lo reconoce, si pone una venda sobre los ojos para no ver brillar esta aurora, si rechaza esta salvacion que le es ofrecida, entónces verá hundirse con la verdad, todas sus grandezas, todas sus glorias, todas sus riquezas y sus libertades todas. En lugar de permanecer la dueña del mundo, y ser la reina de todas las naciones, será para todas ellas un objeto de burla y desprecio. La más negra oscuridad envolverá al país; el pueblo será sumido en tinieblas y sombra de muerte.

La profecia del viejo hizo asomar una sonrisa á los labios de algunos de los oyentes. Era para ellos el lenguaje de un iluminado ó un visionario.

No les parecia posible que se cumpliese semejante prediccion. Les parecia tanto como declarar que España seria susceptible un dia de cambiar su situacion geográfica, perder su hermoso clima, sus brisas tibias y embalsamadas, su cielo excepcionalmente bello; que vendria un tiempo en que cesaria de oirse en primavera el canto de los pájaros en umbrías arboledas, ó que el país, en fin, se transformaria en un terreno seco y árido. Estaban muy lejos de pensar que aquella profecía se cumpliria hasta en su última tilde. No conocian los funestos efectos de la ignorancia. No sabian que abandonados á esta ignorancia, dejados por Dios en libertad de seguir los impulsos de su espíritu ciego, los hombres se armarian del hacha y cortarian de raiz, hajo el pretexto erróneo de que ellos eran una causa permanente de fiebre, los árboles seculares que servian para conservar la frescura y proteger sus arroyos contra los ardores del sol del estío. No habian pensado nunca que un suelo seco é improductivo podia tomar el lugar de sus soberbios jardines con sus frutos tan suaves como variados, de sus campos de doradas mieses, de sus verjeles tan productivos, y que el sol, libre en adelante de arrojar sobre la tierra los dardos de su luz abrasada, podia transformar esta rica comarca en un desierto de arena estéril y sin agua. Y no obstante, esto tenia que suceder. Hoy mismo serán necesarios largos años de paciencia y de esfuerzos y de trabajo inteligente para reparar los funestos efectos

de los errores papistas, de la tiranía y la ignorancia de la Inquisicion, si es que es posible llegar alguna vez á esto.

Con todas las ventajas de su situacion excepcional y de sus riquezas minerales, á pesar de sus minas de oro, plata, hierro, mercurio, plomo, etc., á pesar de su suelo susceptible de cultivo, la España es hoy en Europa uno de los paises más pobres, más ignorantes y atrasados. Privada de toda verdadera libertad, política, civil y religiosa, á pesar de vivir en tiempos y con la denominacion de liberal, parece haber perdido su carácter nacional, haberse enervado y hecho indolente en tal grado, que en política prevalece siempre el partido que manda; en religion hay un indiferentismo que mata; en agricultura, industria, economía, comercio, arrastra una vida muy lánguida.

Si es verdad no obstante que la sangre de los mártires es una semilla de la Iglesia, la España no debe desesperar. En ningun otro pueblo, la Reforma del siglo XVI ha contado más ni quizás tantos héroes como en ella. Ella dió un gran contingente al ejército de los elegidos, que rodean el trono de Dios. Aquellos de sus hijos que opusieron la firmeza de su fe y el celo de su valiente osadía á las infernales crueldades de la Roma papal, pueden con justo título tomar plaza entre los mártires gloriosos, que en los primeros siglos del cristianismo supieron resistir á todas las crueldades de la Roma pagana.

CAPÍTULO XVI.

De Sevilla á Valladolid.

Dos años habian transcurrido en relativa calma. El número de los convertidos á las nuevas ideas habia crecido rápidamente en Sevilla. Doña Constanza manifestó entónces un deseo tan ardiente de ver á su hija mayor, que don Pedro se decidió á ir con su familia á Valladolid, á vivir allí algun tiempo, pues á dicha ciudad habia sido llevada la hija.

Sus amigos le aconsejaron aparecer una vez más en la corte, para dar al rey una prueba de su adhesion. Estaba próximo el matrimonio del príncipe de Asturias, don Felipe, con la infanta María de Portugal. Presentábase, pues, la ocasion muy favorable.Los esponsales de aquella pareja se habian celebrado en Diciembre de 1542: ahora era el fin del estío de 1543.

La antigua ciudad de Salamanca habia perdido su calma habitual. Toda ella se habia puesto en movimiento para preparar al jóven príncipe y á su prometida una recepcion digna de sus Altezas. Los más grandes señores del reino, como don Pedro, se apresuraban á reunirse con el duque de Alba, para ir en gran pompa á recibir á la infanta y darle la bienvenida.

Doña Constanza no habia visitado nunca la capital, ni el castillo que su marido poseia en Castilla. En cuanto á Juana, nunca habia pasado los confines de Andalucía.

Ya, al principio del viaje, á medida que avanzaban, y la ca-

dena de Sierra Morena estaba más cerca de ellas, sus majestuosas cumbres, cuyas forestas de hayas y encinas cubrian su agreste majestad, les hacian lanzar continuas exclamaciones de sorpresa. Pero, cuando despues de franquear los bosques, los viajeros se metieron en el sendero estrecho y rocalloso, que debia conducirlos á través de un puerto á la vertiente opuesta, y llegadas á la roca pelada, pudieron contemplar libremente los picos casi perpendiculares, que elevaban majestuosamente á los aires sus crestas nevadas bajo los rayos brillantes de un sol espléndido, ambas señoras no pudieron contener un grito de asombro. Al aspecto grandioso de estas montañas, las palabras de las Escrituras que les habian revelado á Dios como la roca de su salvacion, se representaban á su memoria con una significacion que hasta entónces no habian conocido.

En medio de todos estos sentimientos de admiracion, Juana sentia deslizarse en su corazon una impresion de tristeza. Rodrigo de Valero, vestido del sanbenito, estaba todavía encerrado en los sombríos muros del convento de San Lúcar. Y el pensamiento de que esta cadena de montañas, y los montes de Toledo que aún tenian que atravesar, aumentarian la distancia que la separaba de él, hacia tan intensa su tristeza, que á pesar de su deseo de volver á ver á su hermana, hubiera vuelto voluntariamente atrás. Pero, ahora para ella la voluntad de sus padres estaba por cima de todo. Se contentaba con dejar escapar algun suspiro, y volviendo la espalda á su querida Andalucia, apretó el paso de su mula, y continuó en subir el sendero de la montaña.

La numerosa comitiva que llevaban, y el mal estado de los caminos les impedian marchar más rápidamente, y creyeron un momento que no les seria posible llegar hasta Toledo. Doña Constanza habia caido enferma á algunas millas de esta ciudad, y se vieron obligados á retroceder para buscar asilo en un pequeño pueblo.

Su rango solo, si ya la noble figura no hubiese prevenido en su favor, habria bastado para despertar la atencion de los habitantes del pueblo, y abrirles la puerta de la más im-

portante posada de aquel contorno. Pero era fácil, al ver la fisonomía triste y afligida de la dueña de la casa, que la llegada de los huéspedes era más que importuna. La doncella de Juana, un tanto curiosa, averiguó de la pobre mujer que acababa de perder á su marido, y que con tal motivo habia tenido lamentables disgustos con la Iglesia.

Informada del hecho y deseosa de llevar alguna consolacion á aquella afligida mujer, Juana dejó por un momento el lecho en que descansaba su madre, y se fué en busca del ama de la casa. La halló llorando, en medio de la más profunda angustia, sentada en un gabinete que daba al jardin.

—Dios sólo puede calmar un dolor semejante al de usted—le dijo con voz simpática.—¿Mas no puedo yo hacer algo por usted?

—¡Ah! señorita, no sabe usted cuánto sufro, sin poder esperar consuelo ninguno—respondió, meneando su cabeza en señal de negativa.

—Tambien yo he sufrido—replicó Juana.

La mujer levantó sus ojos al rostro pálido que se inclinaba sobre ella, y pudo convencerse en efecto, de que la paciencia hecha perfecta por el sufrimiento, habia dejado unas huellas imborrables.

—Voy á dar á usted cuenta de mi pena—dijo en un tono confidencial.—Pero es sin esperanza, sí, sin esperanza.

Juana se sentó á su lado.

—No, no hable usted de ese modo. En nuestro jardin, en Sevilla, está enterrado un niño muerto, sin haber recibido el agua bautismal, y, con ese motivo, mi madre ha llorado como usted, muchos años, sin querer recibir consuelo.

—¿Pero puede una recibir consuelo para tanta pena?—exclamó la mujer llena de sorpresa.

—Jesucristo ha consolado á mi madre, conduciéndola al conocimiento de las verdades contenidas en el Evangelio—respondió Juana con mucha firmeza.

—Sí; mas el niño con su demonio que impidió que fuese bautizado, y mi marido con su pecado no confesado, ambos están condenados, el niño al limbo y mi marido al infierno.

—¿Vuestro marido murió sin recibir los sacramentos de la Iglesia?—preguntó Juana.

La pobre mujer hizo una señal afirmativa de cabeza, pudiendo apenas hablar.

—No es de eso de lo que se trata—replicó.—Por el contrario, mi Antonio fue siempre un hijo sumiso y amante de la Iglesia. Iba á confesarse con toda regularidad. Pero un dia, un árbol cayendo sobre él, lo magulló. Perdió su conocimiento, y pasó un tiempo considerable, antes de poder recobrar sus sentidos, y poder confesarse con el cura. Por fin, el sacerdote vino, y mi marido le contó todos los pecados de que se acordaba. El confesor le dió la Uncion. Y como mi marido, al sufrir tal caida, habia sido precisamente por cortar flores para llevar á la Iglesia, le dió la absolucion sin imponerle penitencias, ni sujetarle al purgatorio si moria. Mas, despues que se marchó el cura, Antonio trataba de consolarme, cuando de repente se acordó de que habia olvidado un pecado. Fuimos de nuevo á buscar al confesor. Mi pobre marido pidió con mucho empeño al Señor que le conservase la vida hasta tener la seguridad de que su pecado era perdonado. Pero antes de que viniese el confesor, viejo y cascado, mi marido murió.

—¿Pero su marido de usted, confesó su pecado á Dios?—preguntó de nuevo Juana.

—¡Oh, sí! Ciertamente. Cuando vió que el sacerdote tardaba confesó á Dios su pecado, no una, sino muchas veces.

—Mi querida mujer—contestó Juana—si su marido de usted ha pedido perdon á Dios, ¿puede usted creer que Dios no se lo haya concedido? El mismo nos ha dicho claramente en su Palabra, que está siempre más dispuesto á hacernos gracia, que lo estamos los unos para hacerla á los otros.....

—¡Pero el cura no estaba allí!—interrumpió la mujer.

—No; pero Dios sí estaba—añadió Juana afectuosamente;—Dios, que es nuestro Padre; Dios, que nos ama y nos ha amado de tal manera que nos dió á su Hijo Unigénito para que ocupase nuestro lugar, y pagase la muerte que nosotros debemos por nuestros pecados, y subió luego á los cielos

para ser allí nuestro Mediador, el sólo Sacerdote capaz de perdonar los pecados de los hombres.

—¿Quiere usted hablarme de Nuestro Señor Jesucristo?—preguntó la mujer con grandes sollozos.—Mas usted sabe que sin la intercesion de su santísima Madre y la absolucion de la Iglesia, yo me temo que habrá condenado á mi Antonio.

—Al contrario, buena mujer. El mismo invita á los pecadores á ir á él. No dice: «Id á la iglesia, ó Id á María.» No, ha dicho: «Venid á Mí.» Y lo que él dice no lo dice en vano. No quiere que vayamos ni á los santos, ni á los ángeles, ni á los sacerdotes, sino á él mismo, á él sólo. Y á los que van á él, los recibe y los bendice. Yo voy á leer á usted una historia, la historia de uno que se dirigió á Jesus sin ningun intermediario, sin bautismo, sin sacramento, sin la asistencia del sacerdote ni de la Iglesia.

Y abriendo un pequeño libro en que habia copiado algunos extractos de la vieja Biblia castellana, le leyó el recitado del ladron sobre la cruz, su corta oracion: «Señor, acuérdate de mí,» y la respuesta inmediata y favorable de Jesus: «Hoy serás conmigo en el paraiso.»

La mujer, bajo la impresion de esas palabras de misericordia, que tanto la consolaron, miraba á la jóven, como no atreviéndose á esperar que Dios hubiese querido ser tan clemente con su pobre Antonio, como lo habia sido con el ladron. Esta nueva le parecia tan alegre, que no se atrevia á creerla verdad. Por otra parte, aceptar esta esperanza de que quizá hubiese sido oida por Dios la oracion de su marido, era á su juicio, como poner en duda ó rechazar las enseñanzas de la Iglesia. Y los lazos que la sujetaban á ésta eran tan fuertes, que sentia más dolor en romperlos que en pensar que su marido estaba doblemente perdido. Y no era la primera vez que habia oido poner en tela de juicio y hasta ridiculizar la autoridad de la Iglesia. Poseia, escondido en el fondo de su baul de encina, un ejemplar de dos Diálogos, que habian dado, secretamente, la vuelta al mundo.

Estos dos folletos, impresos en Venecia, habian salido de

la pluma de Juan de Valdés. El uno era un diálogo entre Caronte y Mercurio, departiendo en la laguna Estigia sobre las guerras de Europa; el otro era una discusion sobre la toma de Roma en 1527. En ambos se esforzaba el autor por hacer conocer á sus lectores las doctrinas de Lutero, y ponerlos en guardia en contra de la mayor parte de las prácticas de la Iglesia, sin exceptuar al clero, cuya vida depravada y escandalosa no era á la vista de todos más que una confirmacion de los reproches que les dirigia el autor.

Antonio y su mujer habian leido ambos folletos. Pero temiendo para sí mismos las mismas dificultades que esta publicacion habia ocasionado á los dos hermanos, Juan y Alfonso Valdés, que los habian escrito, habian obrado con mucha prudencia. En lugar de comunicarlos á otros, los habian guardado en su cofre de encina, donde los tenian á salvo de las pesquisas de los inquisidores. Ahora la pobre mujer se acordaba de que los tenia allí guardados. Prometió dárselos á Juana, y pensar por su parte en lo que acababa de oir concerniente á su marido.

La indisposicion de doña Constanza los retuvo en aquella poblacion casi un mes. Durante este tiempo, Juana tuvo la satisfaccion de ver que sus palabras habian llevado consolacion al espíritu de la viuda. Los terribles temores que ella antes sentia respecto al alma de su marido, habian por fin desaparecido. Llegó poco á poco á convencerse de que, á pesar del olvido de su marido y de la ausencia del cura, en sus últimos momentos, el Sumo Sacerdote, Jesucristo, habia oido la oracion que le dirigió, y de que Antonio mismo habia llegado al conocimiento de Dios su Padre y de su Salvador Jesucristo, al abrigo ya de las tinieblas, de la supersticion y de las invenciones papales, en medio de las cuales marchaba ella misma todavia, no viendo sino imperfectamente.

Este imprevisto retraso obligó á don Pedro á salir para Salamanca casi en cuanto llegó á Valladolid. La infanta de Portugal debia dejar la casa paterna, y salir de Lisboa los primeros dias de Octubre para trasladarse á la frontera, donde un brillante cortejo se aprestaba para recibirla y condu-

cirla á Salamanca. Era allí donde debia encontrar á su prometido Felipe.

Don Pedro, pues, apenas tuvo tiempo para instalar á su familia en Valladolid, reunir su tropa de soldados y agregarse con ellos al séquito del duque de Medina Sidonia, el más rico y el más poderoso hidalgo de Andalucía.

Este último habia puesto á disposicion de la infanta su palacio de Badajoz, y lo habia embellecido para el caso con todo el lujo y esplendores de su rango. Las tapicerias y colgaduras estaban bordadas de oro; las camas, la silleria y los muebles todos brillaban al resplandor de la plata ó de metales preciosos. El dia mismo de la recepcion, el duque habia montado en una soberbia litera tirada por mulas cubiertas materialmente de oro macizo, mientras que tres mil soldados, con los profesores de Salamanca, vestidos de sus togas académicas, los jueces y el corregidor de la ciudad con trajes de terciopelo carmesí, medias y calzado brillantes de blancura, servian de escolta al rico y poderoso señor.

La princesa no estaba rodeada de menor esplendor. Soberbiamente vestida de una tela de tisú de plata, cubierta su cabeza de una rica mantilla castellana de terciopelo color violeta, recogido su peinado en un gorro del mismo color adornado de una pluma blanca y azul, venia montada en una mula soberbiamente enjaezada, cuya silla era de plata.

El lugar del encuentro habia sido fijado en Salamanca. Mas Felipe estaba muy impaciente por ver á la mujer que iba á ser suya. En el momento de la partida, Felipe se juntó con uno ó dos de sus amigos particulares, habiendo cuidado antes de disfrazarse de cazador, y cubrir su cabeza con un sombrero de terciopelo, envuelto en una gasa, que pudo permitirle sin ser conocido, mezclarse con la muchedumbre al lado de la infanta, y satisfacer á su gusto su ardiente y legítima curiosidad.

Este disfraz no impidió á don Pedro reconocerle, y apercibir en la sombría expresion de su rostro, que no era un príncipe dispuesto á sufrir ninguna contrariedad, ni dejar pasar desapercibida la más ligera infraccion de su voluntad.

Este carácter era debido en gran parte al carácter demasiado indulgente de su preceptor, que no habia hecho ningun esfuerzo por domar su voluntad rebelde y déspota, á pesar de las quejas continuas de su padre Carlos V.

La noche siguiente, 12 de Noviembre, tuvo lugar la celebracion del matrimonio. Las fiestas, soberbiamente organizadas, duraron una semana entera. Pero el héroe de todos estos esplendores, don Felipe, príncipe de Asturias, y heredero del más poderoso reino del mundo, no parecia tomar gran parte en ellas. En realidad, nadie podia todavia quejarse de los arrebatos de su carácter; pero nadie tampoco podia citar de él un rasgo de generosidad.

Por fin, la vieja y tranquila ciudad de Salamanca, volvió á su calma habitual, encerrada á la sombra de sus altas y macizas torres. La pareja privilegiada habia marchado á Valladolid. Don Pedro, por su parte, habia vuelto al seno de su familia.

Las fiestas suntuosas de que habia sido testigo, no habian alcanzado á disipar la tristeza de que estaba embargado su corazon desde la encarcelacion de Valero. Los descubrimientos que él y algunos de sus amigos habian hecho sobre el carácter del jóven príncipe, no eran en verdad para tranquilizar su ansiedad.

Ya corria el rumor de que el emperador tenia intencion de abdicar el poder en las manos de Felipe, para ir á concluir sus días en un monasterio. No era de extrañar, que la adhesion de don Felipe á las supersticiones de la Iglesia, su carácter sombrío y triste, su amor al poder despótico y absoluto, hiciese nacer temores en el espíritu de los partidarios de la verdad, que hubiesen querido ver desenvolverse en España el espíritu de examen é investigacion, que se sentia ya necesario en todas las clases sociales de España. No debe extrañarse tampoco que más de uno de los que habian visto al príncipe en Valladolid, se sintiese turbado al pensamiento de tener que sufrir dentro de poco una dominacion tan tiránica.

CAPÍTULO XVII.

Un auto de fe.

La llegada de Felipe á Valladolid, fue para esta ciudad ocasion de nuevas fiestas. Esto en nada preocupaba á don Pedro. Lo que le interesaba más, así como á uno de sus amigos íntimos, don Cárlos de Seso, era la suerte de un prisionero, San Roman, que el emperador habia enviado cargado de cadenas, de Ratisbona á Argel, y cuya vuelta próxima á Valladolid se esperaba.

San Roman era un jóven noble, español de nacimiento. Habiendo vivido en los Paises Bajos, abrazó las ideas de Lutero. Perseguido por esto, estuvo preso por espacio de ocho meses. Amigos influyentes que tenia, obtuvieron su libertad bajo la esperanza de que viviendo en un pais católico, abjuraría de su herejía. En el momento de marchar, supo que se estaba celebrando una dieta en Ratisbona, y que el emperador parecia algun tanto favorable á las ideas de Lutero. Esta noticia le estimuló tanto, que en lugar de dirigirse á España, se encaminó á la dieta para encontrar allí al emperador. Habiendo logrado una entrevista con él, le expuso muy claramente el objeto de su visita. Le representó el estado deplorable en que la religion se encontraba en España, y le suplicó empleara su real poder para detener las crueldades crecientes y los atropellos de la Inquisicion y del clero, cuya violencia y crueldad no tenian otro objeto que sustraer á España de la influencia de la verdad, y aprovechando su ignorancia, ahogar las enseñanzas de Jesucristo.

Enardecido por la respuesta, relativamente bondadosa, del emperador, quiso intentar segunda vez la misma empresa. Esto no hizo sino exasperar á algunos españoles que formaban el séquito real, y que seguramente no hubieran tenido escrúpulos en arrojarle al Danubio, sin otra forma de proceso, si el emperador mismo no hubiese intervenido y les hubiese recordado que sólo á los jueces es á quienes correspondia el ejercer la justicia. Consecuencia de esto, fue encadenado y obligado á seguir de esa manera la escolta del emperador, primero de Alemania á Italia, despues de Italia á Africa, hasta el dia en que, despues de la desgraciada campaña de Argel, se le embarcó para España, para que fuese juzgado por el Santo Oficio, bajo la inculpacion de herejía.

Era una mision delicada y peligrosa el trabajar en favor de un prisionero tan comprometido como San Roman. Pero don Cárlos de Seso tenia hechos grandes servicios al emperador. El era el que habia obtenido en otro tiempo la mano de doña Isabel de Portugal, princesa de la familia real de Castilla y de Leon, y parienta lejana de don Pedro. Tenia, pues, alguna esperanza de que el emperador, cediendo á las instancias de la princesa, acabase por mandar sobreseer el proceso del prisionero.

Don Pedro no participaba de estas mismas esperanzas que don Cárlos de Seso. Tenia muy presentes aún los recuerdos del proceso de Virués. Recordaba que el mismo emperador habia sido impotente á detener la persecucion contra su capellan, y que la influencia de Cárlos V no habia impedido que el tribunal condenase al acusado á cuatro años de prision. Se acordaba, además, de las grandes dificultades que habia tenido que vencer para obtener para él el obispado de Canarias.

Por lo demás, no eran solos don Pedro y su amigo los que en Valladolid profesaban las doctrinas luteranas. Habia allí, como en Sevilla, un pequeño grupo de partidarios secretos de la Reforma. Don Pedro mismo habia sido el encargado por el doctor Egidio de llevar de su parte un paquete de cartas á uno de sus amigos y condiscípulos en la academia de Alcalá,

el doctor Agustin Cazalla, capellan y predicador del rey. Se habian celebrado reuniones regulares de los *nuevos convertidos*, ya en casa de don Pedro, ya en la de Cárlos de Seso, ya en la de doña Leonor de Vivero, madre del doctor Cazalla. Allí se leian los *Diálogos* y las *Consideraciones divinas* de Juan de Valdés, y las santas Escrituras. Esperaban que no se tardaria el tiempo, en que éstas serian traducidas y publicadas en lengua castellana. Un sabio español, Encinas, que habia marchado á los Paises Bajos, acababa, en efecto, de hacer una version al castellano del Nuevo Testamento griego, y la habia hecho imprimir en Amberes. Don Pedro habia recibido ya un ejemplar y esperaba recibir otros, cuando se esparció el rumor de que los examinadores, á quienes habia sido sometida esta traduccion, y que debian consentir su publicacion, la consideraban como tocada de herejía. Le reprochaban el título de *El Nuevo Pacto*, expresion muy luterana, y especialmente aquellas palabras de *nuestro perfecto Redentor*, que sabian mucho á Reforma.

Desesperando Encinas de que su version obtuviese la aprobacion de los examinadores, habia remitido su edicion á las manos de mercaderes de libros, de suerte que se podia esperar que habria pronto copias. No se debia, pues, tardar mucho en saber que habia sido perseguido por haberse atrevido á publicar una obra sin el permiso de las autoridades competentes.

Durante este tiempo, San Roman habia llegado á Valladolid, donde habia sido entregado á disposicion de los inquisidores. Profesaba la gran doctrina reformada de la *justificacion por la fe* en la misericordia de Dios mediante el sacrificio expiatorio de Jesucristo, el solo Mediador, en contra de la doctrina romana de las *Obras* y del mérito personal para obtener la salvacion. Denunciaba como blasfemia contra el Dios viviente, la celebracion de la misa, la confesion auricular, la creencia en el purgatorio, la invocacion de los santos, y la adoracion de las imágenes. Su proceso, por consiguiente, no debia ser muy largo. Un *credo* semejante hacia inútil todo empeño en su favor.

D. Cárlos de Seso le habia oido hacer esta bella y difícil profesion de fe. Mas, aunque él admirase secretamente el valor y firmeza del prisionero, sabia que era tan imprudente como inútil hacer tentativa alguna en su favor.

Habíase extendido por la ciudad el rumor de que muy pronto debia verificarse un auto de fe. Un cierto número de guardias de corps del emperador, que le habian seguido á Alemania, y que se habian mezclado con el ejército luterano en el saqueo de Roma, y en la defensa de Nápoles, pensaba con pena en los deberes que tendrian que llenar en tan sensible circunstancia. Fue por la mediacion de uno de ellos, algo pariente de uno de los criados de don Pedro, por donde supo éste la sentencia que condenaba á San Roman á ser quemado.

—No, no es posible—exclamó Juana, pálida de indignacion, cuando supo por una de sus doncellas tan dolorosa noticia.—No, la Inquisicion no se atreverá á obrar con tal rigor.

—Pues yo me temo—respondió la doncella—que sucederá. Mi tio tiene una profunda pena por ello. Es guardia del rey, y por este motivo tendrá que asistir á la ejecucion.

—Pues me asombra—respondió Juana—que este espectáculo le disguste. He oido decir que las damas de elevada alcurnia y los caballeros asistian á estos espectáculos, cuando se quemaba á los moros y judíos.

—Ciertamente. Mas el señor San Roman no es ni judío ni moro. Es, segun cuenta mi tio, un noble mártir de la fe cristiana, y es su amor á la verdad lo que hace que sea condenado.

—¿Cree tu tio en las mismas doctrinas que tú y tu padre habeis aprendido del viejo Diaz?

—Y de usted, señorita—respondió la doncella.—Diaz me ha enseñado mucho, pero usted me ha enseñado más. Y ahora que ya Diaz murió, yo conservo como un tesoro en mi corazon todo lo que usted me dice, para enseñárselo á mi padre.

—¿Pero tu tio, el soldado, cómo ha aprendido estas doctrinas?

PRIETO
S.C.

—En Roma primeramente, señorita. En aquella ciudad estaba alojado junto con un viejo soldado aleman. De él aprendió á conocer la vida escandalosa del clero y el vergonzoso tráfico de las indulgencias. Pudo ver por sí mismo cuán poco se cuidaban de la religion los cardenales y el mismo Papa. Aquel espectáculo descorazonador le hacia estar más atento á lo que el aleman le contaba de los actos y escritos del fraile Martin Lutero. En Nápoles oyó al señor Valdés enseñar las mismas doctrinas. Comprendió que eran la verdad. Despues ha tenido frecuentes conversaciones con San Roman mismo, cuando venia con él de Africa á España, y está ahora persuadido más que nunca de que es la Biblia, y no el clero corrompido de Roma la que enseña la verdad.

Las nuevas traidas por el soldado no tardaron en confirmarse. San Roman, efectivamente, fue condenado á las llamas por hereje obstinado y endurecido. Bien tempranito toda la ciudad estuvo de pie para asistir al auto de fe, en el que la principal víctima era él.

¡Lúgubre procesion la que salió del castillo, cuando en el dia fijado para la ejecucion, la aurora naciente de una hermosa mañana primaveral vino á iluminar las macizas y sombrías puertas! Un grupo de soldados, más ó menos satisfechos del cargo que estaban desempeñando, abria la marcha. Detrás iban muchos sacerdotes de sobrepelliz, acompañados de coristas, que iban cantando alternativamente los oficios de la liturgia para estos casos, y los salmos del oficio de difuntos. En pos de ellos iban los prisioneros, divididos en diferentes clases, segun el grado de culpabilidad que se les habia atribuido, los más culpables los primeros. Ocupaba el puesto primero San Roman, con el repugnante sanbenito, una cuerda al cuello y una vela apagada en la mano. Cada prisionero iba guardado por dos familiares. Pero San Roman, como condenado á muerte, iba acompañado de un sacerdote, que durante todo el trayecto le ofrecía á besar un crucifijo, y se esforzaba por arrancarle una retractacion. Detrás de los condenados iban los magistrados de la ciudad, los jueces, los hombres de estado, toda la nobleza á caballo ó en literas;

luego el clero secular y los monjes de todos los conventos de las cercanías. Por fin avanzaban lenta y solemnemente los miembros del Santo Oficio, precedidos del procurador fiscal. Este llevaba en sus manos la bandera de seda de la Inquisicion, donde se podian ver grabados en grandes caractéres los nombres y las insignias de Sixto IV y Fernando el Católico, fundadores de la famosa institucion. Esta bandera terminaba en un crucifijo de plata maciza sobredorada. El populacho tenia mucha devocion á esta efigie. Terminaban la procesion los familiares del Santo Oficio, á caballo, sirviendo de escolta.

En este órden, avanzaba el cortejo en medio de apiñada muchedumbre hasta llegar á la plaza principal de la ciudad, donde se habian levantado dos estrados, uno frente á otro. El primero era para los inquisidores, el segundo para los prisioneros.

Los que asistian aquella mañana á tal escena no todos habian ido por amor á tal espectáculo. Muchos entre la muchedumbre, participaban secretamente de las ideas de los que iban á morir por la verdad cristiana, despues de haber confesado públicamente su fe, y no habian concurrido sino por despistar la vigilancia de los inquisidores, que hubieran sospechado de ellos á no haberlos visto concurrir á tal espectáculo. Estos oian sin atencion el sermon de un predicador, que muy pronto, por ofensas á la misma Iglesia, debia sufrir iguales tratamientos, el doctor Carranza, y sus miradas recorrian furtivamente los diferentes grupos de los condenados para descubrir á San Roman, y llevar á este desgraciado, escuálido, macilento y que se habia puesto desconocido por las torturas de la prision, el testimonio de su profunda simpatía.

Cuando el orador hubo acabado su sermon, el secretario del tribunal leyó la sentencia. Eran castigados con diversas penitencias, confiscacion de bienes, encierros más ó menos duraderos y otras penas semejantes, todos los presos que se habian reconciliado con la Iglesia. Cuando los condenados de esta categoría hubieron oido esta sentencia que los condenaba, cayeron de rodillas, declararon pública-

mente que se reconocian culpables de herejia, y que renunciaban para siempre á tales doctrinas. Al oir esto, el inquisidor general bajó de su sitial, y acercándose á ellos los declaró absueltos de sus faltas. Despues se volvió á los espectadores, que se prosternaron á su vez, y pronunció delante de aquella muchedumbre así humillada una arenga vehemente, exhortando á todos los que le oian, á vivir y morir en la fe de la Iglesia, á defender y sostener la *Santa Inquisicion.*

Se leyó despues la sentencia de muerte contra San Roman, que fue inmediatamente entregado al brazo secular, que debia hacerle sufrir la pena en vigor contra todo hereje endurecido. Por una ironia cruel é impia, los inquisidores recomendaron á los magistrados el tratarlo con dulzura y clemencia, cuando todo el mundo sabia que cinco dias antes habian ordenado ya al verdugo preparar una hoguera para poner en ella al prisionero, y que no habia ninguna autoridad bastante poderosa para hacer gracia y misericordia, cuando el tribunal habia hecho oir su irrevocable sentencia.

La prueba terrible, que le esperaba, no quebrantó la firmeza del prisionero. Con la expresion de una compasion profunda miró á los que se habian retractado, reconociendo que la vida, por preciosa que sea, no vale el sacrificio de la fe. No consintió en cambiar el suplicio del fuego por el de la horca, que era menos doloroso, porque no queria sujetarse á dos condiciones necesarias para el cambio: el confesarse con un sacerdote y el inclinar la cabeza ante un crucifijo que se le presentaba.

Una vez en poder del brazo secular, se le condujo fuera de la ciudad con una escolta de soldados y un cortejo de sacerdotes, para ejecutarlo. La muchedumbre, hasta entónces compacta, se dispersó en grupos numerosos; unos se dirigian al lugar del suplicio, otros acompañaban á los retractados hasta el lugar de su prision: un pequeño número, cabizbajos y pensativos, tomaron el camino de sus casas.

Juana, sin acordarse que era el dia señalado para el auto de fe, habia ido aquella mañana muy temprano, en compañia de su dueña, al culto que debia presidir el doctor Cazalla.

Habia, naturalmente, pocos oyentes. El culto fue muy corto. Mas como las puertas de la Iglesia están abiertas siempre á los devotos que deseen ofrecer su culto á las estatuas é imágenes, le era muy fácil á Juana esperar allí hasta que el enjambre de curiosos que llenaba las calles se hubiese dispersado. Allí podia ocupar su tiempo en leer un pequeño libro, que llevaba escondido bajo los pliegues de su ancho manto. La sombra discreta que la luz, pasando á través de los vidrios, proyectaba en la iglesia, el silencio profundo que reinaba bajo aquellas bóvedas, se prestaban á ese pasatiempo. Se sentó, con la mirada distraida, dirigida al altar mayor, donde lucia la llama temblorosa de la lámpara sobre un candelero de plata, mientras que su pensamiento fugitivo estaba en el héroe, que bien pronto iba á obtener la corona de la victoria, y despues naturalmente, sobre el héroe más querido de su corazon, que reducido al silencio de un calabozo, no era menos noble y glorioso mártir en su prision de San Lúcar.

Absorta estaba en estas reflexiones, cuando fue distraida por un ligero ruido que se produjo en la puerta de entrada, y por la voz quejumbrosa de una jóven que hacia esfuerzos por contener sus sollozos.

—¡No, yo no puedo! ¡yo no puedo!—gritaba.—Déjeme usted quedar aquí, y yo pediré por su alma!

—Pero es necesario orar á la Santísima Vírgen, como se hace ordinariamente, sin lo cual no adelantarás nada—respondia otra voz.

—¡Déjeme usted, déjeme usted rezar!—suplicaba la jóven. —Yo pediré tambien á mi confesor que me imponga otra penitencia, pero que me dispense de asistir al auto de fe cuyo espectáculo horrible yo no podria soportar. ¡Oh, por favor, déjeme usted quedar aquí!

Y así hablando, se habia acurrucado junto á la puerta, en un rincon, sin querer moverse de allí. La persona que la acompañaba, de mucha más edad, no se atrevia á insistir, temerosa de promover un escándalo. Se contentaba con murmurar algunas palabras ininteligibles, y se marchó, dejando

á la jóven muy agitada en el sitio de donde no podia arrancarla.

Durante este diálogo, Juana se habia acercado.

—¿Qué le pasa á usted, pobrecita?—le dijo con cariño.

La desconocida no le pudo responder por el pronto más que con gruesas lágrimas, que en grande abundancia corrian por sus mejillas. Despues de algunos instantes de este desahogo,

—¿Cree usted en la santa Virgen?—dijo.

—¿La santa Vírgen?—repitió Juana.—Yo creo que es la madre de nuestro Señor Jesucristo, una mujer pura y santa, que amó mucho en él á su divino Salvador, así como á su Hijo.

—¿Pero piensa usted que ella oye nuestras oraciones?—preguntó, insistiendo la jóven.—Oh señorita, dígamelo usted, enséñeme usted á quién yo pueda dirigir mi oracion y confesar mi falta.

—El Señor Jesus es el solo sacerdote capaz de perdonar pecados, y de oir y atender nuestras oraciones—contestó Juana.—Mas, ¿cómo has llegado á pensar en estas cosas? ¿quién te ha hablado de esto?

—Mi hermano, mi querido Cárlos, muerto últimamente en la guerra, en la que acompañó al emperador. La última vez que vino á casa, me contó que ya no hacia sus oraciones á la Vírgen, sino que habia aprendido á dirigirse al Salvador Jesus. Y me aconsejó hacer lo mismo, y á no confesar más que á Cristo lo que yo tuviera que decir al sacerdote. Ahora ya no puede repetírmelo. Mas yo no he olvidado sus palabras, y hace ya mucho tiempo que yo no me confieso; pero mi madre y el cura me dicen que yo hago como los herejes, y para curarme de la herejía, mi director me ha mandado como penitencia asistir al auto de fe. Pero, señorita, si el Señor Jesus oye mis oraciones sin el intermedio de la Iglesia, yo no tengo necesidad de ir al confesonario á oir al confesor preguntas que me dan vergüenza y me sacan los colores á la cara, ¿no es verdad?

CAPITULO XVIII.

La monja de Santa Clara.

Juana no habia tenido tiempo aún de dirigir una palabra de aliento á la jóven, que con tanta franqueza acababa de abrirle su corazon, cuando la otra mujer estaba ya de vuelta, insistiendo para que dejase la iglesia y le acompañase al lugar del suplicio, donde el doctor Carranza debia pronunciar un elocuente discurso. Juana vino en su ayuda. Se acercó á la madre, le reveló su nombre y condicion, le dijo que tenia necesidad de una doncella, y acabó por pedirle que le cediese á su hija para cumplir estas funciones.

¡Doncella de una gran señora! Esto era una proporcion de las que no se presentaban fácilmente á una hija del pueblo. Valia, pues, la pena de pensar en ello, antes de dejar escapar la ocasion. Por otra parte, desembarazarse de la hija, era librarse de sobresaltos y temores que habian empezado á apoderarse de ella, y conservar intacta en la familia la reputacion de buenos católicos que habian tenido hasta entónces. La mujer ignoraba que su hijo se hubiese separado de la Iglesia. Sus parientes y vecinos lo ignoraban tambien. Habia, pues, escapado sin dificultad de la prevencion que la Iglesia hacia recaer sobre la cabeza de todo aquel que hubiese tenido relaciones de algun modo con un hereje.

Mas tambien habia conocido con profunda tristeza las tendencias religiosas de su hija. Y los recelos habian llegado á los oidos del confesor, desde cuyo momento, la pobre jóven

vivia en un continuo tormento, temiendo á cada instante que el secreto fuese divulgado, y ella llegase á ser objeto de disgusto y horror á los ojos de los vecinos de la ciudad.

El ofrecimiento de Juana de tomar á su servicio á la muchacha, vino, pues, con la mayor oportunidad. De un golpe desaparecerian todas las dificultades. No le quedaba ya sino el manifestar á su confesor que habia adquirido colocacion en una casa de católicos devotos, que no le permitirian desertar del confesonario. No sospechaba la posibilidad de que, en la católica España, la familia de don Pedro fuese otra cosa que una devota ferviente de la Iglesia. Eran sólo algunos mercaderes y soldados, como el prisionero San Roman, los que habian traido consigo de Alemania la herejía, como habrian podido traer la peste ó cualquier otra enfermedad. Mas, que un hidalgo, un noble señor español pudiese estar infectado, era una suposicion inadmisible. En virtud de todas estas consideraciones, la proposicion fue admitida.

Sin consultar á su hija, sin preguntarle si deseaba entrar al servicio de la jóven señorita con la que acababa de hacer conocimiento de una manera tan extraña, consintió en dejarla marchar con Juana en el mismo momento.

La jóven, sorprendida así sin preparacion y sin antecedentes, habria podido manifestar alguna duda. Mas las señales de interés y simpatía que le dió Juana, eran tan alentadoras, que se doblegó sin dificultad, y consintió sin pena en acompañar ya desde aquel momento á su nueva señorita.

Para esperar á que la muchedumbre se dispersase, debieron permanecer todavia en la iglesia un buen rato, ántes de ponerse en camino á su casa. Esta tardanza inesperada comenzaba á inquietar á la familia de Juana, que habia enviado ya en su busca á algunos criados.

—Estaba muy inquieta por ti—le dijo la madre, estrechándola contra su pecho.—Habia pensado primeramente que habrias ido al convento, de donde te habian enviado la autorizacion para ver á tu hermana Isabel. Mas cuando he sabido que no habias ido allá, se ha apoderado de mí una gran angustia.

—¿De manera que ya tengo autorizacion para ver á mi hermana?—preguntó Juana muy contenta.—Yo comenzaba á perder las esperanzas.

—¡Ah! hubiese querido el cielo que no os hubieseis separado nunca—suspiró Constanza.—¡Si yo pudiese aún sacar á mis queridos hijos de los errores en que están sumidos, y de su supersticion!

—Madre, yo haré con Isabel lo que he hecho con mi hermano. Quizá ella podrá hacer en el convento lo que él ha hecho en el monasterio: separarse de las supersticiones de la Iglesia, y llevar á otras á buscar con ella la verdad en las Escrituras. Yo copiaré para ella las *Consideraciones* de Valdés, que mi padre ha recibido últimamente de la imprenta de Venecia, y espero que será para ella, como ha sido para mí, de una gran ayuda.

La tentativa que don Pedro habia hecho, hacia algunos años, para librar á su hija del poder de la Iglesia, habia hecho muy difíciles las negociaciones para obtener una entrevista entre las dos hermanas. Hacia ya mucho tiempo que no se habian hablado, y en una y otra se habia verificado una gran transformacion.

Al dia siguiente de haber obtenido el permiso, Juana se fue muy temprano al convento de Santa Clara. Inmediatamente se le dió entrada en una vasta sala. Esta pieza, blanqueada con cal, sin más adorno que dos miserables retratos de santos, uno enfrente de otro, era fria, oscura y lúgubre. Era el locutorio de la superiora. A través de una espesa rejilla, colocada en una de sus extremidades, una hermana conversa cambiaba algunas palabras en voz baja con una vieja monja. Anunció la presencia de Juana. Algunos minutos despues se abrió la puerta; la vieja monja, acompañada de una monja más jóven, se presentó al otro lado de la reja. No era posible á las dos hermanas cambiar un beso. Mas la monja jóven no parecia haber sido muy afectada. Su rostro, sin haber perdido toda la frescura de la juventud, no dejaba escapar ninguna emocion especial. Los esfuerzos de la voluntad para domar las pasiones rebeldes parecian haber quemado en ella

la fuente de la sensibilidad, y haberla hecho incapaz de amar. Se habria dicho, al verla encapuchada, la frente cubierta con una toca de tela blanca, envuelto el cuerpo en un sudario de sarga, que era un cadáver recien salido de la tumba.

—Doy á usted media hora para hablar con la señora—dijo la anciana monja inclinándose delante de Juana.—Por un favor sin precedentes, las dos hermanas pudieron cambiar sus pensamientos durante algunos instantes. La vieja ensayó el colocar bien su oido en el agujero de la cerradura, queriendo tomar al vuelo las cosas que se dijeran. Pero las dos jóvenes estaban al corriente de esta práctica, muy usada en los conventos, y Juana se habia preparado y llevaba por escrito lo que tenia principalmente en el corazon. Así que, no tuvo más que hacer que pasar por entre las rejas, á las manos de su hermana, la copia de las *Consideraciones* de Valdés.

—Doña Constanza ¿tiene buena salud?—preguntó la jóven monja con voz ahogada y sepulcral. (La Iglesia era su madre, y no se atrevia por consiguiente, á dar este título cariñoso á la que le habia dado el sér).

Juana inclinó la cabeza en señal de asentimiento. ¡Habria querido poder apoyarla sobre el seno de su amada hermana, y allí contarle confidencialmente la historia de sus amores y de la prision de su prometido! ¡Mas ay! no podia soñar en esto. Y aunque hubiese podido hacerlo, Isabel no habria podido ni comprenderla, ni simpatizar con su dolor.

—¿Eres aquí dichosa, Isabel?—se decidió á preguntarle.

Una llama súbita brilló en los negros ojos de la monja, y un ligero tinte coloreó sus pálidas mejillas. Pero un momento despues habia desaparecido aquella repentina emocion.

—¿Cómo podria ser de otra manera?—respondió evasivamente:—yo no he conocido el mundo de pecado, que se agita fuera de los muros del convento.

—¿Pero el mundo en que vives, Isabel, es realmente el lugar de reposo, de paz y satisfaccion que algunos pretenden?

—Yo no he llegado todavia á ese reposo—respondió con

cierta melancolia.—Mi corazon no está todavia enteramente subyugado, y es probable que...

—¿No has suspirado nunca por otra morada, por los padres, por los amigos?—le preguntó Juana.

Esta fue una pregunta poco discreta que sintió muy pronto haber hecho. Casi á pesar suyo se le habia escapado de los labios.

Esta vez toda la llama de un amor por mucho tiempo contenido, iluminó el demacrado rostro de la jóven religiosa. Sus huesosas manos se crisparon. Se hubiese dicho que habria querido estrechar á su hermana en un abrazo apasionado.

—¡Desearia yo tanto que te fuese posible venir conmigo á casa!—continuó Juana, conmovida hasta asomarle las lágrimas por la visible turbacion de su hermana.

—¡Imposible!—respondió—mi casa es aquí, en el seno de la Iglesia.

—En el cielo nos hallaremos en familia—añadió Juana.—Allí no habrá ni rejas ni muros de convento para separarnos.

Isabel miró á su hermana sin casi comprenderla. El cielo no le habia parecido, á través de su imaginacion de monja, más que como un convento construido en más elevada escala, en que los sentimientos del corazon, reprimidos, vencidos, aniquilados, tendrian un reposo absoluto. Pero la dicha, la dicha tal como ella podia verla bajo la figura de los mendigos que venian á pedir limosna á la puerta del convento, y que ella no podia menos de envidiar; la dicha que brilla en los ojos de un niño mecido en los brazos de su madre; la dicha de la madre que se extasía de ternura en la contemplacion de su pequeño, era una dicha puramente mundanal, y por consiguiente, para ella llena de pecado. En el cielo no podia haber tales emociones ni amores semejantes. Y sin embargo, ni los ayunos, ni las vigilias que se imponia eran capaces de domar los sentimientos apasionados que sentia á la vista de su madre, de su padre y de su hermana, y que persistian siempre tenaces, á pesar de los esfuerzos que hacia por arrancarlos de su corazon.

—Yo no sé lo que tú entiendes por cielo—añadió con una especie de lástima.—El cielo de las monjas es de otra manera elevado, de otra manera santo que el que está reservado á los seglares, y por lo tanto muy diferente.

—No lo comprendo—respondió Juana.—Para mí, estoy persuadida de una cosa: que yo habitaré en compañía del Señor Jesus y de todos aquellos que la crueldad de los hombres me ha arrebatado, como nuestro hermano y mi Rodrigo. Por lo demás yo espero estar allí con ellos y verlos con mis ojos.

Isabel no tuvo más tiempo que de guardar el manuscrito que le habia llevado su hermana. La vieja monja acababa de entrar de nuevo en el locutorio. Algunos instantes despues, Juana dejaba el convento, mientras que su hermana, encerrada en su celda, se entregaba con avidez á la lectura del precioso manuscrito.

Abriéndolo, cayeron sus ojos sobre estas palabras de Valdés: «Para comprender de qué manera nosotros, que somos miembros de Cristo, debemos obtener todas las cosas de Dios por Cristo, considero que en el mundo intelectual y moral pasa como en el mundo físico. De la misma manera que el que tiene el perfecto uso de sus ojos, distingue claramente la forma de los objetos materiales por medio del sol, en el que Dios ha colocado su luz; así el hombre que tiene el uso sano de su espíritu, comprende por medio de Cristo, en quien Dios ha colocado todos los tesoros de su gracia, las cosas del espíritu. De la misma manera que conviene al ciego pedir á Dios que le libre de su enfermedad, para poder gozar de los resplandores del sol, así es natural que el que no tiene todavia conocimiento de las riquezas infinitas que Dios ha comunicado á los hombres por Cristo, dirija á Dios su oracion, pidiéndole que le haga capaz de comprenderlas, de apreciarlas y de recibirlas, pues que ellas han sido puestas por Jesucristo mismo á disposicion de todos.»

«Nosotros lo hemos recibido todo de su plenitud y gracia sobre gracia,» dijo el apóstol Juan. «Por Moisés Dios nos habia colocado bajo el régimen de la ley; por Cristo nos ha coloca-

do bajo el de la gracia, siendo cada uno justificado por la justicia de Cristo, é iluminado por las luces del Espíritu Santo, de quien procede toda luz y toda verdad.»

Isabel habia acabado su lectura, hacia ya algunos minutos, y aún tenia entre sus dedos el papel, mirándolo con asombro como si hubiese dudado de la sinceridad de sus sentidos, pudiendo apenas rendirse á la evidencia.

Juana le decia además, en una carta especial en que la exhortaba al estudio de los Libros Santos, que el escrito que acababa de leer era debido á la pluma de un piadoso español, que habia acompañado al rey á Italia, y que este español, al mismo tiempo que cumplia cerca del rey de Nápoles las funciones de secretario, habia hecho por ilustrar á las almas sinceras, y darles un conocimiento más preciso y más recto de Dios y de su voluntad que la misma Iglesia con sus sacerdotes y sus enseñanzas. Le añadia que sus escritos, considerados por sus amigos como un tesoro inapreciable, habian sido impresos en Venecia, y enviados á España en cantidad considerable.

«Un conocimiento de Dios más recto y más preciso» repetia, leyendo la carta de Juana. No es así en manera alguna como lo enseña la Iglesia. Esta carta me dice que es Cristo el depositario de todos los tesoros de la divinidad, mientras que la Iglesia reclama para sí misma este depósito. Y luego no hace mencion ninguna de ángeles ni de santos, ni de su intercesion. ¿Será posible que la Iglesia se haya equivocado y haya interpretado mal las Escrituras concernientes á Cristo? Quiero saber lo que á este propósito dicen San Pablo y San Juan. Hay en la Biblioteca una Vulgata, que yo he visto algunas veces en las manos de las monjas más ancianas. Es necesario que yo la lea. Ese Juan Valdés escribe cosas muy extrañas acerca de la justificacion. Si somos justificados por la justicia de Cristo, ¿para qué necesitamos trabajar nosotros individualmente por medio de obras tales como el ayuno, oraciones, penitencias, y desterrarnos lejos del mundo á los muros de un convento? ¿Será un error todo lo que yo he trabajado y sufrido para reducir al silencio las pasiones de mi co-

razon, y todos los sacrificios que me he impuesto para abrir el cielo á mi hermano, muerto sin bautismo?

Isabel no tuvo más tiempo para seguir meditando estas materias. La campana de la capilla llamaba á las monjas al coro para asistir á la misa, que se celebraba aquel dia por el descanso del alma de la emperatriz Isabel.

La jóven monja ocultó cuidadosamente el peligroso manuscrito en un pliegue de su hábito, y abandonó apresuradamente su celda para ir á cumplir los deberes monótonos que la religion impone á todas las hermanas de la órden en aquella ceremonia.

Durante este tiempo, Juana habia vuelto á su casa, donde le esperaban nuevos motivos de turbacion. Algunos guardias de corps del emperador, partidarios secretos de las ideas de Lutero, habian sido impresionados tan vivamente por la constancia y firmeza heróica del martir San Roman, que habian recogido sus cenizas. El mismo embajador inglés habia recogido alguno de sus huesos, para guardarlos como recuerdo del mártir.

La Inquisicion, siempre en acecho, no dejó de fijar sus ojos en aquellos atrevidos pecadores, que habian osado poner en sospecha la justicia de sus juicios. Los soldados fueron aprisionados, y una órden dictada por el tribunal, prohibió al embajador el contacto con el príncipe Felipe y tomar parte en los regocijos públicos.

Una manifestacion tal de censura á los que conservaban simpatías por el mártir, hubiera debido bastar, al parecer, para impedir el hablar de él y de sus opiniones. Mas produjo el efecto contrario. Hasta entónces, los partidarios de la Reforma no habian hablado de sus ideas sino en voz baja, y solamente con sus amigos íntimos. Desde entónces todos los espíritus se fijaron sobre San Roman, como sobre un centro comun. La reflexion excitada por la muerte del glorioso mártir, por la prision de los soldados y por las medidas con el embajador, habia hecho desaparecer aquel temor. La simpatía por San Roman, la admiracion por sus ideas privaban en todas las conversaciones, de suerte que era muy fácil á los

partidarios de la nueva fe, como se los llamaba, reconocerse mutuamente.

La intrepidez con que San Roman habia sufrido los tormentos de aquella horrible muerte, habia disipado la tímida reserva en que se habian encerrado los discípulos secretos, que en adelante ya no temian confesar su fe delante de sus amigos. Sus confidencias recíprocas, fortificaban naturalmente la esperanza de todos. Aunque siempre eran necesarias las precauciones para desorientar la vigilancia de los inquisidores, el pequeño círculo que se reunia en casa de don Pedro se ensanchaba más cada dia.

El doctor Cazalla era ciertamente menos avanzado en sus ideas, que muchos de sus oyentes de Valladolid. Al menos así se deducia del puesto de honor á que el emperador le llamó más tarde. Pues le tomó por predicador de la corte, y le llevó consigo á Alemania para refutar pública y privadamente las ideas de Lutero.

Si Felipe hubiese podido prever el efecto que habia de producir en el espíritu del doctor el contacto de la pura fe evangélica, seguramente no le habria elevado á aquella encumbrada posicion. A semejanza de sus compatriotas, enviados antes que él á Alemania ó Inglaterra con el mismo motivo, su espíritu se abria gradualmente á la luz. Confirmaba así la palabra de un escritor católico de la época: «Han ido lejos á llevar á otros la luz, y han vuelto llenos de tinieblas. Engañados en sus esperanzas, llenos de ambicion, devorados por la sed de parecer más instruidos que los otros por el hecho de haber sido enviados á países lejanos, se han extraviado, y se han hecho herejes, como aquellos á quienes tenian la mision de combatir.» Esto le pasó al doctor Cazalla. Murió por la verdad.

CAPITULO XIX.

Muerte de doña Constanza.

Mientras que las ideas de la Reforma se extendian por todas las clases de la sociedad, así las clases elevadas como las militares que habian acompañado al emperador á la guerra, hacian tambien su camino entre las monjas del convento de Santa Clara.

La hija de don Pedro no se habia contentado con estudiar ella sola las Escrituras; habia dado cuenta á muchas de sus compañeras de las obras de Juan Valdés. Y reunidas éstas, habian tomado la resolucion de leer la Palabra de Dios, para darse cuenta de si era la verdad, ó era nada más un engaño del demonio y de Lutero.

El nombre del gran Reformador aleman habia penetrado hasta los conventos de España, y no habia monja piadosa que, oyéndolo pronunciar, no se santiguase para evitar las tentaciones de Satanás, de quien se le miraba como una viviente personificacion.

A pesar de esa idea, Isabel y dos ó tres de sus amigas se habian puesto silenciosa y laboriosamente á estudiar la verdad que el fraile Lutero habia descubierto hacia algunos años, la verdad que le habia arrancado de las trabas de la vida monástica, le habia hecho levantar la voz contra los abusos escandalosos de la época; la verdad, que habia emancipado ya á centenares de almas del yugo pesado del romanismo; la gloriosa y vivificante verdad de la *Justificacion por la fe.*

Poco á poco se iba haciendo la luz, lenta y confusamente, es verdad, pero seguramente en el espíritu de las jóvenes monjas, y comenzaban á entrever el momento en que, siguiendo el ejemplo de sus hermanas de Alemania, podrian romper sus votos monásticos, y tomar en la sociedad el verdadero destino de la mujer. No que tuviesen ya el pensamiento de volver al seno de sus familias; semejante idea les parecia profundamente atrevida, para que pudiesen pensar en ella un solo instante; sino que habian comenzado á ver y comprender que su salvacion estaba asegurada una vez para siempre, que era impío ofrecer á las imágenes, á los santos, á las reliquias, á los ángeles, el culto que á solo el Salvador Jesus era debido, y debian apresurarse á manifestarle su amor, siguiendo su ejemplo, mezclándose con el mundo y dedicándose á socorrer las desgracias y á consolar á los afligidos.

Hacerse *beata* era el más ardiente deseo de Isabel. Pero llegar á ello era muy difícil: ella no lo disimulaba. Resolvió, pues, participar á su familia el cambio que se habia verificado en su espíritu, y hacerle conocer el deseo que tenia, con una de sus compañeras, de dejar el convento. Faltaba saber si sus padres estarian dispuestos á asumir sobre sí mismos la vergüenza que la Iglesia hacia recaer sobre toda persona que ayudaba á una monja á romper sus votos monásticos.

Juana, á quien se comunicó desde luego este proyecto, no vaciló en manifestar el deseo de ver rotas las cadenas que tenian aprisionada á su hermana desde su nacimiento. No conocia toda la tenacidad de esas cadenas, y no sabia hasta qué punto ellas tenian á su madre sujeta á la vieja fe adulterada. Doña Constanza habia sacudido una parte del yugo. Admitia con una fe humilde y confiada todas las verdades vivificantes del Evangelio, y como un desesperado se habia agarrado á la esperanza que se le ofrecia de ser salva, no por sus obras, sino por el sacrificio expiatorio ofrecido una vez por Jesucristo para todos. Pero quedaba aún apegada á ciertas formas, á ciertas ceremonias de la Iglesia romana, y vivia en medio del temor y la esclavitud, no habiendo podi-

do emanciparse completamente de las trabas que detenian su alma. Sentia amargamente haber sacrificado en otro tiempo á sus hijos, y haberlos encerrado en los muros de un claustro. Pero ya que el sacrificio estaba consumado, y ella misma los habia dado á la Iglesia, se resistia á quitárselos, y con cierto terror y miedo habia escuchado á su marido las primeras alusiones á este proyecto.

Juana ignoraba completamente los escrúpulos secretos de su madre. Cuando oyó á su hermana hablarle, no solamente de salir del convento, del placer que tendria en dejarlo, vió en un momento, en su imaginacion de jóven, todos los obstáculos orillados y á Isabel de vuelta en medio de ellos. Muy gozosa volvió á casa, y sin detenerse en ninguna parte, corrió á las habitaciones de doña Constanza, á llevarle la feliz nueva.

Al oir el deseo de Isabel, doña Constanza sintió una conmocion muy intensa, como si hubiese recibido un golpe mortal.

—Madre, ¿qué hay? ¿qué te he dicho yo?—preguntó Juana alarmada.

—¡Oh, hija mia, hija mia! ¡mi querida Isabel! ¡Qué he hecho yo!—gritó, retorciéndose las manos en señal de desesperacion.

—Pero madre—contestó Juana—¿qué inconveniente hay en que nos sea devuelta? Nosotros la amaremos mucho, y la rodearemos de la ternura de que ha estado privada por tantos años.

Doña Constanza meneó su cabeza con aire resuelto.

—¡Imposible!—exclamó llorando.—Eso no puede ser. Yo no quiero exponerla al pecado de quebrantar sus votos, esas solemnes promesas que yo hice por ella, cuando era todavia niña pequeña; promesas que ella confirmó más tarde. ¡No, y no, Juana!—añadió con altivez.—Seria para nuestro nombre y para nuestra familia una vergüenza eterna, si se supiese que se nos habia presentado un tal pensamiento.

La palabra *vergüenza* dejó helado el espíritu de Juana. No se habia creido humillada por la acusacion de locura lan-

zada contra Rodrigo de Valero, y su encarcelamiento como hereje. Estaria, pues, pronta á sufrir, sin mayor pena, la afrenta, con tal que pudiese obtener la libertad de su hermana.

—En cuanto al pecado, madre.....

—Seria imperdonable—interrumpió Constanza.—Daria yo mi vida, voluntaria y alegremente la daria porque Isabel nos fuese devuelta, si pudiera esto hacerse sin pecado. ¡Mas el poder de la Iglesia es tan grande! Su maldicion, si Isabel rompiese sus votos, recaeria sobre ella y sobre todos los que la hubiesen ayudado. Juana, hazme un favor, prométeme que volverás al convento y hablarás á tu hermana. Védile que confie en Jesucristo, y busque en él su perdon y salvacion. Mas recuérdale que está desposada con el mismo Salvador, y que como tal no puede volver al mundo. Podrá hablar á las otras hermanas de la pura fe, y de la esperanza viva que á nosotros nos ha sido revelada. Mas por favor, ¡oh! ¡por favor, Juana! no la induzcas á cometer un pecado tan imperdonable como el de dejar el seno de la Iglesia.

Fue con la más amarga pena, que Juana se vió precisada á acceder á la peticion de su madre. Pero con la intensidad de su emocion, Constanza le habia agarrado las manos. Se las apretaba con tal ardor, con tal expresion de desesperacion, que Juana, para consolarla y animarla, no pudo ménos de consentir en lo que pedia.

Su promesa no pudo calmar enteramente á Constanza. En vano se lo repitió varias veces, y le demostró las señales de la más ardiente ternura. Su corazon de madre estaba roto. Isabel queria dejar el convento, el convento donde ahora estaba encerrada, retenida á su pesar, donde habia sido aprisionada sin su consentimiento por las manos mismas de su madre. Era éste un golpe demasiado violento para el corazon, ya gravemente herido de doña Constanza. Juana, bañada en lágrimas, mandó un criado á su padre, rogándole viniese inmediatamente.

Viendo el cambio que se habia operado sobre el rostro de su mujer, don Pedro se aterró. Envió á toda prisa á buscar

un médico. Pero doña Constanza, esforzándose por sonreir, dijo á media voz:

—No es necesario, no es necesario, Pedro, el mal está aquí;—é indicaba su corazon.

—El médico puede darte un remedio—respondió el marido, inclinándose sobre el lecho donde estaba acostada.

—¡No! ¡no! No hay remedio. ¡Oh! ¡no! ¡Este pobre corazon ha recibido tantas heridas! Temo que éste será al fin el último golpe. Pero no te aflijas, Pedro. Salgo de la esclavitud para entrar en plena posesion de la libertad. En el cielo, esa patria que el Señor Jesus ha adquirido para mí, en esa casa del Padre, donde Él está quizá en este momento preparándome un lugar, Él me hará distinguir lo que es bueno de lo que es malo; mientras que aquí abajo todo me parece dudoso, incierto, salvo una sola cosa: que yo soy una gran pecadora y que Jesus es un gran Salvador.

Cesó durante algunos momentos de hablar. Don Pedro miraba con ansiedad aquel pálido y demacrado rostro, en el que los cabellos ántes de un negro de ébano, caian en aquel momento en mechones blancos sobre sus hundidas sienes. ¡Con qué rapidez su pobre mujer se habia gastado bajo la influencia deletérea de esa Iglesia corrompida, que encadenaba aún su corazon con tanta tenacidad!

—Me llevarás á Sevilla, Pedro—replicó despues de una pausa.—Quiero ser enterrada en el jardin, cerca de nuestro querido hijo.

Don Pedro miraba á su mujer y no podia rendirse á la evidencia. No podia admitir que la muerte estuviese tan cerca como ella suponia. Sin embargo, mirándola atentamente, comprendió que se operaba poco á poco un cambio en aquel rostro descolorido. Las mejillas tomaban un tinte terroso, la mirada perdia insensiblemente su brillo. Las privaciones, las penitencias que se habia impuesto durante los años de su juventud, habian gastado, uno tras de otro, los resortes de la vida. Habia sido suficiente una ligera sacudida para traer el fin.

Antes de la llegada del médico, don Pedro pudo conven-

cerse que sus socorros serian impotentes para conservar aquella existencia que le era tan preciosa; que su querida Constanza estaba verdaderamente á punto de dejarlo, de acabar con aquella lenta agonía que habia principiado para ella en el momento que él habia emprendido su primer viaje para ver de obtener la reforma de la Inquisicion.

Juana contó á su padre su visita al convento y los deseos de su hermana Isabel. Pero en la hora presente, no habia, naturalmente, ninguna tentativa que hacer en este asunto. Antes habia habido promesa contraria á este asunto. Se hacia, en efecto, más y más evidente que el fin de doña Constanza se acercaba. Era de rigor, sin embargo, que Juana volviese al convento y llevase á su hermana el mensaje que le habia confiado su madre. Se habia encargado, y bien á su pesar, no podia faltar á su promesa.

Juana volvió, pues, delante de la rejilla que la separaba de Isabel. Empezó á hablar con trabajo, las palabras entrecortadas por suspiros, los ojos hinchados de llorar, sintiendo en sí misma que cada una de sus palabras resonaba como una sentencia de muerte en los oidos de su hermana.

Isabel, en efecto, abrió poco á poco su corazon á la esperanza que le habia comunicado Juana, habia llegado á esperar el momento en que podria oir la voz de su padre y echarse sin reserva en los brazos de su madre. Así, esta dulce esperanza le habia sido encantadora. Su madre la habia colocado en el convento desde su nacimiento. En el momento de dar el último suspiro, la intimaba la orden de quedarse en él. Se sometia á su voluntad.

Antes de dejar marchar á Juana, Isabel le hizo prometer no hablarle nunca en adelante del deseo que habia tenido de dejar el convento, y para dispensar á su padre y á su hermana de todo sentimiento, para evitarles la tentacion de violar sus compromisos y de hacer en relacion con esto nuevos intentos, le declaró que no estaba ya decidida á romper sus votos.

Estaba, sí, decidida á consagrar en adelante sus esfuerzos á hacer conocer á las otras monjas los fragmentos de las

obras de Lutero que Juana le habia proporcionado, y á extender por este medio el conocimiento del Salvador, á quien ella habia aprendido á amar. En cuanto á salir del convento para mezclarse con el mundo, seria pisotear la última voluntad de su madre, si ya no incurrir en la maldicion de la Iglesia. Y esto no lo podia hacer.

Pocos dias despues de esta entrevista, espiró doña Constanza. Mientras su alma, libre ya de toda traba, volaba hácia su nueva morada, don Pedro no podia echar de sí un sentimiento de gozo, al pensar que ya su esposa estaba para siempre por cima de tantas pruebas y sufrimientos, en posesion de la libertad y reposo, al abrigo de dudas y temores que tanto la habian atormentado durante su vida.

Conforme á su última peticion, se tomaron inmediatamente las medidas necesarias para marchar á Sevilla. El viaje, largo y fatigoso, debia durar muchas semanas. Era necesario contar con detenerse en las poblaciones que se encontrasen en el camino. De ahí la necesidad de enviar correos, que tomasen todas las disposiciones necesarias en tales circunstancias.

El rico y espléndido ataud de doña Constanza estaba cubierto casi todo de láminas de plata, construidas por un fabricante de Valladolid, Juan García, que habia grabado en ellas diferentes textos de la Escritura, que le habia dictado don Pedro.

Este nuevo modo de decorar los ataudes llamó la atencion y excitó la curiosidad de García, que se apresuró á pedir á don Pedro la explicacion de ello. Este, como muchos otros personajes importantes de la ciudad, habia salido hasta cierto punto de la reserva que antes se habia impuesto. No vaciló un momento en dar al fabricante los puntos importantes de la doctrina reformada. García se manifestó vivamente impresionado de lo que oyó. Algunos dias despues, fue presentado á un jóven dominico, discípulo de Carranza, Domingo Rojas. Este, avanzando sobre las ideas ya liberales de su maestro, habia llevado mucho más lejos sus investigaciones, y habia desechado, como contrarias á las Escrituras, las doc-

trinas del Purgatorio, la misa y otros artículos de la fe establecida.

Los partidarios de las nuevas doctrinas se habian agrupado en torno de Rojas. No formaban aún una iglesia regularmente establecida, teniendo á su cabeza á un Pastor, como debian hacerlo en adelante. Mas, sin tener el título, Rojas tenia todas las cualidades y llenaba todas las funciones en aquella pequeña comunidad, que se reunia, ya en casa de doña Leonor de Vivero, ya en la de don Pedro. Don Cárlos de Seso habia dejado á Valladolid, para ir á establecerse en Toro, donde era corregidor, y donde desplegaba todo el celo de que era capaz para la propagacion de la Reforma. Mas en los últimos tiempos, otros personajes de calidad habíanse congregado con la pequeña grey de los reformados, y habian engrosado sus filas. Don Pedro, pues, podia partir á su vez, sin temor de que su partida fuese tan cruelmente sentida como lo hubiera sido ántes.

Toda nueva adquisicion era calurosamente acogida en la Iglesia en formacion. Así que, fue con un gran gozo que Rojas vió venir á ella un espíritu investigador como el de Juan García. Se consagró á hacer todo lo de potencia por ayudarle á hallar la verdad, ya dándole enseñanza particular, ya prestándole las obras de la Reforma y la traduccion del Nuevo Testamento hecha por Encinas.

En medio de muchas lágrimas y sentimiento de sus numerosos amigos, don Pedro, acompañado de su fúnebre cortejo, dejó á Valladolid y se puso en camino de Andalucía.

Juana y su camarera viajaban en la misma litera. La jóven camarera no habia querido separarse de su ama, y era de temer que al llegar á su pueblo, por donde necesariamente tenian que pasar, se tratase de detenerla. Sus amigos, habiendo oido decir que la familia de don Pedro era sospechosa de herejía, habian hecho ya tentativas para hacerla volver. Eran gentes muy orgullosas, muy satisfechas de su título de cristianos viejos. Hubiesen considerado como una gran afrenta que uno de la familia hubiese sido hallado infiel

á las ordenanzas de la Iglesia. Este temor los traia en agitacion continua.

—Es aquí donde estaba sentado mi hermano, cuando nos habló del Señor Jesus á Bartolomé Carranza y á mí, y nos lo señaló como el único sacerdote que puede sacrificar á Dios —dijo en voz baja la jóven, en el momento que el cortejo atravesaba un bosque de encinas que habia á la entrada del pueblo.—Bartolomé creyó y yo tambien. Dió tambien parte á su hermana de todo lo que habia apercibido, y ambos cesaron de ofrecer sus oraciones á la virgen, para consagrar sólo á Jesucristo sus adoraciones. Me alegraria de ver á Leonor. He traido para ella un pequeño tratado que usted me dió un dia. El podria abrirle los ojos sobre muchos puntos.

—Puedes verla, mientras nosotros estemos en la iglesia — respondió Juana.

Ni Juana, ni su padre creian en vanas ceremonias. Pero se trataba de cumplir la última voluntad de la esposa y la madre. Y así no podian dispensarse de asistir.

Algunos instantes despues de esta conversacion, el cortejo hizo alto; una procesion de presbíteros, vestidos de sobrepellices, rodeó el ataud, mientras se elevaba á los aires el cántico del *De profundis*, en medio de las nubes blancas de humo del incienso de los turiferarios.

No faltaban muchos curiosos. Todos los desocupados del pueblo habian acudido á presenciar el espectáculo. Juana aprovechó la ocasion de repartir trataditos á algunos de los asistentes, en la esperanza de que aquella semilla produciria á su tiempo frutos á la gloria de Dios.

La camarera se apresuró á tener algunos minutos de conversacion con su amiga. Supo que muchas familias, á imitacion de la suya, habian abrazado la fe nueva. No profesaban, es verdad, tales ideas, sino secretamente, por temor á los curas y á la Inquisicion. Mas esperaban que vendria un tiempo en que desapareceria todo temor, y cada uno, hombre ó mujer, seria libre de pensar y obrar segun su conciencia en materia de fe.

CAPITULO XX.

La vuelta á Sevilla.

Juana, oyendo expresarse de esa manera á su confiada camarera, hizo un movimiento de cabeza.

—Temo—dijo—que no llegue á suceder eso. Porque los curas y frailes tienen demasiado interés en que continúe sometida la conciencia del pueblo, para que se decidan á concederle libertad.

—Perdóneme usted, señorita; pero yo creo que las cosas están en buen camino. Parece que todo el mundo abre sus oidos con complacencia á las nuevas doctrinas y quiere abrazarlas. Los soldados, que habian sido presos por haber recogido los restos de San Roman, no han dejado su fe en la cárcel cuando han sido puestos en libertad. Algunos de ellos no han tenido miedo de decir por qué han sufrido la prision. Y muchas personas que no habrian dudado en quemar á un hereje, hablan ahora con simpatía de los soldados del rey que fueron encarcelados, y á algunas personas las han llevado á la salvacion.

El corazon de Juana no se abria tan fácilmente á la esperanza. Valero estaba todavía prisionero en San Lúcar. Cada legua que andaba, estaba más cerca de Andalucía, y la abrasaba el deseo de estar más cerca de él.

Pero se avanzaba muy lentamente. En cada poblacion se repetian las mismas ceremonias fastidiosas y monótonas. Su incesante repeticion acabó por producir en Juana un disgusto profundo.

De tiempo en tiempo venia, sin embargo, alguna nueva noticia á reanimar el valor de los viajeros. Sabian que amigos, á quienes nunca habían visto ni oido, pero amigos verdaderos, amigos en Jesucristo, los esperaban y se preparaban á recibirlos con los brazos abiertos.

La reputacion de *nuevo convertido* precedia á don Pedro en su viaje. A pesar de las misas, que señalaban su paso por las villas y ciudades, le sucedia frecuentemente ser tomado aparte por algun amigo secreto, que le ofrecia la más cordial hospitalidad, y al cual podia revelar sin temor los progresos que la Reforma hacia todos los días en la capital.

Durante el estío de 1545, se supo en todo el reino que don Felipe habia tenido un hijo y la princesa Isabel habia muerto. Mas el cambio gradual que se iba operando en el pueblo, á propósito de religion, este cambio, del que se esperaba que, á semejanza de la levadura, iria trasformando radicalmente el estado de los asuntos eclesiásticos en España, hacia mucho menos ruido: nadie osaba hablar sino á media voz. Era un movimiento indefinible que se operaba lentamente, y en secreto, en el espíritu de las masas. Cada uno lo tenía en su conciencia. Mas era imposible á la Inquisicion, á pesar de toda su vigilancia, echar mano sobre un agente particular.

Se llegó ya por fin cerca de Toledo, á la poblacion donde doña Constanza habia caido enferma en su viaje á Valladolid. Juana supo allí por boca de su patrona que un gran número de personas del pueblo y de los pueblos de alrededor, habian abrazado las nuevas doctrinas. Estas gozosas nuevas dieron esperanza á la jóven, que creyó que el régimen de la verdad vendria pronto á reemplazar al del error, que hasta entónces habia reinado en la Iglesia. Su gozo era tan grande que hubiera deseado participarlo á Rodrigo de Valero. Mas, ¿cómo hacer llegar á él la noticia? El prisionero estaba todavía encerrado en San Lúcar, y era evidente que no se le daria permiso para verle, cualquiera que fuese el empeño que tuviese en conseguir este favor. Medio de escribirle no habia. Su carta, si se decidia á hacerla, no traeria sino compromisos para ella y sus amigos.

Aunque le parecia imposible todo medio de comunicacion, Juana no dejaba de pensar en el gozo que sentiria el prisionero al saber las nuevas de los progresos que el Evangelio iba haciendo en su querida patria. No podia dejar de pensar en lo que la viuda de aquel pueblo acababa de contarle, el consuelo y descanso que habia sentido desde que habia colocado su confianza en Jesucristo. Los temores que ántes le atormentaban, cuando pensaba en el pecado que su marido habia olvidado de confesar al sacerdote, habian desaparecido casi del todo desde que sabia que es á Dios sólo á quien deben confesarse los pecados. Y no queriendo guardar para sí sola las gracias de que habia sido objeto, no podia estar inactiva. Habia contado á sus amigas y vecinas lo que le habia sucedido, y les habia comunicado con los *diálogos* de Valdés, muchos otros escritos, en particular una nueva copia del Nuevo Testamento de Encinas, que le habia enviado Juana.

A medida que esta se acercaba á Sevilla, sentia crecer los deseos de comunicar estas buenas nuevas á Valero. Se llegó ya por fin á la vista del Guadalquivir. ¡Cuánto hubiera deseado, á semejanza de una arista que flota sobre las aguas del rio, flotar ella tambien, y correr silenciosa y desconocida á tocar los muros de la prision!

Espléndidas ceremonias debian señalar la llegada á Sevilla de los restos mortales de Constanza. Estas ceremonias, y el enterramiento en el jardin absorbieron naturalmente los primeros dias de la estancia de Juana en aquella ciudad. Despues era necesario ver los antiguos amigos, sobre todo á los que habian conocido á su madre, que deseaban conocer las circunstancias de su muerte, y muy particularmente á doña Inés de Caronel, su amiga íntima y la confidente de todos sus secretos.

Doña Inés, por su parte, tenia muchas nuevas que contar á Juana, á cambio de las que ella le traia de Valladolid. El doctor Egidio, que habia sido secundado con tanto talento por Vargas y Constantino Ponce de la Fuente, en sus empresas de Reforma en Sevilla, habia quedado solo para combatir la ignorancia y la supersticion.

Vargas habia muerto, y Constantino, que habia predicado delante del emperador, en una visita que este habia hecho á Sevilla, habíase captado de tal manera las simpatías del monarca, que éste le eligió por su capellan. Constantino acababa de recibir precisamente una órden de dejar su trabajo que le era tan querido, y prepararse á acompañar al emperador á los Paises Bajos «para mostrar á los flamencos que España tenia sabios y oradores distinguidos.

—¿Y cree usted que Constantino se prestará á la órden del emperador?—preguntó Juana, que se acordaba de los lazos de union íntima que habian existido entre éste y Valero.

—Hasta el presente ha resistido á todas las indicaciones que se le han hecho. Mas es muy difícil resistir abiertamente á la voluntad del emperador—respondió Inés.—Por lo demás, él cree que esto es un buen medio para entrar en relaciones con los reformadores de Flandes, y que estas relaciones le serán de mucha utilidad al volver á España.

—¿Y el príncipe debe juntarse pronto con ellos?

—Inmediatamente. Don Felipe ha ido á hacer una peregrinacion á Nuestra Señora de Montserrat, y terminadas sus devociones, Constantino debe juntarse con él en Barcelona.

—¿Y piensa usted que nuestro amigo pueda convencer al príncipe de que la nueva doctrina es la verdad? Entónces seguramente aguardarán á España dias muy hermosos—dijo, suspirando, Juana.

—Bah! no tome usted un aire tan triste—respondió Inés, acercando á sí á la jóven.

Las dos señoras estaban sentadas en el patio, cerca de la fuente, cuyos saltos de agua caian en gotas argentinas sobre las plantas exóticas, precisamente como en otro tiempo, cuando Inés conversaba con doña Constanza, algun tiempo despues del nacimiento de su primer hijo, cuando aquella madre dichosa presagiaba en los labios de su hijito dibujarse la primera sonrisa, que la muerte cortó tan repentinamente, echando sobre ellos un velo, arrebatándole al niño. Doña Inés recordaba, como si hubiera sido el dia ántes, todas aquellas escenas, diciéndose con tristeza que si la pura fe hubiese sido

predicada y conocida en Sevilla, la vida de sufrimientos que habia llevado doña Constanza, y la muerte prematura que la habia arrebatado, no hubiesen venido sobre ella.

—¿Piensa usted que la verdad acabará por triunfar en nuestra querida España, como ha triunfado en la lejana Inglaterra y Alemania?—preguntó Juana con ansiedad.

—Lo pienso y lo creo—respondió Inés con confianza.—Muchas personas distinguidas por su saber y por la nobleza de su rango, se han adherido á ella de corazon, ya que no pueden hacerlo abiertamente. El doctor Zafra, vicario de San Vicente, es bien conocido por su aficion á las ideas de Lutero. Su gran saber y su carácter irreprochable, le han merecido más de una vez el cargo de *calificador* en el tribunal de la Inquisicion, á fin de que emitiese dictámen sobre las acusaciones que se hacian á las personas denunciadas al Santo Oficio. Más de una vez ha tenido ocasion de salvar la vida á personas acusadas de herejía.

—¿Y son muchas estas personas?—preguntó Juana.

—Muchas, y las penas que se les han impuesto han sido muy ligeras. Por lo demás, cada dia se tienen noticias de que la Reforma se extiende por las poblaciones alrededor de Sevilla. El doctor Gonzalez, por un estudio personal de las Santas Escrituras, ha llegado al mismo resultado que los reformadores. Ha dado cuenta de sus investigaciones á su hermana y á muchas otras personas de su rango. Su sábia elocuencia lo hará ciertamente tan célebre como el doctor Egidio. Y no es conocido solamente en Sevilla, sino en toda Andalucia.

—¿Es que ha penetrado la luz en los monasterios?—preguntó Juana, pensando en su hermano, que habia comenzado, despues de su partida de Sevilla, á estudiar las Escrituras.

—Sí. Hay en Andalucía algunos conventos que comienzan á echar fuera las tinieblas. Los frailes, en lugar de consumirse en una vida de ociosidad y de comodidad, empiezan á estudiar la Vulgata y la traduccion del Nuevo Testamento. El prior del monasterio dominicano de San Pablo está animado de gran celo por la propagacion de las nuevas doctrinas. El monasterio de Santa Isabel las ha abrazado ya; pero el doctor

Garcia de Arias ha tenido más éxito en el monasterio de San Isidoro, donde, gracias á él, la Reforma ha hecho rápidos progresos.

—¿Entónces mi hermano participará de los beneficios del Evangelio?—interrumpió Juana con gran alegría.

—Sí, los frailes allí están afanados, cada uno más que el otro, por buscar la verdad.

—¿Pero el Santo Oficio—replicó Juana—no tiene conocimiento de estas cosas? ¿Se podrá esperar que él se reforme á sí mismo, ó que acabe per desaparecer del todo?

—No se sabe lo que pasa en el corazon de los hombres y en su espíritu—respondió Inés.—García de Arias y los otros tienen mucho cuidado de no hacer cosa que pueda atraer las miradas de los inquisidores. Ellos han roto con la vieja fe, pero han juzgado prudente, por el momento, conservar las formas exteriores. Más tarde, cuando los reformadores, más ilustrados de lo que aún hoy están, habrán distinguido las cosas permitidas y las que no lo son, entónces romperemos completamente con la Iglesia. Por el momento, basta que Jesucristo sea anunciado como Salvador único, para que el espíritu de los hombres sea preparado á rechazar todas las supersticiones, como lo van haciendo con el culto de los santos y las imágenes.

Pero la Inquisicion ejercia sobre las clases elevadas de Sevilla una vigilancia más atenta de lo que creia doña Inés y sus amigos. Hacia tiempo que tenia sus ojos muy abiertos sobre el doctor Egidio y sus dos coadjutores, Vargas y Constantino. Pero Vargas habia muerto, Constantino habia ganado el favor del emperador, y el Santo Oficio habia juzgado más político no intentar proceso alguno por ahora contra el doctor Egidio. Este, con la facilidad que tenia en desenmascarar los abusos de la Iglesia, era más odioso que otros á los inquisidores, que estaban tanto más indignados contra él, cuanto por su franqueza y su noble carácter se ganaba la simpatía de todas las clases.

Mientras las dos amigas se visitaban, y conversaban así en la casa de doña Isabel de Baena, los espías de la Inquisi-

cion recibian en el castillo de Triana la órden de vigilar de cerca á su guia espiritual.

Estas reuniones secretas no eran conocidas más que de los inquisidores y sus familiares. Como las semanas se sucedian sin que ningun suceso desagradable viniese á turbar su curso, ninguno de los que en ellas tomaban parte pudo suponer la tempestad que se preparaba en silencio, pronta á desencadenarse sobre el Pastor que ellos amaban.

Juana habia hecho conocimiento con otras dos jóvenes, la señorita González y doña María de Bohorques. Esta última era hija de uno de los señores más poderosos de España, y á la nobleza de su cuna juntaba la grandeza de un alma elevada, las capacidades de un espíritu fino y muy cultivado. Gracias al doctor Egidio, que habia sido su preceptor, habia aprendido latin y tenia un conocimiento profundo del griego. Tambien habia aprendido de él las doctrinas de Lutero.

Todas estas damas, pertenecientes á las más ricas familias españolas, tenian la costumbre de reunirse en el patio de don Pedro ó de doña Isabel de Baena, para estudiar con cuidado los textos de la Vulgata, ó algunos escritos de los reformadores. Doña María, á pesar de su juventud, tenia un espíritu muy reflexivo, y temia, como Juana, que se suscitase persecucion contra la verdad que ellas trataban de conocer. Sabia que el estudio de las Santas Escrituras estaba prohibido, y que era peligroso poseer una simple copia de ellas. Podia venir tiempo en que les fuese imposible estudiarlas ni áun en secreto. Quiso prevenir esta nueva dificultad, dedicándose á aprender con el corazon los Evangelios. Otras siguieron su ejemplo. Los pasajes de las Escrituras, que aprendian de memoria, debian más tarde consolar su corazon, fortificar su fe y darles el noble valor, que les seria necesario para sufrir los tormentos inauditos que la Inquisicion iba á hacerles sufrir bien pronto en el fondo de sus terribles calabozos.

En medio de la calma feliz en que ellas y sus amigas vivian por aquel tiempo, Juana no olvidaba al prisionero encerrado en la celda del convento. Más de una vez su barca,

deslizándose majestuosamente sobre las aguas tranquilas del Guadalquivir, habia tocado los muros severos del monasterio. Pero los muros habian guardado un silencio de muerte, y nada le habian dicho del valiente caballero, que languidecia en su recinto impenetrable. Frecuentemente se habia preguntado á sí misma si no habria proyectado la luz en aquel monasterio algunos rayos, como habia sucedido en San Isidoro y otros de Andalucía, y si no habria podido Valero, por este medio, tener conocimiento de los progresos que la Reforma hacia diariamente en España.

Sabia que una tal noticia seria para él un gran gozo. Se decidió, pues, un dia á pesar del peligro que tal tentativa podria hacerle correr, á ir á cantar una serenata al desgraciado cautivo. La prision del monasterio daba al rio, y no era imposible que su voz llegara hasta él. Comenzó por tocar á la guitarra un aire muy conocido, un aire que ellos habian cantado juntos en los dias felices de otros tiempos. Despues, levantando más la voz y pronunciando muy distintamente las palabras, cantó al mismo aire palabras improvisadas, hablando del sol que empezaba á levantarse en España. Llegando el canto á los oidos del prisionero, no podia dudarse de que despertarian su atencion, habituado como estaba á estas suertes de metáforas, y comprenderia perfectamente lo que con tanto ardor ella queria decirle. En cuanto á los frailes, si alguno habia por allí, no podrian ver en ello más que un romance bizarro sobre el astro que alumbra á la tierra, y prosigue su curso sin detenerse, á través de los espacios infinitos de un cielo abrasado.

Sin embargo, no habria sido muy discreto renovar frecuentemente, y publicar así á la faz del sol lo que pasaba en la sociedad. Despues de algunas serenatas de este género, juzgó prudente renunciar á ellas, al menos por algun tiempo.

Los adversarios de Egidio se habian contentado hasta entónces con proferir amenazas. En 1550, el emperador le designó para ocupar la Sede vacante de Tortosa. Era uno de los más ricos beneficios de España. Este favor real no hizo más que inflamar más el odio de sus perseguidores, y lan-

zarlos á la violencia contra él. Le acusaron abiertamente de herejía, publicando por todas partes que su elevacion al episcopado era el signo precursor de grandes calamidades para España. De esto á denunciarle al Santo Oficio no habia más que un paso. Poco tiempo despues, estaba ya encerrado en un calabozo.

Este arresto no conmovió solamente á la pequeña sociedad de reformados, que se habia agrupado en torno suyo: causó mucha sensacion en la poblacion toda de Sevilla. Las vistas, que expuso públicamente para su defensa, sobre la Justificacion, no hicieron más que aumentar más la emocion. Sus amigos tenian mucho miedo. Sus adversarios se gozaban viendo en aquella exposicion precisa de su fe, una razon suficiente para condenarle. Mas el emperador escribió en su favor y el Cabildo hizo lo mismo. Cosa más extraña todavia: Correa, uno de los jueces más intratables del Santo Oficio, se hizo su abogado. Bajo la influencia de tales autoridades, la Inquisicion se vió obligada á endulzar un poco sus rigores, y se contentó con condenar á Egidio solamente á tres años de prision.

CAPITULO XXI.

Conclusion.

Sentada estaba en el patio Juana con una media docena de grandes señoras: doña González, María de Bohorques, María de Virués, Isabel de Baena y María de Caronel, todas ellas muy adictas á la nueva fe, hablando todas con gran calor y no menor ansiedad del sensible golpe que les habia dado la Inquisicion con la prision de uno de sus amigos, Hernández.

—¿Cuál es su opinion de usted, Juana?—preguntó doña Isabel.—¿Piensa usted que desaparecerá el peligro, como desapareció, cuando el ama de gobierno del doctor Zafra fue á los inquisidores á anunciarles la nueva de que su amo era un hereje?

—¡Ay! ¡pobre María!—respondió Juana.—Nadie sabe lo que le costó abandonar la Iglesia, y pensar que era menos perfecta que se habia creido antes. Fue la turbacion de su espíritu la que la llevó á aquel acto de locura. Pero sus revelaciones habrian podido llevarnos á todos á la cárcel, si el doctor Zafra, que conocia su profunda adhesion á la causa delatada, no se hubiese presentado con firmeza al tribunal y no hubiese convencido á los jueces de que la desgraciada habia perdido la razon.

—Fue la razon más discreta—respondió Isabel—y puede muy bien decirse que por su prudencia el doctor Zafra salvó la pequeña sociedad de reformados de Sevilla. ¿Pero piensa usted que le será tan fácil á Hernández safarse del peligro? Algunos tienen grandes temores respecto de él.

—Mi padre es uno de ellos, y precisamente en este momento está con Cristóbal Losada, Constantino Ponce y don Domingo de Guzman, discutiendo el asunto.

—¿Las copias de las Santas Escrituras, que se le enviaron al convento de San Isidoro, han llegado sin dificultad á los frailes de él?—preguntó María de Bohorques.

Juana sabia por medio de su hermano todo lo que pasaba en el convento. Por aquel lado las nuevas eran alegres para todos los que deseaban ver la luz de la verdad levantarse en España. El prior del convento, de concierto con los hermanos, habia trasformado todas las reglas de la comunidad.

Las horas, que ántes se pasaban en momerias ridículas, se las empleaba ahora en escuchar con recogimiento la explicacion de las Santas Escrituras; las oraciones por los muertos fueron sustituidas por oraciones por los vivos. Habian renunciado al vergonzoso tráfico de las Indulgencias, al culto á las imágenes y á la adoracion de los santos y la virgen. Habian conservado la ceremonia exterior de la misa, que no era prudente rechazar de un golpe.

—¿Y piensa usted que habrán comunicado á los hermanos de otros conventos lo que ellos han recibido?—preguntó doña Isabel.

—Sí, ya lo han hecho. Una carta que he recibido de mi hermano, me dice que sus esfuerzos han tenido gran éxito en las casas monásticas de los Jerónimos. Los frailes y las monjas de esta órden se han adherido, de comun acuerdo, á la Reforma, con tanto ardor como el que está en peligro de muerte se agarra á la vida.

—¿Piensa usted que esto se hará extensivo al resto de España?—preguntó otra señora.

—Mi padre cree, y lo mismo opinan otros muchos, que si nosotros pudiésemos seguir un año sin ser inquietados, el número de los reformados seria por lo menos igual, si no superior, al de los miembros de la Iglesia ortodoxa; y como los nuevos convertidos se reclutan principalmente entre personas influyentes, seríamos capaces de sacudir por completo el yugo de Roma, y echar los cimientos de una Iglesia enteramen-

te libre de toda influencia papal, una Iglesia Reformada. Con esto no quiero decir que destruiríamos la Iglesia establecida; nosotros pedimos solamente con la libertad de la enseñanza y de la palabra, la libertad de adorar á Dios y servirle segun nuestra conciencia.

—¿Y piensa usted que el jóven rey don Felipe nos concederá la libertad de conciencia? Todo el mundo sabe que el orgulloso Pontífice Paulo IV detesta á nuestro rey, que ha reunido y tomado á sus expensas un ejército de luteranos para despojarle del reino de Nápoles; lo que no ha impedido al rey Felipe el ordenar al duque de Alba el ir á postrarse delante del Pontífice para implorar su gracia, y prometerle obediencia. ¿Cree usted que si él se ha humillado hasta el punto de besar la sandalia del papa, no llevará su frescura hasta el punto de ofrecer su brazo á la Inquisicion para el exterminio de la herejía?

—No lo dudo en manera alguna—respondió la jóven suspirando—porque el viejo emperador, desde el fondo de su retiro, ha recomendado de una manera especial á su hijo secundar y sostener la Inquisicion.

A pesar de los temores y presentimientos, la nueva Iglesia de Sevilla pudo continuar su curso de instruccion, y sus progresos durante un poco tiempo, sin que ningun nuevo obstáculo viniese á detenerla en su marcha. Los temores, que muchos habian experimentado á la prision de Hernández, habian desaparecido, y todos se felicitaban de la calma que gozaban, cuando un dia, la presencia súbita de un fraile vestido de paisano, y que habiendo salido del convento de San Isidoro, entró precipitadamente en casa de don Pedro, vino á producir la alarma entre ellos.

—¡Rodrigo!—gritó Juana, viendo á su hermano penetrar de improviso en el patio.

—¿No están aquí los apóstoles de la verdad, padre mio?—preguntó el fraile con ansiedad, avanzando presuroso hasta el sitio donde estaba sentado don Pedro.

Al eco de esta voz, que no le era enteramente desconocida, el viejo, sorprendido, levantó su blanca cabeza. Sus ojos,

debilitados por la edad, no habian estado tan prontos, como los de Juana, para distinguir, bajo aquel extraño disfraz, los rasgos del visitante, y por un instante, tuvo sus dudas sobre la identidad de su hijo.

—¿De dónde viene usted, señor paisano?—preguntó mirando atentamente el humilde traje del visitante.

—De San Isidoro, padre mio—respondió.

—Es Rodrigo—interrumpió Juana.—Pero, hermano mio, ¿qué pasa, que has venido aquí de esta manera?

—No te alarmes, hermana mia, ¡tranquilícense ustedes! y yo les contaré tan brevemente como pueda, lo que nos ha inducido, á otros hermanos y á mí, á obrar de esta manera.....

—Nosotros nos hemos concertado todos para examinar si no habria medio de huir á tierra extranjera, donde pudiéramos, áun sufriendo privaciones y pobreza, gozar de tranquilidad de espíritu y libertad religiosa. Mas no nos parece posible dejar el convento todos de una vez, y emprender tal viaje sin ser descubiertos. Y examinadas todas las circunstancias, todo el mundo ha convenido en que lo único que nos cumple hacer es confiar en Dios y perseverar en el camino del deber. Nuestro prior nos hizo, sin embargo, la reflexion de que seria más bien tentar á Dios que agradarle, el exponer la vida á un tan grande peligro, que tenemos el ejemplo de los apóstoles, que huian de la persecucion, y podíamos obrar como ellos sin comprometer nuestros principios. Y en vista de esto, fueron designados por la suerte doce para huir de España.

—¿Y tú eres uno de ellos?—dijo Juana palideciendo.

—Ya lo ves, hermana mia. Pero no debemos ir juntos. Cada uno tomará camino diferente, para reunirse en Ginebra dentro de un año.

—Huyamos tambien nosotros con Rodrigo—dijo Juana vivamente.—Nuestra ausencia no seria notada en Sevilla. Los inquisidores pensarian que nos habíamos retirado á nuestras posesiones de Castilla.

El lazo que retenia á Juana en Andalucía, habia sido roto hacia algun tiempo. El sanbenito que Rodrigo de Valero

habia llevado tanto tiempo en su prision, habia sido colgado en la catedral de Sevilla. El alma del mártir habia tomado su vuelo hácia la morada eterna. Ginebra estaba tambien más cerca del cielo que Andalucía. Juana podria pensar en aquel que durante largos años *habia vivido en muerte* por la verdad evangélica.

Por otra parte, Rodrigo, cuya existencia entera se habia deslizado dentro de los muros de un convento, no conocia nada de la vida del mundo. Estas consideraciones y el amor á su hermano ayudaron á Juana á hacer desaparecer de su rostro toda huella de tristeza, á separarse con menos pena de todos los esplendores que la habian rodeado en su casa, y á decir adios á todos los que eran queridos en Sevilla, para trasladarse á un país de un cielo, es verdad, no tan claro, pero sí ménos tormentoso.

Comenzáronse inmediatamente los preparativos de la marcha. Se tomaron todas las precauciones para que nadie, áun los mismos sirvientes de la casa, se diesen cuenta de la presencia de Rodrigo. Y algunos dias despues, don Pedro y los suyos dejaban para siempre la ciudad de Sevilla.

Se dirigieron primeramente hácia Castilla. Juana y su padre, al despedirse de la antigua ciudad de los moros, recordaban aquel dicho: *Quien no ha visto á Sevilla, no ha visto maravilla.* Pero no era la ocasion de abandonarse á la melancolía y á los pesares, áun teniendo que dejar una ciudad tan maravillosa y tan querida.

Tenian que atravesar las difíciles gargantas de las montañas, y tenian que evitar el encuentro de los agentes del Santo Oficio, que no habrian tenido inconveniente en considerarlos como fugitivos y encerrarlos como herejes en la prision de Triana. Tenian, pues, que evitar con el más exquisito cuidado todo lo que pudiera despertar algunas sospechas.

Con este objeto, don Pedro resolvió ir primeramente á Valladolid, con el pretexto de negocios políticos, y aprovechar la ocasion de entrar en inteligencia con su hija Isabel. Esperaba poder convencerla á dejar el convento de Santa Clara, para llevarla consigo á tierra extranjera. Combinó, pues, para

ello un plan, cuyo éxito prometia buen resultado con el concurso de la camarera de Juana. Desgraciadamente, sus esperanzas debian salir fallidas.

Al llegar á Valladolid, supieron que Isabel habia partido para otra tierra más bella que la de Ginebra y de la misma España. Despues de las visitas que en otro tiempo le habia hecho su hermana Juana, no habia tardado en atraerse las sospechas de la superiora del convento, que bien pronto la acusó de profesar las doctrinas de Lutero. La jóven no intentó siquiera el negarlo. Mas para evitar el escándalo que se hubiera producido al saberse que una hermana de la órden se habia hecho hereje, no se la entregó á la Inquisicion. Las autoridades del convento, es verdad, no fueron más indulgentes que la Inquisicion. Fue arrojada sin piedad en un calabozo húmedo, donde enfermó poco tiempo despues, y murió en medio de atroces sufrimientos el dia mismo en que su hermano Rodrigo escapaba del convento.

Don Pedro no supo estos detalles. Algunas horas ántes de su muerte, Isabel fue retirada de la prision, recibió la absolucion de la Iglesia, y fue enterrada con gran pompa, como una monja muerta en la fe ortodoxa, en olor de santidad. Se le dijeron tambien misas con objeto de sacar su alma del Purgatorio. Pero Juana, que conocia la vida ejemplar y la piedad confiada de su hermana, no tenia temor ninguno sobre esto. Habiendo ella misma, hacia ya mucho tiempo, echado de su espíritu estas creencias, tenia la plena seguridad de que el alma de su hermana gozaba del reposo en el reino de Dios, y no era necesaria ninguna oracion, ni intervencion alguna de santos, para procurarle una salvacion que Jesus sólo habia adquirido con su sangre, y ella poseia ya.

No se detuvieron mucho tiempo en Valladolid. Volviendo á tomar su marcha hácia el Nordeste, á través de Castilla, ganaron muy pronto á Pamplona en las fronteras de Navarra.

Aquí no dejaban de existir grandes dificultades. Habia en todos los pasos por las montañas centinelas apostados para examinar á los viajeros y las mercancias todas y bagajes que

intentasen salvar las fronteras. Don Pedro lo habia previsto todo. Habia hecho trasportar su equipaje por medio de sus criados, que debian seguir cada uno camino diferente, y habia cuidado además de no llevar consigo libro ninguno que pudiese infundir sospechas. De esta manera pudieron pasar sin grandes peligros. Algunas horas más tarde les hubiera sido imposible la huida. Apenas habian franqueado la última posta, cuando los alguaciles del Santo Oficio, puestos como centinelas, habian recibido la consigna de detener á todos los viajeros que marchasen en aquella direccion.

Despues de estar amenazando por mucho tiempo la tempestad, por último estalló. En el mes de Febrero de 1558, el hipócrita y orgulloso pontífice Paulo IV, dirigió al inquisidor general una comunicacion en la cual le excitaba á no perdonar medio para exterminar la herejía. Felipe, en lugar de alarmarse por esta bula impía y cruel, la hizo acompañar con un edicto que condenaba á las llamas á todo el que fuese sorprendido leyendo ó vendiendo alguno de los libros prohibidos.

El tribunal de la Inquisicion era entónces presidido por Fernando Valdés, cardenal de Sevilla. Habia en este hombre duro é inexorable, toda la crueldad y fanatismo necesarios para hacer de él un gran inquisidor. Habia trabajado por mucho tiempo en silencio, cavando la mina que, una vez prendida, debia exterminar á sus enemigos. Su procedimiento favorito era enviar entre los sospechosos espías, que, colándose entre ellos, procurasen por todos los medios posibles ganar su confianza. Gracias á la perfidia de los unos, al espíritu timorato ó á los escrúpulos religiosos de los otros, pudo obtener las revelaciones que no habia podido arrancar al prisionero Hernández.

Algunos dias despues de la partida de los doce frailes de San Isidoro, los hermanos que habian quedado en el convento, habian sido detenidos y aprisionados, á la vez que se habia dado una órden por todo el reino de detener á toda persona sospechosa de herejía.

Fue para las desgraciadas víctimas un verdadero golpe repentino. No habia resistencia posible. Hombres y mujeres, clérigos y legos, todos sin distincion de sexos, de rango ó de profesion, eran detenidos en sus mismas casas, y arrojados á los calabozos de la Inquisicion. En la sola ciudad de Sevilla fueron encarceladas desde el primer momento más de mil personas.

El arresto de unas era seguido del de otras. Lanzados á viva fuerza en el fondo de los calabozos, solos, sin amigos, sin consejeros, sin un rostro simpático que los sostuviese y alentase, sumidos en la duda y en la pena, ¿qué otra cosa podian hacer aquellas víctimas, que ceder á las solicitaciones hipócritas de sus jueces, y hacer fatales revelaciones sobre sus amigos y sobre sí mismos?

Las seis amigas de Juana, doña Inés, doña González, Isabel de Baena, María de Virués, María de Caronel, María de Bohorques, sufrieron la misma suerte, y fueron encerradas en las prisiones del Santo Oficio. Estas grandes señoras, cuya mayoría estaban en la flor de su juventud y de su belleza, que habian vivido hasta entónces en medio del lujo y de las grandezas, dieron un fiel testimonio á la verdad. Jamás consintieron en negar ó en retractar ninguna de las doctrinas que les eran tan queridas. Despues de algunos meses de los más atroces tormentos sufridos con extraordinario valor, despues de las privaciones y las torturas inauditas que se les aplicaban en sus calabozos infectos, tan infectos, que Constantino Ponce de Leon sucumbió en ellos en pocas semanas, subieron todas á la hoguera, en compañía del monje Casiodoro, del doctor González, de don Juan Ponce de Leon, y de muchos otros personajes nobles, obteniendo con la corona de mártires, la palma de la victoria.

España creia, atormentando á estas santas víctimas y haciéndolas morir, ser agradable á Dios. Creia, extinguiendo hasta la última chispa de la luz de la verdad, ahogando en gérmen la planta fecunda de la libertad, merecer los favores del cielo. El genio atrevido, que habia guiado á España durante su desenvolvimiento político, habia perdido sus alas en

el momento en que se trataba de llevarla á su desenvolvimiento intelectual y moral, y se habia detenido súbitamente en su marcha, herido de un golpe mortal. Los laureles que habia conquistado en las batallas, la corona de valor, que nadie habia podido arrebatar de su frente vencedora, empezaban á marchitarse. Cuando España se declaró campeon del fanatismo y la ignorancia, el cielo, en su sabiduría, paralizó la espada que tenia en sus manos.

Su coraje, lanzado hasta el exceso en una mala causa, se cambió en furor; su bravura degeneró en rabia feroz. Acabada una vez la lucha, salió de ella cubierta de vergüenza, tanto como de la sangre de sus enemigos.

Habia principiado el eclipse de España. Las tinieblas, que habian nacido en Sevilla en 1558, fueron creciendo cada año más, hasta llegar á hacerse casi completas.

Sin embargo, en nuestra época, un rayo de luz parece infiltrarse en medio de las tinieblas, y desvanecer su oscuridad. ¿No podria concluirse que España está destinada á aceptar el Evangelio, antes de mucho tiempo, y á recibir con empeño la gracia que rehusó con obstinacion, hace trescientos años? Si es verdad que la sangre de los mártires es una semilla de la Iglesia, se puede esperar el ver nacer, crecer y madurar una rica cosecha. La simiente no ha faltado. Ha sido desparramada con profusion á lo ancho y á lo largo del territorio español. Ha estado por mucho tiempo escondida y oculta. Dios no la ha olvidado. Que sus amigos no olviden tampoco á España en sus oraciones, que pidan con confianza al Señor que eche una mirada de compasion sobre España, y despliegue en ella sus favores y misericordia, y España volverá al camino de la rectitud y la justicia, que levanta á los pueblos y hace grandes á las naciones.

INDICE.

		Págs.
Capítulo primero.	—Doña Constanza	5
— II.	—La casa en duelo	16
— III.	—La vuelta de don Pedro	25
— IV.	—El antiguo valdense	33
— V.	—La Inquisicion	44
— VI.	—En el convento	52
— VII.	—El soldado de la Iglesia	64
— VIII.	—Turbaciones de doña Constanza	74
— IX.	—La casa de don Pedro	85
— X.	—La peste en Sevilla	98
— XI.	—Luz en el seno de las tinieblas	110
— XII.	—Rodrigo de Valero	120
— XIII.	—El torneo	130
— XIV.	—El valiente reformador de Sevilla	140
— XV.	—Sobre el Guadalquivir	150
— XVI.	—De Sevilla á Valladolid	161
— XVII.	—Un auto de fe	169
— XVIII.	—La monja de Santa Clara	180
— XIX.	—Muerte de doña Constanza	189
— XX.	—La vuelta á Sevilla	198
— XXI.	—Conclusion	207

EN EL MISMO DEPOSITO Y SUCURSALES

SE ENCUENTRAN LAS OBRAS Y FOLLETOS SIGUIENTES:

	Ptas.	Cts.
Discusiones entre un protestante y los católico-romanos, ó Noches con los romanistas. En 8.º prolongado, pasta, 356 páginas.....	1	50
Véndense tambien por separados los capítulos, cada uno.....	»	10
Innovaciones del romanismo, en tres partes: 1.ª Desarrollo de las doctrinas. 2.ª Lista cronológica. 3.ª Contraste entre el antiguo y el nuevo Credo. En 8.º prolongado, pasta, 340 páginas.....	2	»
Tambien se venden por separado los capítulos, cada uno.....	»	10
El Evangelio y el Catolicismo romano. Con textos del Antiguo y Nuevo Testamento, segun la traduccion del Ilmo. P. Scio de S. Miguel. Libro útil para todos los que buscan la verdad salvadora. En 8.º prolongado, rústica, 94 págs.....	»	50
Año Bíblico, ó una palabra santa para cada dia del mes, por J. Lobstein. En 8.º francés, 400 páginas. En pasta.....	3	»
En rústica.....	2	50
El Protestantismo. Contestacion á los Sres. Segur y Tejado, por D. Cipriano Tornos. Precio al alcance de todos.....	»	25
El Cristo, por Ernesto Naville. Siete notables discursos sobre la cuestion de la «Divinidad de Cristo,» y por consiguiente de la divinidad del Cristianismo. En 8.º, 224 páginas.....	2	»
Véndense los discursos sueltos, cada uno á.....	»	25
Tratado de Dios, por Santo Tomás de Aquino. En 8.º prolongado, 210 páginas.....	1	50
El primero de todos los libros. En 8.º francés, 32 págs.	»	10

University of California Library
or to the

NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS
2-month loans may be renewed by calling
(510) 642-6753
1-year loans may be recharged by bringing books
to NRLF
Renewals and recharges may be made 4 days
prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

NOV 2 1993

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C040163180